

“MIGUEL BOYER.
EL HOMBRE QUE SABIA DEMASIADO”
(DOS EDICIONES).

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ. EDICIONES TEMAS DE HOY MADRID, 1991

TEXTOS , A MODO DE RESUMEN DEL LIBRO, RECOGIDOS EN ESTA PAGINA WEB:

PROLOGO

5.- LA “BEAUTIFUL PEOPLE”: RADIOGRAFIA DE UN MANDARINATO

6.- LOS “BEAUTIFUL” Y EL PENSAMIENTO BUROCRATICO

13.-MIGUEL E ISABEL: LA EXTRAÑA PAREJA

BIBLIOGRAFIA

PRÓLOGO

EXPLICACIÓN Y ELUCIDARIO DE BOYER SALVADOR

Los empeños biográficos aparecen subsidiariamente unidos al afán de los historiadores desde que el relator y poeta griego Ion de Quíos insertara en sus escritos históricos —al igual que hicieran los primeros cronistas de la antigua China— pequeños fragmentos biográficos de algunos personajes como Sófocles o Pericles. Esto sucedía en el siglo V antes de Cristo y, a partir de entonces, la biografía como género literario pasó a ser considerada como un mero y secundario complemento de la Historia. Lo hizo asimismo Tácito, con su célebre biografía del

emperador Tiberio, incluida en su descomunal —treinta volúmenes— historia del Imperio Romano.

George Cavendish, en el siglo XVI, con su biografía de Thomas Wolsey, o el Nobel de Literatura sir Winston Churchill con la de su antepasado John Churchill, primer duque de Marlborough —apellido adorablemente castellanizado en la canción infantil *Mambrú se fue a la guerra*—, representan claros ejemplos del caso contrario, el relato biográfico que es, al mismo tiempo, un valioso y revelador testimonio histórico.

La narración biográfica ha alcanzado su mayoría de edad, su «independencia» con respecto a la historia. Si ésta era para Hegel la conjunción de lo objetivo con lo subjetivo, no tanto lo sucedido en el pasado como «la narración de lo sucedido en el pasado», la biografía sigue, sin embargo, compartiendo con ella los mismos pretéritos territorios para la indagación y la pesquisa y también aportando hebras esenciales al gran tapiz del relato histórico: las peripecias y peregrinajes del hombre, principal agente y protagonista. Soslayaremos las interpretaciones derivadas del materialismo y el determinismo históricos, la historia del hombre y la de la naturaleza inseparablemente unidas y relacionadas, la versión «leninista» de la historia según la cual ésta se configura en un proceso que, en su inmensa y contradictoria variedad, es gobernado por leyes exactas, precisas e inapelables, despreciando los factores fortuitos o la soberana capacidad de decisión del hombre enfrentado a los dilemas.

La biografía del principal protagonista de este libro, la explicación de Miguel Boyer Salvador, aparece forzosa, incesante y dramáticamente condicionada por la Historia, desde la contemplación de los viejos daguerrotipos y las desvaídas fotografías de los antepasados de su linaje y tradición ideológica —Espartero, Práxedes Mateo Sagasta, Azaña, Amos Salvador...— hasta la dolorosa experiencia vivida por su familia tras la Guerra Civil, su condición de niño nacido en el seno de la «España ausente» del exilio republicano en una clínica francesa de San Juan de Luz.

Un segundo aspecto ha movido al autor a adentrarse en la elaboración de este elucidario de Miguel Boyer: su condición de protagonista notorio de la historia reciente de nuestro país, desde su posición de histórico dirigente del Partido Socialista Obrero Español —treinta años de recalcitrante militancia, con los breves paréntesis de 1968, año en el que fue expulsado del PSOE por Rodolfo Llopis, entonces secretario general del partido en el exilio, y su salida voluntaria, durante escasos meses, en 1977—, hasta su condición de «primer arquitecto», de diseñador de las grandes pautas de la política económica de los gabinetes de Felipe González, con sus dos años y medio como

«supermi-nistro» de Economía, Hacienda y Comercio del primer gobierno socialista. Sin desdeñar el ascendiente intelectual y político ejercido por él sobre otros dirigentes del PSOE, incluido González, y su influencia en el progresivo deslizamiento hacia la moderación del PSOE renovado, que inicia su andadura colectiva en el congreso de Suresnes de 1974. Este no es un libro «económico», en el sentido literal —ni siquiera lato— de la palabra. En primer lugar, por la condición de simple aficionado a la materia del autor y, sobre todo, porque la personalidad intelectual y política de su principal protagonista trasciende con mucho los concretos y reducidos ámbitos de la economía. Su silueta de estudioso, de político, convierten su condición de experto en economía en un aspecto más —si bien importante— de su personalidad intelectual.

A la hora de indagar en la vida de Boyer Salvador, el autor no ha tenido que arrostrar las dificultades con las que se topan los biógrafos al tratar de reconstruir, con la paciente minuciosidad que requiere un *puzzle*, la vida de personajes ya desaparecidos; ni siquiera tuvo que forcejear con las cuarenta toneladas de documentos que agobiaron a Frank Friedel al emprender la extenuante tarea que supuso escribir la biografía del Presidente de los EE.UU. Franklin Delano Roosevelt. Sí se topó, en cambio, con montañas de material hemerográfico en un terreno ciertamente inesperado, que, dada la personalidad de Boyer, nadie hubiera imaginado antes de 1982: la llamada «prensa del corazón». Su espectacular y estruendoso idilio y posterior matrimonio con Isabel Preysler tuvo algo que ver con ello.

El físico, el estudioso de la filosofía de la ciencia, el economista, el ideólogo, el personaje público, el hombre, en suma, se vio progresivamente inmerso en un mundo despiadado —el de la política— que ha suscitado en él sentimientos de estupor, de recelo más tarde, y finalmente de desdén, cansancio y extenuación intelectual, que en parte explican el largo rosario de abandonos y dimisiones que jalonan su biografía. Tampoco estaba Boyer Salvador preparado para soportar el incesante acoso de la prensa, la persecución a la que ha sido y es sometido por parte de los informadores políticos o de los animosos e incansables reporteros y *papa-razzis* que abastecen con su trabajo los planillos de las llamadas «revistas del corazón». Si la actual clase política española —y más concretamente, gran parte de los dirigentes socialistas de hoy— fue descrita por un conocido novelista como «la culminación del medio pelo», no hay duda de que la figura de Boyer destaca sobre la media de nuestros políticos contemporáneos. Boyer Salvador es una especie de recreación, en clave político-intelectual, de «El hombre que sabía demasiado» y, al igual que el provinciano y atribulado estomatólogo atrapado en un

diabólico laberinto norteafricano —protagonista del homónimo y legendario *film* de Alfred Hitchcock *The man who knew too much*—, se vio repentinamente sumergido en un universo hostil y vertiginoso que tardó en llegar a comprender.

El escritor escocés James Boswell (1740-1795), que pasa por ser uno de los más grandes cultivadores del género biográfico y autobiográfico de todos los tiempos —a partir de la publicación de sus diarios y, sobre todo, de su gran obra maestra, la biografía del poeta y ensayista inglés Samuel Johnson—, marcó la senda para enfrentarse al relato biográfico como género literario, rebuscando en las más hondas motivaciones psicológicas del biografado y aplicando técnicas narrativas apoyadas en la recreación de diálogos a partir de simples notas o testimonios de terceros. El artificio narrativo reaparecería en los textos de un género bien distinto, el de los grandes «gurús» del «nuevo periodismo» americano surgido en los sesenta —los Wolfe, Thompson, Tálese (inolvidable autor de *El reino y el poder*, el magistral «retrato» del wagneriano y todopoderoso *The New York Times*), Mailer, Reed, Christgau...—, la dramatización novelada aplicada a los originales periodísticos por parte de aquel grupo que acabó revolucionando el vigoroso mundo intelectual y literario norteamericano.

El autor —desde la modestia de su empeño— no ha evitado las interpretaciones psicológicas y «behaviouristas» a la hora de explicar ciertos sucesos y algunos comportamientos, pero ha preferido, en aras del rigor expositivo, prescindir de los recursos narrativos «boswellianos», de los que, quizá, se ha abusado un tanto últimamente.

Sí ha pretendido, en cambio, a lo largo de los muchos meses de trabajo invertidos en la elaboración de este libro, realizar un esfuerzo sobreañadido en busca de la verdad y de una descripción de los hechos lo más objetiva posible, ahuyentando por igual la tentación de asumir, sin más, estereotipos y estados de opinión, por muy extendidos y cristalizados que estén en la sociedad española, o el peligro —que acecha a todo biógrafo que conoce en vida al protagonista de su obra— de sucumbir a la fascinación o al impulso que lleva a aminorar la crítica, la severidad o la censura cuando los hechos aconsejan hacer uso de ellas. El autor es consciente de las limitaciones de cualquier empeño en esta dirección. Cristo guardó un revelador silencio cuando Pilatos le interrogó acerca de la naturaleza más profunda de la verdad, Lenin aseguraba que ésta siempre es revolucionaria, y Hobbes sentenció en su *Leviathan* que «la verdad sólo es bienvenida cuando no se opone al provecho o placer de nadie». La intención de este libro, por tanto, no es otra que la de explicar quién y cómo es Miguel Boyer, cómo ha llegado a serlo, cuál es su obra intelectual y política, qué razones y circunstancias le llevaron a

emprenderla, y en qué entornos y escenarios —históricos, intelectuales, políticos, familiares— se ha movido para acometerla.

Miguel Boyer Salvador es una personalidad importante, de relieve en el panorama político español de hoy y en nuestra más reciente historia. Con sus grandezas, sus contradicciones y sus errores. Esta es su vida.

El autor, a la hora de los agradecimientos, desea expresar su reconocimiento más sincero a las docenas de personas que le han aportado sus testimonios y puntos de vista, comenzando por el propio protagonista, Miguel Boyer Salvador, que soportó, dócil y resignadamente, los dos o tres larguísimos interrogatorios a los que fue sometido por el abajo firmante. Y también a la periodista Carmen González del Campo que colaboró con el autor, con gran dedicación, en algunas de las indagaciones y a las diligentes María Jesús González, Carmen Hernández y Rosario Mauro, que se ocuparon de transcribir interminables manuscritos y cintas magnetofónicas. Sin la colaboración de todas ellas, este libro no hubiera podido ser escrito.

JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ Madrid, 1991

CAPÍTULO 5

LA *BEAUTIFUL PEOPLE*: RADIOGRAFÍA DE UN «MANDARINATO»

Las pesquisas etimológicas en torno a una conocida expresión anglosajona, *beautiful people*, han llevado a los comentaristas a rastrear los orígenes de esta inocente expresión en los lugares más insólitos, desde que el periodista fallecido en 1984, Pedro Rodríguez —su viuda, la también periodista Rosario Gómez Miranda, alias «doña Adelaida», se haría archipopular en las pantallas de TVE con sus «exégesis para marujas» del «culebrón» venezolano *Cristal*—, la incorporara a su columna para etiquetar a un grupo de personas del entorno de Mariano Rubio y Miguel Boyer. Se ha recordado incluso la canción homónima susurrada por la voz de lija de Melanie Saska.

De orígenes inequívocamente coloquiales y anónimos, de acepciones divergentes y hasta contrapuestas, *beautiful people*, la gente guapa, es una expresión frecuente entre los jóvenes norteamericanos desde hace muchos años, nacida probablemente de las despreocupadas, ingenuas y solidarias generaciones californianas de la década de los sesenta, las *flower generations* del pacifismo, educadas bajo el fragor bélico de los B-52 que asolaban las junglas vietnamitas.

Las freeways del soleado Estado la recogían en los neones de los restaurantes que flanqueaban sus cintas de cuidado asfalto: *beautiful food, beautiful people*. Los propietarios de los desenfadados restaurantes de San Diego se acogían a la acepción más cálida y grupal de la expresión —toda vez que los primeros requerimientos que han de exigirse a los manjares no son de naturaleza estética, sino olfativo-gustativa—, la de gente maravillosa: comida maravillosa, gente maravillosa. Las intenciones del neón eran muy parecidas a las de Melanie Saska y su guitarra.

Se conoce una segunda acepción, menos inocente y juvenil, más relamida y estirada, cuando comenzó a etiquetarse con tal expresión a ciertas tribus, refinadas y exclusivas, de la Costa Este de Estados Unidos, los sofisticados territorios narrativos por los que merodearon los personajes de Scott Fitzgerald, las adineradas aristocracias americanas, los «Gatsby» de tan recientes como inconfesables orígenes, cimentados muchos de ellos a ritmo de ráfagas de *Thompson* en los años de la «ley seca», ridiculizadas por el corrosivo Bob Hope en uno de sus infinitos hallazgos: «Una vez fui a Filadelfia y estaba cerrada...» La familia de los Kennedy, con su *glamour* social y político, fue de las primeras en ostentar tal etiqueta.

Lo cierto es que la expresión *beautiful people* ha alcanzado una extraordinaria difusión y ya está firmemente arraigada, como producto coloquial, en el acervo popular de nuestro país. Aun consciente de las inexactitudes que acarrear en su interior los toscos y gruesos trazos de todos los «clichés», el autor no se resiste a hacer uso de ella como mero signo convencional.

Todo comenzó con un hombre, un viejo exiliado republicano que regresó a España en 1977, tras recibir en su despacho de Caracas una inesperada llamada personal del Rey Juan Carlos, pidiéndole que aceptara ser propuesto como Senador Real. Recordemos que en las primeras Cortes que habrían de elaborar la Constitución de 1978, el Rey contó, excepcionalmente, con el privilegio de nombrar medio centenar de senadores, entre los que se encontraban nuestro hombre o el hoy Nobel de Literatura, Camilo José Cela.

El anciano exiliado no era otro que Justino de Azcárate, sobrino del procer leonés de la Institución Libre de Enseñanza, don Gumersindo de Azcárate, aquel agnóstico que, a fuer de liberal, iba todos los domingos a misa para evitar que la ausencia de su prestigio la vaciara de feligreses. La hija de Justino, Isabel Azcárate, era, entonces, la esposa de un técnico de la OCDE con residencia en París, llamado Mariano Rubio.

Justino de Azcárate, don Justino, leonés de origen aunque nacido en Madrid el 29 de junio de 1903, y fallecido en Caracas en 1989, era un abogado republicano que

militó en la Agrupación al Servicio de la República que inspiraron Ortega y Gasset, Marañón y Pérez de Ayala, y más tarde en el Partido Nacional Republicano de Sánchez Román. Fue diputado por León, subsecretario de Justicia con Fernando de los Ríos en el primer Gobierno provisional de la República, y subsecretario de Gobernación (Interior) en el Gobierno de 1933 de Martínez Barrio. Fue nombrado ministro de Estado la histórica noche del 17 de julio de 1936, pero ni siquiera pudo trasladarse de León a Madrid para tomar posesión de la cartera. El estallido de la Guerra Civil le pilló en su finca leonesa de Villemer, y poco después fue encarcelado en Valladolid y Burgos, donde permaneció quince meses, hasta septiembre de 1937, cuando fue canjeado por el falangista Raimundo Fernández Cuesta.

Se trasladó a París, donde participó, en unión de Mendizábal, Salvador de Madariaga y otros, en la campaña por la Paz Civil en España, y en julio de 1939, al terminar la Guerra Civil, viajó a Caracas, donde residió durante todo su largo exilio, aunque a partir de los años sesenta ya pasaba largas temporadas en España.

En Venezuela desarrolló gran número de actividades, muchas de ellas filantrópicas y desinteresadas, en línea con aquel espíritu institucionista que tan fielmente supo encarnar su tío Gumersindo.

Durante seis años fue secretario ejecutivo de la Junta Reguladora de Precios y de la Comisión Nacional de Abastecimiento venezolana, dependientes del Ministerio de Fomento (Agricultura). Profesor de Economía y Hacienda en el Instituto de Administración Comercial y de Hacienda del Ministerio de Educación, ocupó asimismo diversos cargos en la esfera privada, como la gerencia de la Compañía Inmobiliaria de Empresas de la Construcción.

En 1948 inicia en Venezuela su colaboración con Eugenio Mendoza, un adinerado industrial, creando la Compañía Fomentadora Inmobiliaria Nacional, entidad sin fines de lucro destinada a proporcionar viviendas a empleados y obreros del *holding* Mendoza, y en 1951 dirige la Fundación Eugenio Mendoza. Presidió también la YMCA en Venezuela, la Young Men Christian Association, una organización cristiana norteamericana dedicada a la educación de jóvenes creada hace más de siglo y medio, que fuera popularizada en todo el mundo con la canción homónima del grupo *pop* americano Village People. Fue, asimismo, directivo de la Asociación para la Defensa de los Derechos Humanos y de Amnistía Internacional.

Justino de Azcárate, un viejo caballero liberal, con casi tres siglos de antepasados leoneses, desde que, en 1690, un primer Azcárate navarro-vizcaíno llegara a León como funcionario de Hacienda del Rey, conservaba aún esos escuetos rasgos físicos

tan inequívocamente vascos. Alto, altísimo, atlético y juncal, enjuto como un Quijote, cuando murió era un hermoso anciano con la austera frescura de las duchas de agua fría en la madrugada.

Justino de Azcárate tenía una afición deportiva que había arqueado sus piernas y apretado sus breves caderas de jinete: los caballos. La equitación era una de sus debilidades, y acaso por ello se decidió, en 1968, a comprar por seis millones de pesetas una finca de quinientas hectáreas, La Dehesilla, en las estribaciones de la sierra de Gredos, a apenas poco más de dos horas en coche desde Madrid.

Es un terreno con abundantes encinas y alcornoques, de tierra de mala calidad y suaves colinas que, sin embargo, constituía el escenario ideal para practicar la equitación.

Justino de Azcárate, fiel a aquellos principios que inspiraron la *Weltanschauung* institucionista, la cosmovisión de la Institución Libre de Enseñanza —gloria sin fama, grandeza sin brillo y dignidad *sine pecuniae*—, nunca fue un hombre de fortuna, aunque vivió desahogadamente. Contaba con las retribuciones que obtenía por sus trabajos y cargos en Venezuela y, posteriormente, tras su retiro, de las correspondientes pensiones. En 1983, la moneda nacional venezolana, el bolívar, sufre una caída dramática y más tarde, en 1986, La Dehesilla se vende en poco más de ochenta millones de pesetas.

En torno a La Dehesilla se congregaron diversas gentes, que acudían religiosamente todos los fines de semana —salvo en los calurosos veranos— a aquel improvisado Ateneo campestre, a la pequeña, confortable y elegante casita de campo construida por Justino, hombre de muy refinados gustos, en la que se oficiaban encarnizados y encendidos

debates políticos en torno a una tetera y una fuente de tostadas, alejados del mundanal ruido oficial del Madrid del desarrollismo franquista, desde la noche misma del viernes hasta las últimas horas del domingo, en que regresaban a Madrid.

Media docena de caballos al cuidado de unos guardeses eran —junto con las interminables tertulias al calor de la chimenea, el ajedrez y los paseos por el campo— el principal atractivo que La Dehesilla tenía para Justino cuando viajaba desde Venezuela. Ninguno de los asistentes practicaba la caza y en la finca no existía ni una sola escopeta.

Desde 1968 hasta que se vendió en 1986, la finca sirvió de lugar de encuentro de aquel grupo, en el que también estaban Mariano Rubio, hoy gobernador del

Banco de España, y su mujer, Isabel Azcárate, incluso después de su separación y divorcio en 1983.

La finca de al lado de La Dehesilla, El Boyal, también de quinientas hectáreas, cincuenta de las cuales eran de regadío y se utilizaban para el cultivo de tabaco, fue adquirida por un miembro de aquel grupo de amigos, César Ramírez —un socialista que militó, al igual que otros miembros del grupo, como Juan Tomás de Salas, en el singular Frente de Liberación Popular, el «Felipe», fundado por el diplomático Julio Cerón—, que hoy dirige la Casa de la Moneda y que encontró refugio en su casa de los montes de Gredos cuando, tras el estado de excepción de 1970, fue expulsado de Renfe. Ramírez estaba casado con Graciela Uña, de la conocida familia de chocolateros, que fallecería en un trágico accidente de automóvil en 1972, en el que su marido perdió un ojo.

César Ramírez, emprendedor y «arcádico», llegó a alquilar el abandonado pueblo vecino de Las Cuestas de Enmedio, para reconstruir y adecentar sus casas y alquilarlas a su vez. Uno de los inquilinos fue un físico llamado Javier Solana, hoy ministro de Educación, que tomó una de aquellas viviendas rurales a la que acudía los fines de semana con su mujer, Concha, y sus hijos.

Aquel grupo de La Dehesilla estaba cohesionado por una densa red de parentescos familiares y afectivos que vinculaban entre sí a todos sus miembros. Graciela Uña, la mujer de César Ramírez, era prima de Isabel Azcárate, y heredera, a su vez, del apellido de uno de los primeros krausistas españoles y miembro de la primera hornada de inspiradores de la Institución Libre de Enseñanza, donjuán Uña, con el que también tienen lazos familiares los Azcárate.

Mariano Rubio estaba asimismo familiarmente relacionado con los Azcárate, a través del matrimonio de un hermano de Justino con la hermana de la madre de Mariano Rubio. El hoy gobernador del Banco de España era hijo de un coronel de Artillería que vivía en un modesto piso del barrio de Salamanca madrileño, responsable de las fuerzas de orden público —la Policía Nacional; los tristemente famosos «grises»—, que abandonó su cargo el día que detuvieron a su hijo Mariano en una algarada estudiantil.

El propio Miguel Boyer, asiduo visitante de La Dehesilla junto con su esposa, la doctora Elena Arnedo, tenía especiales lazos con los Azcárate, a través de la larga y estrecha amistad que durante muchos años mantuvieron, en el exilio venezolano, Justino de Azcárate y Fernando Salvador, tío abuelo de Boyer.

Isabel Azcárate es asimismo prima de los hermanos Bustelo. Su madre es prima carnal de la mítica «tía Carlota», madre de Carlos, Paco, José Ramón, «Jipi», ya fallecido, y Carlota Bustelo. Precisamente, en torno a «tía Carlota» se forma una de las ramificaciones del influyente grupo de la *beautiful people*. En el pueblo

lucense de Ribadeo, frente a la ría del Eo, una placa conmemorativa recuerda el apellido de los Bustelo, cuya familia aún posee un hermoso pazo en el pueblo. El ex Presidente del Gobierno, Leopoldo Calvo Sotelo y Bustelo, es otro de los miembros del clan familiar y a su vez hijo ilustre de la villa gallega, que suele visitarla en verano y aprovechar las plácidas brisas marinas para hacer *windsurfing* ataviado con unos espantosos pantalones «bermuda».

Una hermana de Calvo Sotelo, Ana María, es la esposa de Rafael del Pino, propietario de la poderosa empresa constructora Ferrovial y uno de los hombres importantes del Banco Hispano Americano, una de las primeras instituciones bancarias del país, hoy fusionada con el Banco Central. Rafael del Pino pasa por ser uno de los «cerebros en la sombra» de la *beautiful*, la retaguardia empresarial que, en ocasiones, ha prestado auxilio a algunos de sus miembros.

En 1952, Rafael del Pino convoca para crear Ferrovial a su primo, López de Letona, a Leopoldo Calvo Sotelo y a un personaje que es asimismo considerado, junto con Rafael del Pino, como el otro de los grandes «padrinos» de la *beautiful*, Claudio Boada. En cualquier caso, estos últimos personajes citados no eran visitantes de La Dehesilla.

Aquel primer semillero estaba integrado por un ramillete de espíritus juveniles, extremadamente cultos y unánimemente afrancesados, republicanos, inconformes y abiertamente hostiles al régimen franquista, con biografías adornadas por los expedientes, las sanciones académicas y administrativas, la cárcel, el exilio o los extrañamientos, de una tonalidad de izquierda moderada, con su correspondiente abanico de matices, vagamente socializantes, muy socialdemócratas podría decirse, sin ningún católico especialmente acendrado entre ellos.

Allí acudía Pedro Schwartz con su mujer, Ana, un joven profesor de Economía cuyo apellido se remontaba al oficial de Napoleón de origen alsaciano que llegó a España en 1810, emparentado con el torero Carlos Arruza y con el exiliado poeta León Felipe. Junto a ellos, Isabel, hija de Justino, y su marido Mariano Rubio. Y Juan Tomás de Salas y su mujer, la canadiense Barbara Chaplin, el creador del Grupo 16, que, tras regresar de su exilio, después de haber residido en Francia, Inglaterra y Colombia, y haber trabajado en *The Economist*, en su edición para América Latina, en el servicio de español de la agencia France Presse en París y ejercer como responsable del área de Internacional y posteriormente de crítico cinematográfico en el diario *El Tiempo* de Bogotá, urdía ya en su cabeza lo que sería el primer título de su grupo editorial, el semanario *Cambio 16*.

Juan Manuel Kindelán, dueño de otra finca cercana, El Berezal, mucho más pequeña, de unas veinte hectáreas, casado con Carlota Bustelo, era otro de los asiduos. Kindelán, sobrino del influyente general monárquico Alfredo Kindelán y

pariente lejano del entonces ministro de Industria, José María López de Letona, entra como director del Servicio de Estudios del INI que preside Claudio Boada en 1970. Está considerado ya entonces como una de las mentes políticas mejor equipadas de aquella joven generación y es, a partir de entonces, una especie de «jefe natural» de Miguel Boyer, su segundo en el departamento del INI.

Un desgraciado accidente montando a caballo, precisamente en La Dehesilla, al colisionar contra un árbol, trunca la brillante carrera profesional y política de Kindelán.

Allí van también, bajo la sombra reparadora de los alcornoques, Paco Bustelo y su mujer, María Gómez Mendoza, y su hermano, Carlos Bustelo, que sería ministro de Industria con la UCD, aunque éste acudiera bastante menos a La Dehesilla, por no ser especialmente aficionado al campo.

Manuel de la Concha, ex síndico de la Bolsa de Madrid, y su esposa, Paloma Jiménez Altolaguirre, o Juan Antonio Ruiz de Alda, fallecido en accidente de automóvil, acudieron en alguna ocasión a La Dehesilla. Otros amigos de este grupo o de alguno de sus integrantes, como Juan Liado y Fernández Urrutia, hermano del ex ministro y embajador José Liado, o José María Entrecanales, propietario junto con su hermano Juan de la empresa constructora que lleva su apellido, visitaron la finca en alguna ocasión aislada, aunque no eran del grupo habitual. Como tampoco lo eran Plácido Arango, un empresario y mecenas mexicano de origen asturiano, hoy presidente de la Fundación Príncipe de Asturias y propietario de la cadena de establecimientos Vips, o el abogado Fernando Escardó, titular, junto con José Mario Armero, de uno de los principales bufetes del país.

Junto a la equitación, el ajedrez, los paseos, los interminables y anglosajones téis, los asistentes a La Dehesilla practicaban otro tipo de entretenimientos, como los organizados por el llamado «Grupo del amor», integrado por Plácido Arango, un virtuoso en el baile *cheek to cheek*, y Manuel de la Concha entre otros, consistentes en pequeños «flirteos» intermatrimoniales, como correspondía a gentes de «la modernidad» de entonces, culturalmente muy influenciados por sus largas estancias en Europa y América.

Todos los integrantes de aquel club de paladares selectos y restringidos, conocedores del francés y el inglés *JJuently*, que acudían los fines de semana a La Dehesilla, coinciden en recordar aquellos años como unos tiempos muy agradables, esperanzados y fabulosos, repletos de proyectos para el futuro que ya se adivinaba con la intuida desaparición del general Franco.

De aquel grupo habrían de salir gran parte de los hombres, las ideas y los planes que informarían y encauzarían la política económica española a lo largo de toda la transición democrática, como veremos en otro lugar de este libro.

Ciertamente, no puede decirse que la llamada *beautiful people* goce en nuestro país de una buena imagen. La política económica, esquemáticamente etiquetada como «liberal», desarrollada por sus miembros y muy especialmente la diseñada por Miguel Boyer, como ministro de Economía y Hacienda del primer Gobierno socialista de Felipe González, le acarrearón la hostilidad de la izquierda y de los sindicatos, especialmente de la UGT, el sindicato «hermano», hoy ya definitivamente divorciado del PSOE «felipis-ta».

Las propias peripecias personales de su miembro más significativo y emblemático, su matrimonio con Isabel Preysler, su famosa, suntuosa e inacabada casa en una de las zonas residenciales más caras y exclusivas de Madrid, la de Puerta de Hierro, su pase, en fin, a la empresa privada al servicio primero de «los Albertos» y posteriormente de sus ex mujeres, las hermanas Koplowitz, todo ello ha contribuido, ciertamente, a asentar esa imagen de *glamour* y lujo, refinada y elitista, que tanto chirriaba ante los electores del Partido Socialista y ante los sectores de la opinión pública española situados más a la izquierda.

Sus casas comenzaron a parecerse a las de la vieja burguesía hispana más acomodada, pero con atmósferas y ornamentos más refinados y modernos. Eran equivalentes, por otra parte, pero medio siglo después, a las de sus abuelos. Los viejos salones de los potentados franquistas, las agobiantes *boisseries* que revestían las paredes de sus estancias, la clásica combinación de las platas sobre el perfumado y rojizo marco de las caobas, eran ahora sustituidos por paredes en tonos pastel y moquetas color hueso, esmaltadas, eso sí, con valiosas antigüedades, *tallboys* ingleses, *bureaus* napoleónicos, *chest-on-chests* Victorianos, «canteranos» dieciochescos, butacas Luis XVI., En esas paredes, en cambio, no había reposteros ni blasones, sino copiosas librerías repletas

de volúmenes, cuadros, grabados, litografías, aguafuertes, condensando en sus lienzos y firmas las viejas y queridas señas de identidad del exilio, la República, la Guerra Civil.

Tàpies —el comedor de Arga 1, domicilio de los Boyer, se adorna con un gran cuadro de dos metros de largo, de áridas y arenosas texturas, de este pintor—, Miró, Picasso, Canogar, Saura, el colombiano Botero, Chillida, Antonio López, armonizan sus vanguardismos con los monásticos, descomunales, magníficos «zurbaranes» de Plácido Arango, que llegó a ser requerido por los organizadores de la exposición de Zurbarán en el Metropolitan de Nueva York, al que prestó dos de sus cuadros.

Y también con el gran retrato de Isabel Preysler, pintado en 1980 por Luis Pinto Coelho, con ademanes pictóricos a medio camino entre el hiperrealismo cuasifotográfico y el idealismo azucarado de sus casi comestibles colores, que, iluminado por minúsculos y ocultos puntos de luz halógena, preside la pequeña biblioteca —Boyer conserva, desde hace seis años, los libros de su biblioteca en los almacenes de un guardamuebles madrileño— en su provisional domicilio madrileño de Arga 1, el chalecito de la exclusiva colonia de El Viso, casi esquina con la calle de Serrano, que fuera domicilio de un anterior matrimonio, el de Isabel Preysler y Carlos Falcó, marqués de Griñón.

Los grandes «gurús» del interiorismo nacional y hasta internacional comenzaron a decorar sus viviendas; nombres como Pascua Ortega —que se ocupó del apartamento de Mariano Rubio y su nueva esposa, la escritora Carmen Posadas; del de Petra Mateos, que fuera «mano derecha» de Boyer en sus años al frente del Ministerio de Economía y Hacienda y del Banco Exterior de España; del piso del marqués de Griñón, y que hasta diseñó un anteproyecto para Julio Iglesias e Isabel Preysler, que nunca se llegó a realizar—, Duarte Pinto Coelho o Jaime Parladé. Hasta el mismísimo y cotizadísimo diseñador y decorador francés Richard Stark, uno de los más solicitados del mundo, autor del proyecto —en el que también intervino Mariscal, «padre» de Cobi, la mascota de los Juegos Olímpicos de Barcelona 92— del Teatríz de Madrid, propiedad de Plácido Arango, uno de los restaurantes más espectaculares de España.

Duarte Pinto Coelho, un portugués afincado en España y considerado como el «gran patriarca» de los interioristas españoles, tío del pintor Luis, se ocupó de decorar las plantas nobles de Torre Picasso —Pascua Ortega se encargaría de los nuevos despachos de «los Albertos», también en Torre Picasso, tras su salida de Grucycsa—, donde Boyer tiene sus oficinas como presidente de Cartera Central. El vestíbulo de la planta, revestido de negros mármoles por Pinto Coelho, sus dos sillones de inspiración egipcia, recuerdan vagamente las cerradas atmósferas de las cámaras mortuorias faraónicas.

Paralelamente y como contraste, Alfonso Guerra, a la sazón vicepresidente del Gobierno, ordenaba a los dirigentes del partido que, en el verano de 1985, huyeran de cualquier tipo de comparecencia pública en las playas de moda acompañando a miembros de la *jet* —tal como, con su risueña y habitual despreocupación, habían hecho Luis Solana, entonces presidente de Telefónica, y su mujer Cuca, elegida «Lady España»—, y recurrieran a la estética del descamisado, al botijo estival y el pañuelo con nudos en la cabeza.

Era, obviamente, un mero gesto para la galería electoral del «número dos» del PSOE, quien, en cambio, no se aplicaba a sí mismo la misma vara de medir que

utilizaba con los dirigentes del partido ni hacía gala de ningún tipo de escrúpulo a la hora de llevarse cuadros procedentes de los fondos del Museo Español de Arte Contemporáneo para decorar su remozado apartamento en el complejo de La Moncloa —el mismo que ocupara en su día el vicepresidente y teniente general Manuel Gutiérrez Mellado—, o al revestir de caros mármoles italianos su cuarto de baño particular, para, acto seguido, mandar derribarlo y construirlo nuevamente, porque el color y las vetas del revestimiento no eran de su agrado.

Puede decirse que la célebre bofetada recibida por Boyer y propinada por Ruiz Mateos en el vestíbulo del edificio de los juzgados madrileños —repetida *ad nauseam* por Luis Solana, entonces al frente del Ente Público, a través de las pantallas de TVE, siguiendo las consignas de Alfonso Gue--rra—, fue una de las causas que explican el espectacular resultado electoral obtenido por Ruiz Mateos en las elecciones europeas de 1989 —dos escaños, más de seiscientos mil votos—, al lograr capitalizar, con aquel estrafalario lance, las iras y frustraciones colectivas acumuladas por gran parte de la opinión pública a causa de la famosa impunidad y prepotencia con que actuaban los socialistas.

La Ley D'Hondt que inspira nuestro sistema electoral y la bofetada a Boyer provocaron, merced a los votos obtenidos por Ruiz Mateos, que el centro derecha —el PP y el CDS— sufriera un inesperado revés electoral que frustró el pacto entre ambos partidos que se había iniciado ya con los acuerdos de gobierno alcanzados por ambas formaciones para regir algunos ayuntamientos y comunidades autónomas, como el consistorio madrileño o la Junta de Castilla y León.

Guerra, difundiendo reiteradamente y con todo lujo de detalles el humillante episodio de la bofetada —al tiempo que, en el seno del PP, gentes como Abel Matutes o José Antonio Segurado no cesaban de realizar declaraciones a favor de «la unión del centro-derecha»—, lograba el difícil objetivo de unir lo útil a lo deleitoso: humillar públicamente a su odiado —y envidiado— enemigo Miguel Boyer y, de paso, desbaratar la operación GDS-PP de cara a una futura coalición tras las elecciones generales de aquel mismo año.

Decía Proust que sólo la metáfora puede dar una suerte de inmortalidad al estilo. Y el inevitable Borges recoge de la *Retórica* de Aristóteles la definición de la metáfora como una analogía entre cosas disímiles, a la hora de estudiar las *kennningar*, enigmáticas menciones de los rapsodas islandeses, de casi dos mil años de antigüedad: «tempestad de espadas» —la batalla—, «ola de la copa» —la cerveza.

Hay una gran variedad de metáforas. Veamos éstas: «Con su mentón fuerte y agresivo, la nariz fina venteando los peligros, Marta respira necesidad, urgencia

por todos los poros. En su mirada no hay sitio para las dudas, ni la piel ha hecho en su cuerpo las arrugas necesarias para que se aloje en ellas la paciencia. Alberto conoce ese territorio salvaje y dulcemente recorrido con la yema de sus dedos mil veces; lo ha visto arder y en él se ha abrasado como un fanático, como un "kamikaze" del amor hasta que el último rescoldo, en el día y en la noche, de su fortaleza se ha consumido.» La descripción, ciertamente gráfica, casi de un *voyeur* o de un testigo presencial, corresponde a uno de los párrafos de un libro que en su momento produjo un hondo disgusto en los medios de la *beautiful people: El clan* (Heras, 90:385).

El malestar que provocó este libro, del que es autor el periodista Raúl Heras —ex director adjunto de *Diario 16*—, hizo que un grupo de ellos comprara un único ejemplar, que circuló de mano en mano hasta que fue leído por todos. Su inspiración última fue atribuida por este grupo —o influida al menos— al inevitable Alfonso Guerra, incesante propalador de todo tipo de maldades sobre la *beautiful* y muy especialmente contra Boyer y Mariano Rubio.

La obra, sin embargo, traza un retrato sumamente positivo y elogioso de Miguel Boyer, y cuenta con interesantes hallazgos y descubrimientos, producto de una larga labor de investigación de su autor, pero acaso los aspectos que más disgusto provocaron en algunos de los integrantes de su índice onomástico residían en el tono de reticente suspicacia, y —sobre todo y muy especialmente— los pasajes similares al alarde metafórico citado, es decir, las escenas de alcoba, los «flirts» y aventuras sentimentales. «¿Quién no ha tenido problemas de infidelidad con su mujer o su compañera, bien como protagonista o como víctima?», se lamenta uno de los damnificados.

La popularidad en las democracias a veces exige este tipo de molestos tributos — siempre que lo relatado se ajuste a la verdad de los hechos—, en las que se suele aplicar el viejo principio según el cual los hombres públicos —ya estén en el Gobierno, en la oposición, en el campo de la cultura, de la economía o de la empresa y, por tanto, con vidas que deben estar sujetas al interés público y a ciertos cánones de «ejemplaridad»— no tienen vida privada.

Sí es cierto que la *beautiful* ha sido víctima de ese síndrome tan común a los autoritarismos de cualquier signo, que tanto afecta a nuestra vida nacional, el de la interpretación conspirativa y paranoica de la historia, lo que Umberto Eco llama «el síndrome del complot». Los trabajos sobre la *beautiful* a veces han pecado de tales enfoques y han caído en esquematismos asentados sobre una supuesta propiedad transitiva de la amistad, una especie de sentimiento de secta,

incólume e inamovible, capaz de resistir cualquier contingencia, incluyendo el paso del tiempo. Las relaciones se deterioran, y en ocasiones definitivamente, y quienes son amigos entrañables devienen en adversarios y hasta en feroces enemigos.

El famoso síndrome de «la envidia igualitaria» que siempre suscitan grupos tan elitistas, no ha sido tampoco ajeno a la imagen que estigmatiza a la *beautiful*. En el grupo de la *beautiful people* esto no es una excepción, y muy especialmente con Miguel Boyer, cuya desdeñosa y altiva personalidad le lleva a interrumpir sin contemplaciones amistades o relaciones de muchos años cuando surge el primer choque o contratiempo.¹

Tras su matrimonio con Isabel Preysler —de ello hablaremos con más detalle—, Mariano Rubio, por ejemplo, acude mucho menos a Arga. En aquella historia intervenía también otro de los amigos del grupo, «Paddy» Gómez Acebo, representante de otro de los licitantes interesados por Loewe, la firma inglesa Jaegger.

Asimismo, las relaciones de Boyer con el fallecido Pedro Toledo eran sumamente ásperas, de rechazo por parte del ex ministro hacia el banquero —minuciosamente retratado, en su exclusivo mundo de Neguri, por Jesús Cacho en su libro *Pedro Toledo. El desafío*—; con los hermanos Entrecana-es nunca han existido o han sido muy superficiales y, desde hace años, Carlos Bustelo y García Díez dan muestras de una visible rivalidad hacia el ex ministro de Economía del primer Gobierno González. No así con Mariano Rubio, que mantiene una buena amistad con ambos.

Salas, en momentos como el antes citado, siempre recuerda el comentario que le hiciera, en 1976, Kathereen Graham, la recién retirada presidenta de *The Washington Post* y la revista *Newsweek*: «Si decides dedicarte a la prensa como hay que hacerlo, ya sabes que has de resignarte a perder a todos tus amigos.» En ello está.

Bien es cierto que parte de la mala reputación que arrastran algunos miembros de la llamada *beautiful* está justificada. Además del estilo de vida de Boyer y su nueva esposa, Isabel Preysler, airadamente atacado por Nicolás Redondo en la manifestación madrileña que siguió a la huelga general del 14-

¹ Asimismo, las discrepancias de Boyer con Solchaga han sido más frecuentes de lo que ha trascendido y, como consecuencia de la publicación de una pequeña nota en *Cambio 16* sobre la supuesta intervención de Isabel Preysler en la reprivatización de una de las empresas de Rumasa, la firma Loewe, Boyer permaneció durante varios años sin dirigir la palabra a Juan Tomás de Salas.

D —Boyer siempre recrimina a Redondo el hecho de que las críticas unidireccionales del líder sindical a su persona no hayan tenido la correspondiente equivalencia en la denuncia del «caso Guerra» u otro escándalo como el de Filesa, que Redondo nunca ha censurado—, existen aspectos menos epidérmicos, más preocupantes. Como el de la utilización del poder político en beneficio personal de amigos y socios, aspecto en el que las suspicacias que afectan a ciertos miembros de la *beautiful* son numerosas. La principal, el supuesto intento —reiteradamente denunciado en medios de comunicación y libros— de controlar, desde las plataformas del poder político, tras la llegada del PSOE al poder en 1982, todos los ámbitos del poder económico y financiero del país, y muy especialmente la banca. En su ascendente itinerario muchos de ellos han provocado gran cantidad de agravios, se han granjeado numerosas enemistades en el mundo político, económico y financiero. Han «pisado muchos callos», con un estilo a veces marcado por la arrogancia o la altivez, rasgos espirituales muy característicos de la personalidad de Boyer Salvador.

Angeles o demonios, según las ópticas, los miembros de la *beautiful* son hombres y mujeres con sus grandezas y sus miserias, como cualquiera, con zonas de inusitado brillo y áreas de sombras y claroscuros, hijos de sus particulares circunstancias familiares, políticas, culturales, históricas en definitiva.

Las campañas lanzadas contra los miembros de la *beautiful people* procedentes de las zonas del llamado «guerrismo», han tenido sospechosas similitudes con aquellas conjuras judeomasónicas, el maridaje morganático de la masonería con el comunismo imaginado por el régimen anterior, o con los complots del capitalismo internacional dispersados por los terminales propagandísticos de los comunistas anteriores a la demolición del Muro de Berlín.

Esta interpretación siempre entrevé una especie de «inteligencia» superior, remota e invisible, que supuestamente mueve los hilos de una densa trama de agentes y palancas sumisamente obedientes a su dictado. En este caso, el «cerebro» de la *beautiful* serían dos, acaso tres, quizá cuatro, cinco incluso: Rafael del Pino, Claudio Boada, Mariano Rubio, Miguel Boyer, De la Concha...

Existe y ha existido, sin duda, una densa red de parentescos familiares, amistades, relaciones históricas y personales, y colaboraciones profesionales que ha unido a sus miembros a lo largo de varias décadas y, ciertamente, su papel en la dirección de los asuntos públicos del país ha ido creciendo en importancia hasta alcanzar su cénit con la llegada del PSOE al poder en 1982.

No olvidemos que el triunfo del PSOE, aquel 29-O de 1982, con más de diez millones de votos, supuso una auténtica, pacífica y gradual revolución en el país,

al ser desplazados de los centros de poder todos los hombres del régimen anterior y los pertenecientes a la prácticamente desaparecida UCD por gentes nuevas sin apenas experiencia de gobierno. En este proceso, en parte orquestado por Guerra —que ya había realizado un «ensayo general» tras las elecciones municipales de 1979, que llevaron a miles de militantes socialistas al poder en los ayuntamientos—, hay que reseñar una ruidosa excepción: los aparatos económicos del Estado, ocupados por personas estrechamente relacionadas con los equipos de la desaparecida UCD.

Los «mandarines»

El testimonio sobre la *beautiful* de Jaime García Añoveros, catedrático de Derecho Financiero, ex ministro de Hacienda con la UCD y dirigente del CDS de Adolfo Suárez, es especialmente significativo:

«Todo el grupo estaba ya junto en la época de Franco. Fuentes Quintana, que es uno de sus maestros, ya era entonces asesor del General, y el resto estaba en puestos estratégicos de la Administración (...) Todo el equipo que se forma en el Banco de España, que Mariano Rubio personifica a la perfección, es un equipo incombustible, de una gran amistad entre todos ellos. Todos son socialdemócratas de sentimiento y monetaristas de oficio... Hasta que llegan ellos, la política del Banco de España estaba en manos de abogados del Estado; es un cambio de una casta por otra, las dos igualmente cerradas y creyéndose en posesión de la verdad. Rubio es un alto burócrata, un hombre frío, pero muy colérico, que luego se arrepiente de sus arrebatos con los amigos y escribe cartas manuscritas disculpándose (...) Boyer no era importante antes de llegar a ministro con el PSOE. Es entonces cuando logran que la tradicional tensión institucional entre el ministro de Hacienda y el Banco de España desaparezca (...) El que sabe de verdad de teoría económica es Luis Ángel Rojo, al que no le gusta salir en público, pero al que recurren todos, incluido el Presidente del Gobierno, para el que lleva preparando discursos desde que llegó a La Moncloa (...) Es un grupo muy bien cualificado profesionalmente, no como otros, que alcanzaron el poder siendo unos indocumentados (...) Lo más sorprendente es que hacen una política liberal monetarista con un Gobierno socialista (...) Fuentes Quintana siempre ha sido muy timorato: no le gusta mojarse en los temas, tiene miedo a la opinión pública, a lo que puedan decir de él. Recuerdo que en 1978, durante la discusión de los Presupuestos en el Parlamento, subió a la tribuna de oradores Luis Solana por el Partido Socialista, y puso a Fuentes muy nervioso y con él a todo el Gobierno de UCD, que veía a su vicepresidente descompuesto ante las idioteces que decía

Solana (...) La *beautiful* se equivoca al creer que no se les resiste nada ni nadie, y que al que se resiste le aplastan, como a Ruiz Mateos, para dar un ejemplo. Se llegan a creer por encima de todo el mundo, pues todos se entregaron, hasta que llega Mario Conde, les dice no y les rompe el esquema que tenían dibujado perfectamente» (Heras, 90:57).

Boyer siempre sostiene que el único vínculo que les unía en la época de Franco era el de la clandestinidad y la amistad entre los miembros de aquel reducido grupo que carecía de la menor operatividad política, entre los que figuraban varios «fichados» por el régimen, como Mariano Rubio, los hermanos Bustelo, Kindelán y el mismo Boyer.

Los círculos concéntricos del «mandarinato» de la *beautiful* han crecido y se han multiplicado, y a sus órbitas iniciales, aquellas que fraguaron en el binomio Dehesilla-Ribadeo y su minúsculo grupo, se han ido incorporando otros miembros y personajes ya menores, una subespecie de más bajo peso específico, que son conocidos como «los *beautiful* feos».

Rafael del Pino y Moreno, uno de los considerados «padrinos» del grupo, además de presidente de Ferrovial —empresa que protagonizó la correspondiente OPA hostil contra otra firma del ramo, Cubiertas y MZOV, enfrentándose a otro de los *beautiful*, Juan Entrecanales, consejero de esta empresa—, es socio y viejo amigo de Claudio Boada, y ocupa un puesto de consejero en el Banco Hispano Americano. Del Pino está estrechamente relacionado con Leopoldo Calvo Sotelo y Bustelo y emparentado con López de Letona. Es, asimismo, presidente de Europistas, Eurovías, consejero delegado de Ibervial y vicepresidente de Interholding, firma de la que fue director, en 1974, Mariano Rubio.

Se ha escrito que tanto Rafael del Pino como los hermanos Entrecanales — Juan y José María— proporcionaron fuertes recursos económicos a la «operación Roca» (Heras, 90:152), urdida por Antonio Garrigues —otro de los nombres familiares que se incluyen en la larga nómina de la *beautiful*— y el catalán Miguel Roca en torno al Partido Reformista Democrático, que fracasó estruendosamente en las elecciones generales de 1986.

La verdad es que la «operación Roca» —sin contar los recursos dedicados a Cataluña— supuso un gasto total en torno a los 1.000 millones de pesetas de 1986, 600 de los cuales se obtuvieron como créditos de un consorcio de bancos, otros 100 millones se consiguieron de las cajas de ahorro —cantidades que se suponía serían devueltas con lo obtenido por el PRD en función de lo que recibiría de las arcas del Estado por sus votos y escaños—, y otros 250 millones de un grupo de empresarios amigos, la mayor parte de ellos procedentes del sector

de la construcción. Se hizo un prorrateo y cada empresario aportó filantrópicamente unos 15 millones de pesetas a fondo perdido.

Lamentablemente para los promotores del PRD, que hicieron las cuentas de la lechera, no hubo ni votos ni escaños. El descalabro electoral fue glorioso, una auténtica hecatombe, y los bancos y cajas no pudieron cobrar. Hubieron de contentarse con vagas promesas de «compensación» por parte de los catalanes de Convergencia.

El PSOE había jugado descaradamente a atacar con ferocidad al PRD —las intervenciones de Miguel Roca en sus mítines en Cataluña, las ofrecía el responsable de los informativos de TVE, Enric Sopena, en los telediarios para toda España en catalán y con subtítulos en castellano— y a apoyar al otro partido de centro en liza, el CDS de Adolfo Suárez, que obtuvo, en cambio, muy sustanciosas e interesadas «primas» televisivas. Alfonso Guerra sabía que un PRD con una veintena de escaños, vinculado a la poderosa CiU y con afinidades con otros nacionalismos, podía convertirse en una alternativa demasiado peligrosa.

El CDS, con Suárez al frente, no representaba ningún peligro, como se ha podido comprobar posteriormente, tras las generales de 1989, con el partido centrista convertido ya entonces en un mero satélite del PSOE y definitivamente desmembrado tras el desastre electoral de las municipales y autonómicas de 1991, que provocó la dimisión como presidente del partido de Adolfo Suárez.

De los que no recibió demasiada ayuda Adolfo Suárez —apenas 100 millones— en aquella campaña electoral, y en contraste con los 600 millones recibidos por el PRD, fue de los bancos. El suceso provocó las iras mitineras del duque de Suárez, quien, inspirado por su imaginativo y batallador asesor de prensa en aquella campaña, el periodista Pablo Sebastián, lanzó una demoledora etiqueta contra la banca que hizo, ciertamente, fortuna y con la que llegó a adelantarse al líder iraquí Sadam Husein en su poética y no cumplida premonición sobre «la madre de todas las batallas»: la banca fue para Suárez en aquella campaña electoral «la gran madrastra».

Otro de los tenidos por «padrinos» de la *beautiful* es Claudio Boada, ex presidente del Banco Hispano Americano. El catalán Boada, ingeniero industrial, es uno de los hombres de más dilatada experiencia en la vida económica de nuestro país, tras haber pasado por los más diversos cargos de alta responsabilidad, tanto en la esfera pública como en la privada. Había trabajado ya al frente de empresas públicas como Pegaso, y en 1967 fue nombrado presidente de Altos Hornos de Vizcaya.

Su acceso a la presidencia del Hispano es atribuido a una maniobra de la *beautiful* tendente a colocar a uno de sus hombres al frente de uno de los primeros bancos del

país, en un momento en el que Miguel Boyer ya preside el Banco Exterior de España.

Se le hace responsable de una brillante gestión al frente del INI, aunque algunos detalles «menores», como la supuesta compra de unos visones en Canadá con cargo (al igual que el hotel y los billetes de avión) a las cuentas de gastos del *holding* público —fue una de las muchas denuncias que los sectores falangistas en el seno del INI lanzaron contra Boada, al que consideraban próximo al odiado y denostado Opus Dei— no tuvieron demasiada importancia, en aquellos años de dorada impunidad del régimen anterior. De haberse producido, como aseguraban los «hombres azules» del INI, hubiera sido un detalle sin importancia si lo comparamos con lo que hizo un antiguo presidente de Iberia, que abrió una zanja en la calle que separaba los depósitos de combustible de uno de los edificios de Iberia y su domicilio particular, un pequeño chalé, para poder enterrar una tubería y así climatizar su piscina con el fuel-oil del INI.

Desde que Boada fue nombrado por el ministro de Industria, López de Letona, en abril de 1970, hasta que abandona la presidencia del Instituto, tres años más tarde, su ejecutoria al frente del *holding* público ha merecido un gran reconocimiento, por las pautas reformadoras y racionalizadoras que introdujo, y el mismo Boyer recuerda aquel periodo como muy beneficioso y positivo para el INI.

Si las grandes directrices de Letona eran la creciente apertura hacia el exterior y el crecimiento rápido del Instituto, Boada se aplicó con empeño al trabajo, introduciendo factores de rentabilidad, racionalización y ahorro en el gasto con una sensibilidad muy «privada», desconocida hasta entonces en el Instituto, que había pasado del centralismo autárquico, paternal y «castrense» de Juan Antonio Suanzes —un ingeniero naval de la Armada, amigo de la infancia de Franco, que permaneció más de veinte años al frente del INI— al caótico reino de taifas de las empresas del *holding* con que se topó Boada. «Tras haber podado el INI, Boada comenzaría a emplearlo como instrumento empresarial, que únicamente se distinguía de la empresa privada por su disposición a correr más riesgos que ésta» (Schwartz y González, 1978:177).

Otra de las creaciones de Boada sería el Servicio de Estudios, que, al igual que el Servicio de Estudios del Banco de España, se convirtió en un centro de asesoramiento de creciente importancia y prestigio como *thinking tank* del *holding* público, al frente del cual nombró a un imaginativo y emprendedor ingeniero de minas, Juan Manuel Kindelán, que, tras su accidente ecuestre en La Dehesilla, sería sustituido por el subdirector del Servicio, que no era otro que Miguel Boyer; allí permanecería durante casi tres años, hasta que, en 1974, presenta su dimisión en

solidaridad con la de su presidente, Fernández Ordóñez —que le nombró director del Servicio—, quien, a su vez, había dimitido siguiendo la estela de dos sonadísimas renunciadas, la del ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, y la del responsable de Hacienda, Antonio Barrera de Irimo.

Boada cambió a más de ciento cincuenta directivos del INI, revolucionó los balances de las empresas y puso especial énfasis en lo que en su círculo más íntimo de entonces se conocía como «limpiar de golfos el INI». Una de las personas sustituidas por Boada era un joven abogado del Movimiento Nacional de Franco, vinculado con el Opus Dei, que presidía la empresa pública de los paradores, la Empresa Nacional de Turismo, Entursa. Se llamaba Adolfo Suárez.

En cambio, otras zonas de la vida profesional de Claudio Boada no ofrecen un saldo tan positivo. Así, la venta de Torre Europa —de la que se hablará en el capítulo dedicado a Rumasa— se llevó a cabo por 11.000 millones de pesetas, y, aunque el Hispano obtuvo un beneficio de 5.000 millones, pocos meses después tal plusvalía podría haberse triplicado. Eran tiempos de extendida crisis económica y empresarial, de incertidumbre general tras la llegada del PSOE al poder, y nadie previó el *boom* de precios del suelo y la vivienda que siguió a la entrada de España en la CE, en 1985.

Asimismo, la entrada de Banesto en el Banco de Madrid, en abril de 1978, con Claudio Boada como campeón y entusiasta defensor de la operación, le supuso al banco de Castellana 7, entonces con Pablo Garnica como «hombre fuerte», unas pérdidas de 70.000 millones de pesetas (Cacho, 88:152-153). Hubo mentes malignas y aviesas que interpretaron la ruinosa operación como una maquiavélica maniobra de la *beautiful* destinada a erosionar aún más el Banesto: endeudar una empresa, debilitarla y acto seguido hacerse con ella, siempre bajo la atenta mirada de la autoridad monetaria. Banesto acababa de sufrir poco antes un descabro parecido con la adquisición del Banco Coca, que ocasionó unas pérdidas que el propio Garnica, a ojo de buen cubero, valoró entre 50.000 y 70.000 millones de pesetas. Uno de los hombres de máxima confianza de Boada y miembro también de la *beautiful* es José María Amusátegui, su «segundo» en el Hispano Americano, que ha acompañado a don Claudio en sus itinerarios tanto en la empresa pública como en la privada: en el INI, en el Instituto Nacional de Hidrocarburos o en el Banco de Madrid.

Mariano Rubio es, por derecho propio, otro de los prohombres de la *beautiful people*. Mariano contrajo matrimonio en 1963 con Isabel Azcárate —una atlética y atractiva morena en cuya voz aún perviven fuertes acentos caribeños, nacidos en sus largos años en Venezuela, junto a sus padres—, a la que había conocido en Francia, en Pau, siendo apenas una niña —quince años—, en la boda de Paco

Bustelo y María Gómez Mendoza. Su boda se celebró en Madrid, e Isabel salió vestida de novia de la casa de «tía Carlota», en la calle del Sil de la colonia de El Viso, un legendario centro de reunión de la *beautiful*.

Allí también conocieron a Miguel Boyer y su esposa Elena Arnedo, en las navidades de 1964-1965, con quienes acabarían forjando una estrechísima amistad.

Sus amigos recalcan los perfiles «castrenses» de su personalidad, escueta, poco habladora, reservada, irritable. Austero, sobre todo. No se le conoce fortuna. «En aquellos años en el Banco de España, era muy seco, autoritario, muy prusiano, antipático incluso, supongo que por las influencias familiares de un padre militar. Pero nos hicimos muy amigos», señala Miguel Boyer sobre sus primeros encuentros con el hoy gobernador del Banco de España. «Pero era una persona que, por su seguridad, infundía una gran confianza.»

Mariano Rubio había sido contratado por el Servicio de Estudios del Banco de España en 1965, cuando trabajaba como técnico de la OCDE en París. Antiguo miembro de la ASU —la Agrupación Socialista Universitaria, una minúscula organización creada en febrero de 1956, como hemos visto, por un grupo germinal de estudiantes— a través de un amigo, miembro de la agregaduría comercial de la embajada española en París, Mariano Rubio había entrado en la OCDE. La Organización de Cooperación y Desarrollo Económico, creada en 1961 en París, cuenta con dos docenas de países miembros, los de la Europa Occidental junto con Estados Unidos, Canadá, Japón, Australia y Nueva Zelanda, y está considerada como una especie de «club de países acomodados» frente al «Grupo de los 77», integrado por las naciones menos desarrolladas.

Durante más de tres años, Mariano Rubio trabajó como técnico de la OCDE en París. En este periodo, Mariano aprendió economía en el que es considerado como uno de los centros internacionales más importantes del mundo.

Trabaja como subdirector del Servicio de Estudios del Banco de España, hasta que, en 1970, Alberto Monreal Luque, ministro de Hacienda, le ofrece una dirección general de nueva creación, la de Política Financiera. Previamente, Monreal había nombrado secretario general técnico del Ministerio a Francisco Fernández Ordóñez.

Paco Ordóñez, un auténtico virtuoso, la «nariz política» más intuitiva y sofisticada del país, capaz de transitar en coche oficial, con la mayor naturalidad histórica, primero en el franquismo, posteriormente con la Unión de Centro Democrático y,

ahora, convertido en uno de los «pesos pesados» del Gobierno de Felipe González, colaboró entonces en su importante puesto con Monreal Luque —uno de los tecnócratas del Opus Dei—, aunque siguiera manteniendo buenas relaciones con sectores «azules» del régimen. La aceptación de la dirección general por Mariano provocó una gran conmoción en su familia y en sus amigos.

A su mujer, Isabel Azcárate, tampoco le agradó demasiado la decisión de Mariano Rubio. Paco Bustelo —el mayor de los Bustelo, hoy dirigente del PASOC de Alonso Puerta y Pablo Castellano, partido integrado en Izquierda Unida, tras haber abandonado el PSOE, dejando atrás casi treinta años de militancia— y Juan Manuel Kindelán no entienden la decisión de Mariano Rubio y la desaprueban. Una dirección general, aunque sea tan «técnica» como la de Política Financiera, es un cargo político y de confianza de un ministro que forma parte de un Gobierno de Franco. Tan sólo Miguel Boyer muestra cierta comprensión hacia la trascendental decisión de su amigo, al que escribe una tarjeta dándole ánimos: todo en esta vida tiene su explicación. La amistad, por encima de todo...

Sin embargo, el sentimiento de vergüenza colectiva era notorio, incluso en el propio interesado. Monreal había, tenido noticia de la valía y competencia profesional de Mariano Rubio en sus relaciones con el Servicio de Estudios del Banco de España. La «filosofía» de la aceptación fue similar a la esgrimida por Fernández Ordóñez cuando explica su prodigioso itinerario público: «Yo estoy en política porque me gusta hacer cosas...» Mariano Rubio deseaba asimismo «hacer cosas».

Y las hizo, ciertamente. Medio año después de acceder a la dirección general hubo de dimitir precipitadamente. Un «pequeño detalle» había forzado su dimisión: el Proceso de Burgos, en diciembre de 1970, uno de los más gigantescos escándalos políticos internacionales que hubo de sufrir el régimen franquista, al juzgar a seis vascos miembros de ETA —Dorronsoro, Gorostidi, Izco, Larena, Onaindía y Uriarte— a los que condenó, el 28 de diciembre —macabra «inocentada»—, fecha en la que se hicieron públicas las sentencias, a nueve penas de muerte. El cónsul alemán Beilh, secuestrado por ETA, aparece sano y salvo y a finales de año las penas de muerte son conmutadas.

La dimisión de Rubio cayó como una bomba. Regresó al Banco de España, cuyo Servicio de Estudios había abandonado protegido por una excedencia especial, pero fue represaliado y condenado a permanecer en un despacho, mano sobre mano, durante casi dos años. Su puesto había sido ocupado por Luis Ángel Rojo, en la actualidad subgo-bernador del Banco de España, un catedrático y técnico comercial del Estado —unánimemente respetado y considerado, como señala

García Añoveros, como uno de los «cerebros» económicos tanto de la UGD como del PSOE—, que había llegado al Banco de España procedente del Ministerio de Comercio.

Pedro Schwartz es otro de los miembros históricos del grupo. Catedrático desde 1969 de Historia de las Doctrinas Económicas de la Universidad Complutense de Madrid, este abogado y economista, feliz poseedor de uno de los más impresionantes y brillantes currículos profesionales de todo el grupo de la *beautiful*, es, paradójicamente, el que menos rendimiento público y político ha obtenido de sus adornos profesionales y vastos conocimientos: tan sólo un acta de diputado. En la actualidad combina el trabajo docente con la dirección de una sociedad de valores, Iberagentes, y del Instituto de Economía de Mercado, además de con su condición de miembro de la Comisión Trilateral.

Políglota reconocido —inglés, francés, alemán, italiano, portugués—, condecorado con la misma Orden del Imperio Británico que recibieran los Beatles de manos de la Reina de Inglaterra, este liberal elegante, anglofilo y refinado —rabiosamente individualista, hasta el punto de que sus amigos bromean con él diciendo que «Pedro sólo está de acuerdo consigo mismo»— ha tenido como ayudantes en su cátedra a personas tan significadas como Miguel Boyer, Carlos Solchaga o su esposa, Gloria Barba, pero también a gentes tan dispares como Francisco Fernández Marugán, miembro de la Comisión Ejecutiva Federal del PSOE y considerado como uno de los principales asesores económicos de Alfonso Guerra. Marugán sigue conservando casi el mismo afecto y respeto por Schwartz que la veneración que siente por Guerra.

No puede decirse que Schwartz sea, precisamente, un político. Es, antes que nada, todo un *gentleman*, un caballero liberal, flexible y tolerante, un conversador adorable. Su única incursión en este terreno no le ocasionó más que sobresaltos. En las elecciones de 1982, en las que UCD fue fulminada por el PSOE, Schwartz concurrió en las listas de la Alianza Popular de Manuel Fraga, y su rostro adornó los muros españoles con un eslogan que fue considerado casi una blasfemia por parte de sus amigos de la *beautiful*, que nunca han olvidado el itinerario franquista de don Manuel: «Pedro Schwartz. Liberales con Fraga.» Aquello le permitió ocupar durante cuatro años, hasta 1986, un escaño en el Congreso de los Diputados, pero le granjeó la irritación de muchos de sus viejos amigos de la *beautiful*, alguno de los cuales llegó a dejar de hablarle durante años.

Fue un grueso error de cálculo de Schwartz, arrastrado por sus entusiasmos teóricos en favor de la economía libre de mercado, sin tomar en consideración otras circunstancias, por ejemplo, su impecable historial democrático, confinado en 1960 por el franquismo junto con otros miembros de la

oposición democrática como Osear Alzaga, Javier Muguerza, Raúl Morodo, Fernando Alvarez de Miranda o Gregorio Peces-Barba.

Manuel de la Concha, casado y posteriormente separado de Paloma Giménez Altolaguirre, ex síndico de la Bolsa de Madrid, es otro de los más significados miembros de la *beautifulpeople*. Este abogado y economista, aficionado al golf — que suele practicar en el campo de Puerta de Hierro, en Madrid, con Mariano Rubio o Juan Tomás de Salas, entre otros— y a los deportes náuticos, también acudía en ocasiones a los *weekends* de La Dehesilla. Fue nombrado por Miguel Boyer miembro de la CAR —Comisión Asesora para la Reprivatización de Rumasa—, es fundador de Ibercorp junto con Jaime Soto, y en los ámbitos políticos, financieros y periodísticos se le considera un hombre rico, con un gran capital que rondaría la cifra patrimonial de los 15.000 millones de pesetas (Heras, 90:59). La sombra del *inside trading*, la utilización de información privilegiada para realizar operaciones financieras —acusación ciertamente difícil de probar, que puede producirse por una simple filtración oral en una conversación personal o telefónica— ha sido sugerida en ocasiones por algunos medios informativos.

Manuel de la Concha, al frente de Ibercorp, fue sometido a una rutinaria pesquisa por parte de la Comisión Nacional del Mercado de Valores que preside el ex ministro Luis Carlos Croissier, por la compra de títulos del Banco Hispano pocos días antes de su fusión con el Banco Central, en mayo de 1991, títulos que, en apenas unos días, pasaron de cotizar de 3.131 pesetas a 3.450. De la Concha señaló que la operación era normal, y que se había realizado por cuenta de uno de sus clientes, el Royal Bank of Scotland que, a su vez, había recibido el encargo de compra de los representantes del emir de Abu Dhabi, jeque Zayed Ben Sultán, propietario, a su vez, del controvertido BCCI.

Cabe aquí señalar que entre los miembros de la llamada *beautiful*, al menos sus gentes más señaladas, no hay muchas personas de grandes fortunas, si bien casi todos ellos gozan de situaciones económicas excelentes, ciertamente acomodadas. Las excepciones habría que situarlas en Manuel de la Concha, Rafael del Pino, los Liado o los hermanos Entrecanales, propietarios estos últimos apellidos de grandes patrimonios heredados de sus familias.

Juan y José María Entrecanales, primos de Isabel Azcárate, son propietarios de la empresa constructora del mismo nombre, y los Liado —José fue ministro de Transportes y de Comercio y embajador de España en Washington— de la empresa familiar Técnicas Reunidas. Juan Liado es miembro del bufete Garrigues, otra de las familias que se ha vinculado a las constelaciones de la *beautiful people*, si bien los dos hermanos mayores, Joaquín —el ministro y político liberal de UCD

que falleciera, en su más prometedor juventud, víctima de una leucemia— y Antonio, apenas visitaron los campos de La Dehesilla de don Justino de Azcárate. Por su parte, Manuel de la Concha obtuvo su fortuna en la bolsa, antes incluso de acceder al cargo de síndico —fue nombrado por la UCD—, y otros, como el desaparecido Juan Antonio Ruiz de Alda, casado con una hija de Antonio Moreno —uno de los principales accionistas de Banesto—, obtuvo grandes beneficios con la venta de una financiera, Banif, al Hispano, poco antes de la crisis bancaria.

Los enemigos de la *beautiful* establecen una relación de causa-efecto entre el acceso al poder político del PSOE, en 1982, y el supuesto enriquecimiento de alguno de sus miembros, que ha llegado a afectar incluso a Carlos Solchaga.

Sin embargo, los sectores «guerristas» del PSOE, encarnizadamente enfrentados a Boyer, primero, y posteriormente a Solchaga, denunciaron en su momento otras operaciones de mayor calado político.

Solchaga es, ciertamente, un personaje de mayor aguante que su amigo Miguel Boyer. Su capacidad para resistir las críticas del aparato de Ferraz controlado por Alfonso Guerra, poniéndose al frente de la manifestación, rebasando por la izquierda las propuestas de Ferraz, está suficientemente demostrada desde que, tras la huelga del 14-D, inició la

concertación con los sindicatos y abrió un periodo de buen entendimiento con los dirigentes de las dos centrales mayoritarias, la UGT y Comisiones Obreras, que los «guerristas» trataron inútilmente de boicotear.

En el verano de 1989, Endesa, la empresa pública del sector eléctrico, inicia, de la mano de su presidente, Feliciano Fuster, una política de penetración en las grandes compañías del sector que, tradicionalmente, habían sido la fuente de financiación electoral de la UCD, merced a sus abultados beneficios y a su dependencia de los gobiernos de turno, responsables de la fijación de subidas de tarifas. Los ciudadanos pueden prescindir de algunos servicios, pero todos consumen electricidad. Endesa es la primera empresa del INI por el volumen de beneficios, y la segunda del país después de Telefónica.

En estos momentos, Endesa, mediante la compra de acciones de las grandes compañías eléctricas privadas —Iberduero, Hidrola, Sevillana de Electricidad y Unión Fenosa—, controla prácticamente todo el sector eléctrico, del que posee el 45 por ciento, y es considerada, por tanto, como una formidable palanca de poder económico en manos de Solchaga.

Algo parecido ocurre con la creación, en mayo de 1991, del superbanco público, la Corporación Bancaria de España (CBE), que se convierte, mediante la fusión del Banco Exterior de España, la Caja Postal y las entidades coaligadas en el seno del

Instituto de Crédito Oficial (ICO) —el Banco de Crédito Local, el de Crédito Agrícola, el de Crédito Industrial y el Banco Hipotecario— en la mayor entidad financiera del país por el volumen de sus activos, inversiones crediticias y recursos propios, ocupando el séptimo lugar de Europa en el *ranking* de entidades atendiendo a sus beneficios, y el puesto setenta y dos del mundo en cuanto al volumen de sus activos. Aunque Miguel Boyer no ocultó nunca su opinión respecto a estos bancos públicos, que, a su juicio, debían ser privatizados, y a pesar de que los sindicatos —que exigieron el 15 por ciento de los puestos en el consejo de la nueva entidad— denunciaron que tras la iniciativa podía ocultarse una intención privatizadora, lo cierto es que la espectacular decisión política, recibida con una ruidosa división de opiniones, obtuvo en cambio un muy significativo silencio por parte de la Ejecutiva del PSOE. Por aquellos días, aún coleaba el gigantesco escándalo político derivado de la emisión, por la cadena SER, de las conversaciones telefónicas del secretario de Organización del PSOE, José María Benegas, en las que aseguraba que Solchaga trataba de cambiar la composición de la Ejecutiva del partido —de un férreo monolitismo guerrista, tras el XXXII Congreso del PSOE— de cara a las elecciones generales de 1993. Aquella grabación, realizada según la SER de forma casual por un radioaficionado, a juicio de otras fuentes fue hecha por auténticos profesionales. En medios de la ONCE aseguran que existe otra cinta no emitida, que recoge una conversación de Benegas con Miguel Duran.

En medios próximos a Guerra se interpretaban estas medidas como un paso más de Solchaga para lograr este objetivo, el hacerse con tan formidables plataformas de influencia y poder económico como las de los dos casos citados. En cualquier caso, el enorme poder que a la hora de escribir estas páginas acumula Solchaga, al igual que sucediera con su antecesor en el cargo, lo ejerce por simple delegación de Felipe González, auténtico depositario, como líder máximo del partido, Presidente del Gobierno y principal activo electoral del PSOE que es, de tal poder. A él hay que atribuir la máxima responsabilidad por la política económica desarrollada por sus gobiernos, inicialmente diseñada por Miguel Boyer. Benegas lo dijo muy gráficamente en las citadas conversaciones telefónicas difundidas por la SER: el problema no es Solchaga, «el problema es el *One*, el "Uno"».

Otro miembro destacado del grupo de la *beautiful* es el abogado y economista Juan Antonio García Díez, amigo íntimo de Carlos Bus telo, que fuera miembro de la UCD —integrante del grupo socialdemócrata— y vicepresidente económico en el Gobierno de Leopoldo Calvo Sotelo, y vinculado al grupo industrial de los March. Es presidente de Uralita, empresa gestionada por él con gran brillantez,

convertida, bajo su batuta, en una de las compañías punteras de toda Europa en el sector de la construcción.

No podía faltar en esta sucinta nómina de la *beautiful* Carlos Bustelo, persona de dilatada trayectoria política, comunista en sus años jóvenes, amigo y compañero de universidad de García Díez, encuadrado asimismo en el sector socialdemócrata de la UCD, que fue ministro de Industria y presidente del INI con los centristas.

Junto a todos ellos, otros nombres conocidos, cuya relación con el reducido grupo inicial de la *beautiful* es más episódica o discutible, como el de Alberto Oliart, ex ministro de Sanidad, Industria y Defensa con la UCD —abogado de las Koplowitz en su proceso de separación de «los Albertos»—, o el de Petra Mateos, el propio Solchaga y su mujer, Gloria Barba, Fernando de Asúa, presidente de IBM, Manuel Guasch, presidente de Fasa^Renault, el desaparecido Pedro Toledo, presidente del Banco de Vizcaya, Enrique Moya, que fuera presidente del INI...

CAPÍTULO 6

LOS *BEAUTIFUL* Y EL PENSAMIENTO BUROCRÁTICO

Los sindicatos, la izquierda, han etiquetado a la *beautiful* y sus diseños económicos con los conocidos clichés de «social-liberales» o «monetaristas». Tendremos ocasión de analizar con más detalle el pensamiento económico del principal protagonista de este libro, el ex ministro de Economía y Hacienda, Miguel Boyer. Uno de los mitos de la sociedad americana, del liberalismo selvático y la entronización del mercado en su libérrimo albedrío, es el del *tycoon*, el magnate encumbrado en las doradas cúpulas de Wall Street merced a la supuesta «igualdad de oportunidades» del gran «sueño americano», que alardea y se siente orgulloso de sus humildísimos orígenes, de haber comenzado su prodigiosa andadura voceando periódicos en cualquier esquina de la calle 42. La actividad

económica, así, se convierte en una lucha sin tregua ni cuartel, en la que siempre triunfa el más fuerte, el más astuto, el más despiadado.

Francis Coppola describe bellamente el personaje en su película *El Padrino III*, el *mobster* que, desde el tráfico de drogas, el juego y los negocios de la prostitución, alcanza los más codiciados puestos de los consejos de administración, en los que coincide con los *managers* financieros del Vaticano.

La aventura colectiva de Miguel Boyer y los *beautiful people* dista mucho de servir para un guión cinematográfico similar al de otro *film*, éste de Oliver Stone, *Wall Street*. Su encuentro, formación, evolución y desarrollo se produce en un escenario ciertamente muy distinto, en la España franquista que, desde la autarquía, afronta las primeras medidas

tímidamente modernizadoras de su economía con el famoso Plan de Estabilización de 1959.

En 1957, aún se escribían cosas como ésta: «Superadas definitivamente las viejas tesis del liberalismo económico... los ideales del lucro personal, de dominio económico, del tecnicismo a ultranza, han sido sobrepasados por nuevas ideas más generosas.» La cita, procedente de un estudio económico del INI de aquel año y recogida en el libro *La economía política del franquismo (1940-1970)*, permite a su autor considerar la existencia, ya entonces, de dos ideologías económicas contrapuestas:

«Una, la ideología de mercado, propugnada desde fuera por los organismos internacionales y desde dentro por los protagonistas de la nueva política económica. Otra, la ideología intervencionista que subsistía como inspiradora de la política industrial... Cuatro eran los pilares básicos, dentro de la Administración, del antiguo sistema dirigista: Secretaría General del Movimiento, Sindicatos, Ministerio de Industria e INI. En su proyección económica, el antiguo sistema se inclinaba por una política de intervención de precios, salarios, tipos de cambio, etcétera. Preconizaba un uso intensivo de la empresa pública como instrumento de sustitución de importaciones y sin consideración de costes. Desde Sindicatos se tendía además a proteger a la empresa pequeña y mediana, generalmente ineficiente y necesitada de inflación con crédito fácil y abundante. En su proyección política propugnaba formalmente el ideario falangista de la Revolución Social. Se sostenía además un ideario sindical corporativo. De hecho esto conducía al mantenimiento de una pesada burocracia a diversos niveles, desde la burocracia sindical a los funcionarios politizados del INI y del Ministerio de Industria» (González, 1979:29-31).

Se trataba, en síntesis, de la colisión entre los inspiradores de una política económica más moderna y parecida a la que se estaba llevando a cabo en los países europeos, basada más en la libertad de mercado y los viejos e ideologizados partidarios de la autarquía, el control y el aislamiento económicos.

Todo comenzó con la formación del Gobierno de 1957, fruto, como todos los demás, de una decisión personal del general Franco y de la crítica situación económica.

«Ahora bien, las decisiones tomadas por el Jefe del Estado respecto a la crisis de cada uno de los gobiernos, solían obedecer a un esquema que se nutre de los errores del anterior gabinete, o de las nuevas necesidades que requieren nuevos hombres.

Además, el general, arbitro indiscutido y carismático, al dosificar la mezcla de cada crisis, procuraba siempre buscar el nuevo equilibrio que estabilizara las tensiones surgidas entre familias tan dispares del régimen... Giros notables de las directrices económicas no permitían inferir que el Jefe del Estado hubiese cambiado de ideología en este terreno —de hecho no tenía ninguna—; simplemente introducía los cambios mínimos y necesarios para —reconstruyendo un nuevo equilibrio de fuerzas— permanecer en una situación de poder como arbitro indiscutido y carismático» (González, 1979:21).

A muchos, estas reflexiones sobre el cambio de Gobierno de Franco en 1957, les pueden resultar cercanas y familiares, si las aplican a la crisis ministerial de Felipe González de primeros de año de 1991, tras la salida de Alfonso Guerra como vicepresidente del Gobierno y el fortalecimiento del ministro de Economía y Hacienda, Carlos Solchaga.

José Luis de Arrese, un «duro» secretario general del Movimiento, había propuesto, tras los incidentes estudiantiles de 1956 abiertos como consecuencia de la política tolerante y liberal del católico Ruiz-Giménez en Educación, un proyecto de Leyes Fundamentales basadas en un partido único de corte totalitario, inspirado en la Constitución yugoslava, y cuya autoría se atribuyó en su momento a la pluma de uno de los pensadores del régimen, Jesús Fueyo. El proyecto fue desautorizado por Franco, tras escuchar las valoraciones negativas de numerosos sectores, entre otros la Iglesia —el cardenal Pía y Deniel, por ejemplo— y gente del Opus Dei de creciente prestigio, como un secretario general técnico de la Presidencia del Gobierno, un joven y reputado administrativista del Opus llamado Laureano López Rodó.

Tras este fracasado intento del sector más «duro» e inmovilista del régimen de Franco, Arrese es sustituido en 1957 por un andaluz repajolero y demagógico, más preocupado de la retórica que de las esencias ideológicas, José Solís Ruiz. Mariano Navarro Rubio sería nombrado ministro de Hacienda y Alberto Ullastres de Comercio —miembro del Opus Dei, al igual que Navarro Rubio— y el católico Castiella, procedente, como su antecesor Martín Artajo, de las filas de los propagandistas de la ACNP, alcanza la cartera de Exteriores. Todos ellos logran ofrecer fuera de nuestras fronteras una imagen mucho más presentable del régimen de Franco.

Aparecen, pues, los primeros tecnócratas próximos al Opus Dei, tan denostados tanto por la izquierda extramuros del régimen como por los sectores «azules» del mismo: un libro sobre el Opus Dei, *La Santa Mafia* de Jesús Ynfante, publicado en París por la editorial Ruedo Ibérico, se convirtió en un espectacular y clandestino —su venta no estaba permitida en nuestro país— *best-seller* que corría de mano en mano y cuyos ejemplares se consideraban como un preciado tesoro.

Pero lo cierto es que con ellos llega una concepción de la política económica más moderna y parecida a la que se llevaba a cabo en los países democráticos europeos. A la Administración del Estado accede toda una constelación de jóvenes técnicos que tienen en la revista *Información Comercial Española*, dirigida por el profesor Fuentes Quintana, un magnífico vehículo de difusión de las ideas económicas del nuevo Gobierno.

«A un segundo nivel es de destacar la importancia del equipo de técnicos que proporcionaban a los ministros el asesoramiento económico oportuno: Manuel Várela y Ortiz García como secretarios generales técnicos en los ministerios de Comercio y Hacienda, respectivamente, y don Juan Sarda en calidad de jefe del Servicio de Estudios del Banco de España. Estos hombres no sólo reunieron en su torno a un grupo de funcionarios eficientes —Fuentes Quintana, Rojo, Sánchez Pedreño, etc.— sino que llevaron materialmente muchas de las negociaciones exteriores y, lo que es más importante, suministraron el armazón básico del modelo de mercado cuyo funcionamiento conocían perfectamente. Si se tiene en cuenta este grupo, el atribuir este giro de la política económica española a la influencia exclusiva del Opus Dei aparece como un grave error» (González, 1979:29).

Mariano Navarro Rubio pondría en marcha, en 1959, su famoso Plan de Estabilización, que sería el gran empujón hacia la modernización definitiva de la economía española. Claro es que, tal como señalara uno de los hombres clave de aquel incipiente proceso modernizador, Juan Sarda, el resto de los grandes sectores

no se enteraron y la liberalización se limitó a los meros aspectos económicos, sin afectar, de momento, a las formas de organización política.

No existe, como se sabe, ningún documento específico sobre el Plan de Estabilización de 1959, cuyas líneas maestras se recogieron en un *Memorándum* de 30 de junio de 1959, dirigido al Gobierno español, al Fondo Monetario Internacional y a la OCDE, que otorgaba al Gobierno español el derecho a percibir las ayudas financieras convenidas.

El Plan, ya desde su introducción, contrasta por su laconismo y claridad de lenguaje con la vieja retórica «imperial» del pasado, sin mencionar, obviamente, las oscuras tramas internacionales que supuestamente sufría nuestro «envidiado» y orgulloso país.

«El Gobierno español estima que ha llegado el momento de orientar la política económica en el sentido de situar a la economía española en línea con los países del mundo occidental y liberarla de intervenciones, que, heredadas del pasado, no se ajustan a las necesidades de la situación actual», señalaba en su comienzo el *Memorándum*, que establecía cuatro apartados de actuación: el sector público, la política monetaria, la flexibilización de la economía y el sector exterior, completándose con anexos sobre el comercio exterior y las ayudas que se precisaban para llevar a efecto el Plan.

La devaluación de la peseta —hasta entonces no había un tipo de cambio único de nuestra moneda, por existir hasta quince distintos— se estableció en cincuenta y nueve pesetas por dólar, aunque el ministro Alberto Ullastres llegaría a comentar entonces que el Caudillo había pedido que se dejara en sesenta pesetas, por ser una «cifra más redonda». Los conocimientos económicos de «el Caudillo» apenas iban más allá de los requeridos para realizar «las cuentas de la vieja».

Se aplicaron las keynesianas medidas del Fondo Monetario Internacional, consistentes en una devaluación fuerte, restricción de la demanda interna, y endurecimiento de la política monetaria y de crédito. Recetas familiares que los españoles conoceríamos y sufriríamos a lo largo de toda la transición democrática, en dosis de diferentes intensidades: contención del consumo, de los salarios y la inversión para luchar contra el gran «cáncer inflacionista».

El crecimiento del crédito que podía otorgar la banca privada se limitó a los 11.000 millones de pesetas de entonces. Es decir, se suministró al pueblo español una dosis de caballo de las llamadas «pildoras del doctor Jacobson», medidas etiquetadas humorísticamente con el nombre de un alto funcionario del FMI, basadas esencialmente en la contención de la demanda.

En síntesis, se pretendían utilizar las recetas keynesianas —el recuerdo de John Maynard Keynes, periodista, escritor y economista inglés nacido en Cambridge a

finales del pasado siglo, perteneciente a uno de los *clubs* más exquisitos y refinados de la época, el Bloomsbury, en el que oficiaban, entre otros, el pintor Duncan Grant y la escritora Virginia Woolf, es casi un antecedente, si bien muy distinto, de los distantes, exclusivos y sofisticados *beautiful*— basadas en el equilibrio interno y externo, el ajuste ahorro-inversión y la mejora de la eficacia económica del país. La obra de Keynes tendría una inmensa influencia en la historia posterior, convirtiéndose en uno de los «padres» intelectuales del economista Miguel Boyer.

El Plan llegó a funcionar. Juan Sarda, su principal inspirador, señalaría que España «se convirtió en un país rico a partir de 1959, no antes, porque antes los niveles de vida de los españoles eran terriblemente bajos. Los sueldos eran una miseria. Recuerdo que (en 1956) entré en el Banco de España ganando diecisiete mil pesetas al mes y eso era un gran sueldo... En el Plan de 1959 hubo un cierto aumento del paro, una caída de la bolsa y un aumento de las suspensiones de pagos. Nosotros teníamos pocos medios de control, y uno de los que teníamos era el Registro de Aceptaciones Impagadas (el famoso RAÍ), y esto nos daba un aumento donde se reflejaba que realmente había algo de coste. No obstante duró poco. La estabilización fue de julio hasta septiembre-octubre, porque ya en noviembre-diciembre volvíamos a subir» (*España Económica*, enero 1991, pág. 28). Navarro Rubio, el ministro de Hacienda, pasa por ser el arquitecto de aquel Plan de 1959. Sus memorias, editadas en 1991 (Navarro Rubio, 91), han sugerido a algunos comentaristas, como el historiador Javier Tusell, la idea de que «el mérito fundamental de la vida política de Navarro Rubio fue el haber tenido la entereza de carácter para conseguir convencer a Franco de que el Plan de Estabilización no sólo era positivo, sino una imperiosa necesidad» (*Diario 16*, 11-4-91). Es cierto que, frente a la suave pusilanimidad de Ullastres, el carácter más enérgico de Navarro Rubio operó como impulsor de los cambios económicos frente a las frecuentes reticencias de «el Caudillo». Pero acaso el mérito principal de su implementación correspondiera a los técnicos intermedios, que fueron capaces de transmitir su entusiasmo y convicciones a sus máximos jefes políticos. Juan Sarda, por ejemplo, siempre albergó serias reservas sobre el entusiasmo modernizador y el nivel de convencimiento de Navarro Rubio. ¿Fue Navarro Rubio quien le «vendió» el Plan de Estabilización a Franco? El principal inspirador teórico de aquel plan señala que «no lo sé a ciencia cierta. En primer lugar, Navarro no terminó nunca de entender la estabilización, dijera lo que dijese. Es cierto que él fue el ministro más enérgico en ese sentido, más que Ullastres. Ullastres quizá lo entendió mejor, pero era menos duro. Navarro me comentó algunas cosas que me hicieron dudar mucho de si había entendido lo que

era la estabilización. Un día me advirtió: "Le dije a Franco, si se hiela la naranja, ¿qué pasa?" Pero la naranja podía helarse en diciembre, y estábamos en marzo...» (*España Económica*, enero 1991, pág. 28).

En cualquier caso, el Plan salió adelante y puso las bases para el futuro desarrollo y modernización de la economía española.

Nadie parece poner en duda que la *perestroika* de Gorbachov ha sido, en cuanto a sus formulaciones económicas se refiere, un estruendoso y alarmante fracaso. Las privaciones, la escasez de alimentos y artículos de primerísima necesidad, el hambre, incluso, del pueblo soviético, son aspectos suficientemente conocidos, por haber sido aireados y explicados detalladamente por la prensa internacional, hasta el punto de poner en peligro todo el proceso de democratización y reformas — agravado aún más por el explosivo problema de las nacionalidades— puesto en marcha por el líder soviético y Premio Nobel de la Paz.

Acaso las razones haya que buscarlas en el hecho de que el proceso soviético siguió el camino justamente contrario al ejemplo español. Los economistas de Borís Yeltsin, cuando adelantaron sus intenciones políticas, aseguraron tener como modelos de desarrollo económico para la URSS el Plan de Estabilización español de 1959, la política económica —exitosa, ciertamente, comparada con otra de la región, la de la Argentina anterior al ministro Cavallo— del Chile del dictador Augusto Pinochet, puesta en marcha por los *Chicago boys* seguidores del ultraliberal y Premio Nobel de Economía Milton Friedman, y el ejemplo de la espectacular explosión desarrollista de Corea del Sur.

Hasta ahora, Gorbachov no ha cosechado otra cosa que ruidosos fracasos tanto en el terreno económico como en el de la política interna —con el ya citado asunto de la revuelta de las nacionalidades, auténtico y gigantesco «barril de pólvora», el fracasado intento de golpe de Estado y la escalada independentista que, a partir de entonces, se generó en una URSS en fase de desintegración—, salvándose tan sólo su prestigio internacional, logrado tras haber desmontado el imperio soviético, que trajo como consecuencia la democratización de los países del este de Europa, la demolición del Muro de Berlín, la unión de las dos Alemanias, la disolución del Pacto de Varsovia y la independencia de las repúblicas bálticas. Hasta tal punto que el responsable de Defensa del Gobierno de EE.UU., Dick Cheney, en el mes de abril de 1991 ya sugería, proféticamente, que Gorbachov era considerado por el Gobierno norteamericano como una personalidad políticamente desahuciada. Poco después, en agosto del mismo año, tendría lugar el extraño, atrabiliario y fracasado golpe de Estado contra el líder soviético.

España, como ya hemos dicho, a partir del fracasado intento de 1957 y del Plan de Estabilización de 1959, siguió el camino contrario. El Plan de Estabilización se puso en marcha gracias a la incuestionable discrecionalidad de las medidas adoptadas, que únicamente dependían de la voluntad política del director general o ministro del ramo que las implementaba, sin estar sujeto a ningún tipo de fiscalización o control, amparados por la total impunidad que les proporcionaba el impenetrable «paraguas» protector de la dictadura del general Franco, el «Caudillo de España». Una cosa es una dictadura militar y otra muy distinta una mayoría absoluta alcanzada en una democracia. Pero ciertos vahos de discrecionalidad han vuelto a hacer acto de presencia en el periodo «felipista» también en el área económica, en debates presupuestarios en los que partidas de miles de millones de pesetas han sido aprobadas, con el contundente argumento de las mayorías absolutas en las cámaras legislativas, bajo vagos, misteriosos y oscuros epígrafes, que han producido indudables lesiones a los mecanismos de control parlamentario. El periodista y escritor Justino Sinova y el catedrático e historiador Javier Tusell alumbraron en 1990 un acertado ensayo, vertebrado en torno a esta idea básica de la adulteración del sistema democrático español, el Parlamento en estado de catalepsia, la manipulación de los medios de comunicación públicos, la corrupción política, el uso hegemónico y arrogante del poder político, el retroceso de las libertades individuales y colectivas, la intromisión política en el terreno de la Justicia, en suma, la descripción de una «España que no funciona», de un «Estado de Derecho averiado», bastante torcido, a juicio de los autores, aunque sin cuestionar, en ningún momento, la esencia sin duda democrática de la España de hoy (Sinova y Tusell, 1990:173-191, 195-216, 245-276).

Sin embargo, el proceso de modernización económica emprendido por aquellos pioneros de 1959 habría de producir —si bien a lo largo de un lento, gradual y dilatado periodo de tiempo de casi dos décadas— los mismos efectos modernizadores y democratizadores en todos los ámbitos de la vida nacional: «Los que estábamos en los temas económicos desde el Plan de Estabilización sabíamos perfectamente que lo que estábamos haciendo era el principio de una liberalización política. No había ninguna duda... Al principio Franco pensó que tenía que aceptar aquello, aunque luego intentó dar marcha atrás», dice Juan Sarda, hoy todavía un atento y lúcido octogenario (*España Económica*, enero 1991, pág. 28).

En este escenario histórico, político y económico, llega al Servicio de Estudios del Banco de España Juan Sarda, considerado como el principal inspirador del Plan de Estabilización.

Y si Mariano Rubio aprendió economía durante los tres años que permaneció en París trabajando como funcionario de la OCDE, a Miguel Boyer le ocurrió algo parecido cuando llegó al Servicio de Estudios del banco emisor, con la carrera de Económicas recién terminada —con precio extraordinario de licenciatura— y con esa extendida sensación, ese conocido síndrome de los universitarios recién egresados, el de abandonar las aulas sin saber nada de la carrera cuyo flamante diploma ya cuelga de una de las paredes de su casa.

Hablábamos, al comienzo de este capítulo, de las etiquetas «neoliberales» y «monetaristas» que se han adjudicado a la *beautiful* en general y a Miguel Boyer, como responsable de Economía y Hacienda, en particular.

En realidad, tanto Boyer como el resto de la *beautiful* forman un grupo, al contrario que los magnates neoyorkinos de las despiadadas junglas de Wall Street, que surge y emerge de los meandros de la Administración del Estado, donde las controversias y luchas por el poder trascienden la propia peripecia individual y se trasladan a los forcejeos entre familias políticas o ideológicas, grupos y clanes. La sociedad española nunca ha sido precisamente «liberal», en el sentido más manchesteriano de la palabra, y las vocaciones de gobierno, control o dominación en España nunca se han servido del esfuerzo personal y de la lucha despiadada de los guerreros solitarios en las junglas del *laissez faire*, sino que se han recostado en los resortes del Estado y en el apoyo de los grupos o clanes afines para lograr sus objetivos. No olvidemos las palabras del gran hispanista Gerald Brenan, ¡de 1950!, que tan bien supo entender nuestros demonios colectivos: «... lo que todo español desea, es seguridad. También está el costado ético del socialismo, la creencia de que cada uno se le debe dar, no de acuerdo con sus méritos, sino en proporción a sus necesidades. Esa creencia se enraíza profundamente en el alma hispana. No ha prevalecido nunca en las democracias y es más bien parte del legado de la tradición católica española... No hay estirpe en Europa tan igualitaria como la española, tan irrespetuosa con las nociones de éxito o propiedad...» (Brenan, 50:226).

Es decir: todos los españoles desearían ser funcionarios del Estado, con un empleo vitalicio que les diera esa «seguridad» de la que habla Brenan, palabreja favorita, por otra parte, en los anuncios televisivos de los pagarés del Tesoro.

Los valores del mérito, de la emulación del esfuerzo individual que conduce al éxito, principios que inspiran a las sociedades liberales, no parecen haber encontrado hasta ahora en nuestro país demasiados adeptos. La España de aquellos años de penuria y escasez vibraba al conjuro de los mitos recogidos por Manuel Vázquez Montalbán en su celebrado ensayo —inspirado en las reflexiones del italiano Humberto Eco y los estudios de Susan Sontag que, a

partir de 1969, fijaron la atención intelectual en el fenómeno *camp*— sobre las subculturas de nuestras posguerra, su *Historia sentimental de España*.

Eran los años de los tres mitos, el bocadillo de jamón, el ingeniero de caminos — otra vez los ingenieros de caminos, sueño administrativo de todas las madres de España con hijas en edad de merecer— y la quiniela de «catorce» como culminaciones milagreras de nuestras ensoñaciones colectivas.

La *beautiful* es, por tanto, una especie de mandarinato, un grupo integrado por altos funcionarios y profesionales, abogados y economistas, muchos de ellos pertenecientes a las grandes «tribus», administrativas de los aparatos del Estado español. Algunos, como Leopoldo Calvo Sotelo o López de Letona —aunque ambos, al igual que muchos otros considerados como miembros del grupo, no tuvieran nada que ver con aquel reducido club de amigos de La Dehesilla— son ingenieros de caminos, poderosa carrera tradicionalmente influyente y dominadora de todos los resortes de poder del Ministerio de Obras Públicas, influencia y dominio que se ha mantenido hasta hoy, incluso bajo los gobiernos socialistas, tan hostiles a eso que en medios del PSOE se denosta con la etiqueta peyorativa del «corporativismo».

José María Aguirre Gonzalo, el ya desaparecido «padrino» del Banesto, utilizaba la Escuela de Ingenieros de Caminos como invernadero en el que reclutar cuadros dirigentes para su banco y su grupo de empresas. Algunos han hecho lo mismo y lo siguen haciendo.

Otros han opositado a los cuerpos de la Administración y son técnicos comerciales del Estado, como Luis Ángel Rojo o Luis María Linde, abogados del Estado, economistas del Estado, fraguados en la Comisaría del Plan de Desarrollo de Laureano López Rodó, como Miguel Ángel Fernández Ordóñez, miembros de los servicios de estudios del Banco de España y del Instituto Nacional de Industria, o funcionarios de los ministerios de Comercio, Industria o Hacienda. Tan sólo algunos como los citados Rafael del Pino o los hermanos Entrecanales han realizado sus itinerarios profesionales en la empresa privada, pero en el caso de Del Pino, siempre relacionado con el grupo, acantonado en puestos clave de la Administración pública, cuyo funcionamiento conocen a fondo. Los hay, incluso, que son partidarios entusiastas del *ten to two*, de la media jornada y las tardes libres de los horarios de la Administración pública, como Carlos Bustelo. Otros, como Mariano Rubio además, han sido funcionarios en organismos internacionales.

La herencia histórica que acumula en su *pedigree* familiar Miguel Boyer acredita, por su parte, una doble tradición funcionarial. Por una parte, los Salvador,

apellido de larga experiencia en la gobernación del país, con miembros ministros, diputados, alcaldes, rectores del Banco de España y hasta jefes de Gobierno — Práxedes Mateo Sagasta—, como hemos visto en un anterior capítulo. Por otra, la rama de los Boyer está toda ella abrumadoramente vinculada al servicio telegráfico de la Administración pública, desde que el segundo Boyer, hijo del primer Boyer republicano que llegó a España procedente de Francia, huyendo de Napoleón III en los años sesenta del pasado siglo, bisabuelo de Miguel Boyer Salvador, se convirtiera en funcionario de Telégrafos y estableciera su residencia en la calle Alfonso XI de Madrid, a un tiro de piedra del Palacio de Telecomunicaciones de la Plaza de Cibeles. Después, su padre, José Boyer y sus diez hermanos, seguirían la tradición familiar, también como funcionarios de Telégrafos.

La herencia intelectual de la que se ha nutrido Miguel Boyer lleva el pensamiento burocrático inscrito en sus genes familiares. Los Boyer entran, desde mediados del pasado siglo, en ese mundo oscuro —del que ya hemos hablado— miserable y sórdido de las cesantías, los «Juanes Aspirantes» la «empleatividad» y las vacantes, el covachuelismo y los subalternos que tan eficazmente reflejaran los autores costumbristas del XIX, escritores como Mesonero Romanos, Modesto Lafuente —con su pseudónimo de articulista «Fray Gerundio»—, Bretón de los Herreros o el ya citado don Benito Pérez Galdós y su celebrada novela de 1888, *Miau*.

El pensamiento burocrático tiene su interpretación jocosa pero no por ello menos aguda y, en muchos aspectos, acertada— en autores tan celebrados como Peter y Hull, sistematizadores del desternillante y esclarecedor *Principio de Peter*, o C. N. Parkinson, enunciador de la ley del mismo nombre, que no son otra cosa que traslaciones humorísticas de teorías ya conocidas, como las disfunciones burocráticas de Merton o las reflexiones de Drucker. Y también ilustradores y dibujantes, a medio camino entre el acero y la ternura, como el «patriarca» y académico de la Lengua, Antonio Mingóte y sus burócratas, o el entrañable Pablo San José con su «oficina siniestra» o «La Burocracia tenebrosa».

Pero, más allá de desahogos más o menos amables o hilarantes, el pensamiento burocrático —sistematizado y estudiado por el catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, Alejandro Nieto García, en la gran «biblia» de la materia, *La Burocracia* (Nieto García, 1976)— es un asunto ciertamente muy serio, cuyos perfiles aparecen repetidamente en los análisis de la trayectoria personal y política de Miguel Boyer y sus amigos y compañeros de la llamada *beautiful people*.

Max Weber, el gran sistematizador y elaborador de una teoría «científica» sobre la burocracia y el pensamiento burocrático, entendió éste como «una forma de dominación basada en el saber técnico» (Nieto García, 76:562), aunque Weber, según otros tratadistas, erró el juicio al considerar los fenómenos burocráticos como emanaciones de carácter general, sin vinculaciones con las realidades culturales específicas de cada país. A partir de la Edad Moderna, el desarrollo burocrático «se caracteriza por una fuerte individualización de las nacionalidades... Quizá el futuro vuelva otra vez a ser diferente y las transformaciones tecnológicas lleguen a instaurar culturas a nivel planetario» (Nieto García, 76:889). Nadie puede negarles a Boyer y los *beautiful* su condición de «especialistas de alta tecnología», de ser uno de los grupos más cultos, diestros, preparados y experimentados del país, en el que las raíces burocráticas ya descritas se enriquecen con los modernos conocimientos del *management* cuya resultante es producto de una transubstanciación, de ese salto cualitativo en el que la burocracia se transforma en tecnocracia. La tecnocracia crea su propia ideología, negada o acaso reafirmada— por enunciados terminales tan variopintos como «El crepúsculo de las ideologías» de Gonzalo Fernández de la Mora —el ministro de Obras Públicas que acuñó, en uno de los gobiernos tecnocráticos del general Franco, aquello de «El Estado de Obras»—, o el archicitado artículo de Francis Fukuyama «El fin de la Historia». Sin embargo, García Pelayo, el ilustre profesor, ya desaparecido, que fuera primer presidente del Tribunal Constitucional, y que hubo de sufrir terribles presiones del Gobierno de González y Guerra tras la expropiación de Rumasa, se ocupó de analizar los contenidos ideológicos del pensamiento burocrático y tecnocrático: «Si la ideología es la conversión de las ideas en palancas sociales o la traducción de ideas en acción, lo cierto es que no hay nada más activista que un tecnócrata... Admitimos que la ideología tecnocrática no esté sistematizada... pero el que no tenga la misma estructura que las otras ideologías no quiere decir que no cumpla las mismas funciones...» (García Pelayo, 1974). Como escribe Nieto García, «desde Platón o Francis Bacon hay una insistente convocatoria para adorar a la técnica, monstruo fabuloso que acumula las ventajas del becerro de oro y de la diosa Razón» (Nieto García, 76:884). La diosa Razón podría ser una de las divisas heráldicas del grupo de la *beautiful people*. El «becerro de oro», atribuido también a ella por ese estado de opinión casi mineralizado que existe respecto a la *beautiful*, fomentado por la insistente hostilidad del «guerrismo» y de algunos medios de comunicación, es rechazado por sus principales miembros. Todos hubieran ganado mucho más dinero en el sector privado que en el público.

Max Weber estableció una estrecha relación entre técnica y medios, y economía y fines. A su juicio, la técnica tiene fines que alcanzar, aunque sean muy distintos de los de la economía. La técnica se ocupa exclusivamente de los medios, establecido previamente un fin determinado (Weber, 1964:48). Sería, sin embargo, otro autor — estudiado con detenimiento por Boyer—, Oskar Lange, un economista marxista que llegó a tratar de aplicar a las empresas estatales las normas de competitividad del mercado, quien señalaría más certeramente las distinciones entre economía y técnica, atribuyendo a esta última la ordenación de las relaciones materiales del hombre con las cosas, y a la economía las relaciones sociales entre los hombres a través de las cosas, desde el carácter social del trabajo (Lange, 1962:11). A partir de ambos autores, Boyer se encargaría de refutar las teorías de Gonzalo Fernández de la Mora sobre el crepúsculo de las ideologías y el «Estado de Obras», la entronización de los tecnócratas, en un juvenil artículo en *Cuadernos para el Diálogo*: «Expertos en medios y expertos en fines.»

En 1969, Miguel Boyer Salvador, nada más finalizar la carrera de Económicas, entra, al aprobar el correspondiente concurso, en el Servicio de Estudios del Banco de España, donde ya había germinado la fructífera semilla sembrada, una década atrás, por la relevante personalidad de Juan Sarda. Boyer da, así, el primer paso para convertirse en alto funcionario de la Administración pública española. Es más, lo que en algunos medios se atribuye a la reprivatización del *holding* Rumasa, esa despreocupación de la que —según algunos portavoces de la oposición— se hizo gala respecto a los recursos públicos por parte de algunos responsables políticos de la venta de las empresas expropiadas a Ruiz Mateos, sugiere la existencia de un cierto desinterés por la optimización de estos recursos —en contraste con los severos controles que habitualmente se realizan en las empresas privadas—, característico de la ideología burocrática que asumen quienes están acostumbrados a «tirar con pólvora del Rey», con medios ajenos. Los responsables del Gobierno de entonces sostienen que la rapidez con que se reprivatizó el *holding* estaba motivada precisamente por un afán ahorrador, por reducir la sangría de pérdidas que Rumasa suponía para el Estado.

ba el tercer curso de su segunda carrera, Económicas—, le orientó hacia la econometría. En compañía de un experto en informática educado en los Estados Unidos, Vicente Poveda, Miguel Boyer dedica sus horas en el Servicio de Estudios a los cálculos econométricos, a realizar proyecciones y modelos económicos.

Al mismo tiempo, Boyer ocupaba las tardes con la lectura y el estudio —en aquella época lee el primer volumen de *El capital* de Carlos Marx—, y con el trabajo docente como ayudante de Pedro Schwartz en su recién ganada cátedra de

la Universidad Complutense de Madrid. Le acompañan en condición de ayudantes Carlos Solchaga y su mujer, también economista, Gloria Barba.

El itinerario docente de Miguel Boyer se inicia en sus años de estudiante, con siete horas diarias de clase en un pequeño centro privado, la Academia Krahe, y posteriormente en la Escuela de Ingenieros de Telecomunicaciones, enseñando durante tres años la Mecánica y Termodinámica de segundo curso.

Posteriormente sería profesor en la Universidad Autónoma de Madrid de la asignatura de Teoría Económica de los cuatro primeros cursos, hasta que abandonó el puesto tras un enfrentamiento con el decano, cuando Boyer se solidarizó con una huelga estudiantil. El decano se llamaba José Ramón Lasuén, un socialdemócrata de zigzagueante trayectoria política, que fuera miembro de la UCD, de Alianza Popular y, posteriormente, del CDS de Adolfo Suárez. Lasuén había intentado infructuosamente entrar también en el PSOE, pero un paradójicamente escrupuloso Alfonso Guerra lo impidió, argumentando que «había hecho negocios» —labores de asesoría— con algunos países africanos.

Boyer acabaría regresando a la Universidad Complutense, para hacerse cargo de la asignatura de Macroeconomía de segundo curso en la Facultad de Económicas. Llegó a pensar seriamente en opositar a cátedra, pero el trabajo absorbente, primero en el Servicio de Estudios del Banco de España y, posteriormente, en el mismo servicio en el Instituto Nacional de Industria, donde llega en 1972, le desviaron al definitivamente de la enseñanza.

La segunda fase de aprendizaje como alto funcionario de Miguel Boyer tiene lugar en el INI. La llegada de Boada INI en 1970, procedente de la presidencia de Altos Hornos de Vizcaya, trajo consigo las reformas del Instituto ya relatadas y el fichaje de Juan Manuel Kindelán, un ingeniero de minas socialista, que había trabajado en un centro siderúrgico francés y había colaborado como gerente en una empresa de exportación e importación propiedad de Agustín Rodríguez Sahagún, Procex, instalada en un chalecito de El Viso madrileño, en la calle Segre, arteria contigua y perpendicular precisamente a Arga, donde residen actualmente Isabel Preysler y Boyer.

López de Letona, ministro de Industria, quedó impresionado por la sabiduría siderúrgica de Kindelán, al recibir un informe suyo sobre la industria del acero en nuestro país. Letona recomendaría a Boada —cercano también, en aquella época, al Opus Dei— que nombrara a Kindelán director de Estudios del INI, sin reparar en sus antecedentes políticos. Kindelán propone a Boyer como subdirector del Servicio, y si su paso por el Banco de España le da al ex ministro la ocasión para afianzar y expandir sus conocimientos macroeconómicos, el INI, en un momento de espectacular crecimiento de la economía española, cuando Boada cambia

totalmente la vieja e improductiva estructura autárquica del Instituto, le sirve para conocer a fondo todos los sectores industriales del país, alimentación, automoción, siderurgia, minería, informática...

La óptima relación de Kindelán con Boada y López de Letona aporta la suficiente tranquilidad como para que el Servicio se enriquezca con algunos fichajes, con gente valiosa como Osear Fanjul, Fernando Maravall, hermano del que fuera ministro de Educación en el primer Gobierno de Felipe González, José María García de Cortázar o José María Pérez Prim. Formaron un buen equipo, aunque todos ellos acreditaban un pequeño y molesto denominador común: eran de izquierdas, y algunos comunistas, como García de Gortázar o el catedrático y economista Julio Segura. Pedro Schwartz es contratado por el INI, que le envía a Francia, Inglaterra, Italia y Alemania, para realizar un informe sobre la situación del sector público en estos países. Todo marchaba sobre ruedas hasta que, un fin de semana...

El régimen, algunos de sus ministros, tenían detalles de «dictablanda» paternal y tolerante, como el que supuso que, durante los dos meses que duró el confinamiento de Pedro Schwartz en Lezuza, acudiera —en un coche oficial del Parque Móvil, los célebres PMM, cuya matrícula fue diligentemente anotada por el estupefacto sargento de la Guardia Civil del pueblo— a visitarle José Liado, entonces director general de Industrias Químicas del Ministerio de Industria, o que Navarro Rubio diera la orden de que se le siguiera pagando el sueldo.

El Banco de España

Miguel Boyer entra, pues, en el Servicio de Estudios del Banco de España en 1969, y encuentra un ambiente de estudio y trabajo magnífico, en el bellissimo marco del edificio, un cuadrado irregular cuya planta está flanqueada por las madrileñas calles de Alcalá, Marqués de Cubas, Madrazo y el Paseo del Prado, en la misma plaza de Cibeles. Terminado a finales del pasado siglo por los arquitectos Eduardo Adaro y Sáinz de la Lastra, en el periodo de la República se le añadió un hermoso pabellón modernista, inscrito en el polígono primitivo, construido por José Yar-noz, y la bellissima biblioteca, obra de Eiffel.

Allí, en el Servicio de Estudios, trabaja Miguel Boyer de nueve de la mañana hasta las tres de la tarde, y a las once hace un receso en alguno de los quioscos y cafetines del Paseo del Prado. Sus ingresos se ven incrementados espectacularmente, prácticamente un 50 por ciento más de lo que obtenía en las maratónicas sesiones de clases particulares en la Academia Krahe. Su sueldo ronda

las treinta mil pesetas de 1969, una cifra ciertamente muy respetable para la época, que contrastaba con las aproximadas veinte mil que recibía como profesor o las diez mil pesetas que, en 1965, constituyeron su primer sueldo, trabajando en el negocio de su suegro. Boyer había contraído matrimonio con Elena Arnedo, perteneciente a una familia económicamente desahogada. El matrimonio reside en el ático de la gran casa familiar de los Salvador, en el número 7 de la madrileña calle de Velázquez. En 1965, el 13 de septiembre, nace su hija Laura y³ el mismo año en el que Boyer entra en el Banco de España, el 25 de marzo de 1969, su hijo Miguel, que acabarían siguiendo la tradición familiar paterna, cursando ambos la carrera de Económicas. En 1972, Miguel Boyer y su familia se trasladan a un chalecito de la colonia de El Viso, en Madrid, en la calle Matías Montero 18, propiedad de los padres de su esposa Elena.

Boyer compartía su despacho con otros tres miembros del Servicio, Jesús Albarracín y Pedro Montes, que posteriormente acabarían abrazando la ideología trotskista y militando en la Liga Comunista Revolucionaria (LCR), y Luis García de Blas. Allí conoce Boyer a Ángel Madroñero y a Sánchez Pedreño, con los que mantiene desde un principio cordiales relaciones, a los hermanos Poveda, y a Raimundo Ortega, un antiguo militante del «Felipe» que fue enviado por el Banco a los Estados Unidos —una de las actividades del Servicio de Estudios consistía en enviar con becas al extranjero a sus técnicos—, viaje que más tarde repetiría Carlos Solchaga, que asistió a las clases del prestigioso centro bostoniano MIT (Massachusetts Institute of Technology).

Sus compañeros del Servicio advertían inmediatamente la enorme influencia que la enseñanza americana ejercía sobre los becados, que, en palabras de uno de ellos, «volvían transfigurados, entusiasmados con el *american way of life*».

Las enseñanzas recibidas por Solchaga en el MIT de Boston, su relación con aquella generación de técnicos del Banco de España, su trabajo, en fin, en la cátedra de Pedro Schwartz, explican elocuentemente la trayectoria política seguida por el hoy ministro de Economía y Hacienda y sucesor de Miguel Boyer Salvador.

Boyer aprendió economía «de verdad» en aquel ambiente del Servicio de Estudios, con gran cantidad de medios a su alcance —la biblioteca, las revistas y publicaciones técnicas internacionales, la copiosa documentación del banco emisor—, y su formación matemática, muy superior a la de sus colegas —tras iniciar el primer curso de Ciencias Exactas, en 1957, cambió de carrera y se matriculó en Ciencias Físicas, que finalizó en 1964, al mismo tiempo que culmina.

El Servicio de Estudios del Banco de España se crea en diciembre de 1930, y entra en funcionamiento un mes más tarde, a raíz de que el Banco se viera forzado a desempeñar el papel de autoridad monetaria impuesto por la L Bancaria de 1921. Su creación se produce con un gran retraso en comparación con la de servicios similares de otros bancos extranjeros, como el de Inglaterra, que funciona desde el siglo XIX. La falta de conocimientos económicos y financieros para entender cabalmente la compleja situación económica española y el funcionamiento del sistema monetario internacional aconseja su creación. La labor del Servicio se establece en tres grandes apartados: «Recabar datos estadísticos básicos sobre materias monetarias y financieras-analizar e interpretar la documentación en todas sus facetas' y difundir el trabajo, elaborando informes internos con destino al Consejo del Banco y publicando estudios para conocimiento de todos los agentes que intervienen en el proceso económico» (Martín Aceña, 83:111).

En el periodo autárquico, previo a 1957, «eran tenidos por vergonzantes temas tales como la inflación o la política monetaria, de los que la clase gobernante apenas parece saber nada, bien por ignorancia económica, bien por ser tema tabú. Así, por ejemplo, en el caso de la inflación, no se podía hablar ni siquiera de ella en las notas e informes internos porque suscitaba el escándalo. En las notas que se hacían en el Servicio de Estudios del Banco de España, se elegían los países con mayor inflación que el nuestro y al final se ponía a España. De los demás no se hablaba» (González, 79:27).

En 1965 accede a la dirección del Servicio de Estudios Ángel Madroñero, actual director general del Banco de España, que ya había conocido en París, durante un viaje en 1963, a Mariano Rubio. Madroñero inicia una profunda reforma en el Servicio de Estudios, como continuación de la obra de Juan Sarda, con la captación de técnicos como primer paso para conseguir el equipo necesario que requerían las misiones encomendadas al banco emisor -el país contaba entonces con unas ochocientas entidades financieras—, el asesoramiento al consejo del banco y, en última instancia, al Gobierno. El Servicio debía elaborar boletines estadísticos, investigaciones y propuestas, realizar la reforma de un sistema financiero caduco, arcaico, intervenido y oligopolístico. Sánchez Pedreño y Mariano Rubio son nombrados subdirectores y, tras la apertura de los correspondientes concursos, el Servicio de Estudios ficharía más tarde a gentes como Pedro Schwartz, Miguel Boyer, Blas Calzada, Raimundo Ortega, Julio Rodríguez o Carlos Solchaga.

El Banco contaba entonces con unas 4.200 personas, con una gran mayoría de auxiliares o simples funcionarios. En cambio, el Banco carecía de expertos en

informática, inspectores, letrados. En la actualidad, a pesar de que el número de funcionarios se ha reducido —en torno a los 3.000—, el porcentaje de expertos y licenciados ha crecido espectacularmente, entre los que cuenta con medio centenar de economistas.

Eran los tiempos en los que la libertad en el terreno económico aún no había permeado los otros ámbitos de la vida nacional. El proceso español fue, evidentemente, más cabal y beneficioso para el país que el puesto en marcha por Gorbachov en la URSS, salvo en un único aspecto: su exasperante gradualismo, su lentitud, al prolongarse durante más de dos décadas. Este proceso, de evolución y maduración casi «botánica», en el que se fueron introduciendo tímidas medidas liberalizadoras también en el terreno político, como la Ley de Prensa de Fraga de 1966, culminó en la transición democrática española que desembocó en las primeras elecciones democráticas de 1977 y en la Constitución de 1978, y su incruento, pacífico y modélico desarrollo acaso tuviera mucho que ver con aquellas primeras «mimbres» que comenzaron a trenzarse en 1957 y 1959.

A finales de 1969, tras implantarse el Estado de excepción, Schwartz había sido confinado por el régimen, junto con otros jóvenes dirigentes de la oposición, en la sierra de Cazorla, en Jaén, y más tarde, en 1962, como hemos visto, Miguel Boyer pasa medio año en la cárcel de Carabanchel en compañía de otros dos jóvenes socialistas, Miguel Ángel Martínez y Luis Gómez Llórente.

Ángel Madroño tuvo que escuchar reiteradamente de sus superiores, tras la entrada por concurso de Boyer, Schwartz y compañía, comentarios de este tipo: —Estos chicos nuevos siguen sin presentar los certificados de penales y de buena conducta...

Kindelán decidió participar en una carrera a caballo con César Ramírez en La Dehesilla, sorteando las encinas mientras galopaban. Giró la cabeza para calcular su ventaja sobre Ramírez, y una rama le golpeó en la cabeza y le derribó del caballo. Los casi doscientos kilómetros que separan La Dehesilla de Madrid agravaron su estado. El derrame progresaba, comprimiendo su cerebro. Fue operado en repetidas ocasiones, permaneció internado en la UVI y hubo de sufrir un larguísimo periodo de convalecencia de más de un año. Perdió la memoria y, cuando Boyer fue a visitarle a su casa se llevó una tremenda impresión. Sus amigos, que admiraban su brillantez intelectual, su equilibrada personalidad, advirtieron que el accidente ecuestre había convertido a Juan Manuel Kindelán en otra persona. Miguel Boyer hubo de hacerse cargo del Servicio de Estudios del Instituto y nombra como subdirector a su amigo y compañero del Banco de España y de docencia universitaria Carlos Solchaga. Allí conoció a gentes con las que estableció una estrecha relación —además de Claudio

Boada, el presidente, y del vicepresidente José María Amu-sátegui—, como Alvaro Muñoz, el secretario general y del consejo a partir de junio de 1973; Luis Abenza, responsable del sector de Petróleos, Petroquímica, Gas y Electricidad; Enrique Moya, de Alimentación y Química; y un ingeniero franquista con el que Boyer establece una buena amistad, un hombre de extremada honradez, el asturiano Alfonso Alvarez de Miranda —sería posteriormente ministro de Industria con Franco, en su último Gobierno—, al frente de Siderurgia, Metalurgia y Minería.

Boyer rescata para el Servicio del INI a un compañero del Servicio de Estudios del Banco de España, Jesús Alba-rracín. Ambos desarrollan un nuevo sistema de contabilidad de las empresas del INI —que hasta entonces utilizaban el Plan General Contable— que contemplaba el balance y las cuentas de resultados de las empresas según los criterios de la contabilidad nacional, económicamente más profundos, desglosando en cuentas la producción, el valor añadido, el capital, la financiación, etcétera.

Este sistema contable sería posteriormente implantado por Boyer en Explosivos Río Tinto y en la Central de Balances del Banco de España, a cuyo Servicio de Estudios

regresa en 1980, tras dimitir de su cargo de diputado por Jaén. Gobierna entonces la UCD de Adolfo Suárez, que cuenta con un todopoderoso vicepresidente económico, Fernando Abril Martorell. Boyer recibe dos encargos tras su llegada al banco emisor: estudiar la crisis bancaria y elaborar un informe sobre ella para el vicepresidente económico, y crear en el Banco una Central de Balances, aplicando la experiencia adquirida en el INI. La Central de Balances funciona en la actualidad y recibe cerca de cinco mil cuestionarios de empresas de todo el país, que permiten a la autoridad monetaria seguir la evolución de la actividad empresarial.

Cabe señalar que los años que el ex ministro de Economía y Hacienda pasa en el INI coinciden con un cierto «entusiasmo intelectual» por la empresa pública, en armonía y estrecha coincidencia con su ideología socialista, que la realidad y las experiencias irían aminorando hasta que, tras su paso por el Gobierno, desde 1982 hasta 1985, le sumergen en el más melancólico, agnóstico y resignado de los escepticismos. Tras casi veinte años en el sector público como alto funcionario — Banco de España, INI e Instituto Nacional de Hidrocarburos, el INH, donde es nombrado en junio de 1981 director de Planificación y Estudios por su presidente, el inevitable Claudio Boada—, sus entusiasmos iniciales por la empresa pública y su condición de creyente en el «papel racionalizador de la economía» que éstas

podían jugar si eran eficazmente gestionadas, se transformaron en el más desengañado y rotundo de los descreimientos.

Las circunstancias históricas son propicias. La llegada de Boada y su nuevo equipo, con ganas de trabajar y reformar profundamente la administración del INI, la bonanza y el auge económicos que disfruta el país —el crecimiento del Producto Interior Bruto se situaba entonces por encima del 6 por ciento, el doble que en 1990— y hasta la camaradería y el ambiente de trabajo son circunstancias que coinciden con las convicciones intelectuales del Miguel Boyer de entonces, que confesaba sentirse todavía «muy atraído por el socialismo, por las empresas y los sectores públicos».

Su entusiasmo público de entonces no se resentía ni siquiera cuando oía a su ministro, López de Letona, prevenir cautelarmente a sus colaboradores: «La industria española tiene los pies de barro...»

Boyer era muy joven —entra en el Servicio de Estudios del INI con la «edad de Cristo», treinta y tres años— animoso, con gran entusiasmo y ganas de trabajar, y se sentía «importante», que estaba haciendo «cosas importantes».

Las circunstancias históricas internacionales son, en este terreno, asimismo propicias. Países como Alemania, Inglaterra o Italia —por no hablar de los socialismos escandinavos— cuentan con sectores públicos poderosos y en auge. Boyer viaja a Italia, donde conoce, por dentro el «INI italiano», el Ente Nazionale de Idrocarburi (ENI) y el Istituto per la Ricostruzione Industriale, el IRI, cuyo desorden y despilfarro de recursos —con los partidos políticos repartiéndose el poder económico público por sectores— causan en él una deplorable impresión. Ya funcionaba en Italia algo que Alfonso Guerra ha tratado de imitar en nuestro país, la *Lottizzazione*, una curiosa doctrina según la cual las diversas fuerzas políticas que integran los gobiernos de turno se reparten las áreas de influencia y poder en los más diversos ámbitos, en función de su implantación electoral y porcentajes parlamentarios. La *Lottizzazione* fue ideada por un político democristiano, Cencelli, creador del «*manuale* Cencelli», una especie de código no escrito que establece las condiciones del reparto. Los políticos italianos han perfeccionado el sistema y han terminado por aplicarlo a todas las áreas de la vida colectiva del país: empresas públicas, banca —el 80 por ciento es pública—, administraciones, hasta a los tribunales de oposiciones y la radiotelevisión pública. La RAI-1 está controlada por los democristianos, la RAI-2 por los socialistas y la RAI-3 por los comunistas, hoy organizados en un nuevo partido, el PDS, Partido Democrático de la Izquierda.

Hay que decir que los italianos de a pie desprecian la *Lottizzazione*, a la que responsabilizan de gran parte de los males que azotan la caótica Administración

pública del país. Sin embargo, el *manuale* ha sido uno de los instrumentos que han permitido a la Democracia Cristiana gobernar casi en solitario durante medio siglo, aunque desde hace algunos años lo ha hecho a través de un Gobierno sustentado por el «pentapartido», compuesto por la DC, los socialistas del PSI de Craxi, el Partido Socialdemócrata Italiano, el Partido Republicano y el Partido Liberal.

En aquellos años, Boyer se emplea a fondo en la lectura y el estudio de las experiencias públicas europeas tan en boga, en las reflexiones más importantes y profundas sobre la cuestión, las emanadas de sus compañeros ideológicos, los laboristas británicos.

A partir de tales planteamientos y convicciones, Kindelán y Miguel Boyer intentan desde el INI crear una empresa pública de informática, entonces un sector prácticamente inexistente en nuestro país, que arrastraba décadas de retraso respecto a sus vecinos europeos. Inician negociaciones con empresas de este sector de Francia, Holanda y Alemania, pero sería finalmente con una multinacional japonesa, Fujitsu, con la que se constituiría la empresa, que instaló una planta de ordenadores en Málaga. Las interferencias de Telefónica complicaron las cosas y se tardó más de dos años en decidir el lugar en que debería estar la planta, que no llega a funcionar hasta que los japoneses adquieren la mayoría de las acciones, cuando Boyer había abandonado ya el INI. Una nueva ducha de agua fría para los juveniles entusiasmos hacia el sector público de Boyer Salvador.

En cualquier caso, su paso por el INI le permite poner en práctica una de sus más caras aficiones: viajar, simultanear los viajes de trabajo con los encuentros con otras culturas. Recorre Japón durante un mes mientras negocia con los ejecutivos de Fujitsu. Visita Kuwait, Brasil, el Paraguay del dictador Stroessner, Colombia —para negociar la instalación de unos astilleros en Cartagena de Indias— y el Perú de Velasco Alvarado y su estrambótico régimen militar, una especie de «nasserismo a la peruana», fuertemente nacionalista, pomposamente autodenominado como «la tercera vía de Velasco Alvarado». Allí pronuncia Boyer entusiastas conferencias sobre el INI español. Y visita por primera vez Egipto, donde toma contacto directo con uno de los asuntos que más le atraen culturalmente: la civilización del antiguo Egipto, la egiptología.

A principios de 1974 llega al INI, de la mano del nuevo ministro de Hacienda, Antonio Barrera de Irimo, Francisco Fernández Ordóñez. El país vive momentos de inusitada convulsión. En diciembre del año anterior, ETA asesina a Carrero Blanco en Madrid y un Franco senil y enigmático dice en las pantallas navideñas de TVE aquello de que «no hay mal que por bien no venga», lo que hace pensar a algunos tecnócratas del Opus Dei que habían disfrutado de la protección y el

amparo políticos del almirante asesinado, como Laureano López Rodó, que Franco estaba firmemente decidido a acabar con el Gobierno de Carrero Blanco.

Arias Navarro es nombrado Presidente del Gobierno por Franco. Forma un gabinete que el recalcitrante historiador de la época, Ricardo de la Cierva, define como «una exhibición de saldos del franquismo» (De la Cierva, 78:395), y que el gracejo popular pronto bautizó como «Saldos Arias». Era el Gobierno del famoso discurso del «12 de febrero», una mera y simulada finta aperturista de Arias Navarro que, si bien suscitó grandes esperanzas en los sectores más evolutivos del régimen, éstas muy pronto se vieron defraudadas.

El «caso Añoveros», provocado por el obispo de Bilbao con su famosa homilía del 24 de febrero, y el fusilamiento, el 2 de marzo, de un anarquista catalán, Salvador Puig Antich, junto con un delincuente europeo, Heinz Chez, que había asesinado a un miembro de la policía, acabaron con las tímidas expectativas que había suscitado la formación de un nuevo Gobierno y el «aperturista» discurso de Arias Navarro.

Monseñor Añoveros, junto con su vicario general, Ubieta, representante del clero nacionalista vasco, elaboró una homilía en defensa de la identidad cultural y espiritual del pueblo vasco y sus derechos históricos y políticos. Aquello era una dictadura, y el escándalo fue monumental. Añoveros fue detenido y confinado en arresto domiciliario, el Gobierno trató infructuosamente de expulsarlo de España y enviarlo en un avión militar a Roma, y se contempló la posibilidad de romper las relaciones diplomáticas con El Vaticano. Franco —a punto de ser excomulgado—, a pesar de su visible senilidad, intervino para evitar el enfrentamiento con la Iglesia y el Gobierno dio marcha atrás. La revista *Cambio 16*, que había iniciado su andadura a finales de 1971, con incontables problemas administrativos y políticos, tituló su portada de aquella semana: «Menudo obispo...» Del gabinete han desaparecido los hombres de Carrero Blanco —únicamente a Tomás Allende y García Baxter, en Agricultura, se le considera hombre del Opus Dei, y el propio Arias Navarro se encarga de criticar severamente a «los tecnócratas» en su discurso—, y tan sólo las personalidades de Barrera de Irimo en Hacienda y Pío Cabanillas en Información y Turismo permiten alentar alguna expectativa de cambio. Por el contrario, el primer vicepresidente —había otros dos, Barrera de Irimo y el responsable de Trabajo, Licinio de la Fuente—, José García Hernández, en Gobernación (Interior), paradójico y efímero protector de Cabanillas, Utrera Molina en la Secretaría General del Movimiento, y el general Coloma Gallegos en el Ministerio del Ejército, entre otros, se configuran como personalidades del más puro, duro y genuino franquismo.

Vigilando al Gobierno se forma lo que entonces se etiquetó como «el bunker», los elementos más sórdidos y tremebundos del régimen, nucleados, como reacción a los excesos del periodo tecnocrático, en torno al falangista y jefe de los ex combatientes José Antonio Girón de Velasco, el ex ministro de Justicia Antonio María de Oriol y el notario creador de la ultraderechista Fuerza Nueva, Blas Pinar, con el obispo de Cuenca, monseñor Guerra Campos, como animador y propalador de las esencias espirituales de La Cruzada.

La política de apertura informativa puesta en marcha por Pío Cabanillas, con personas como el desaparecido Juan José Rosón al frente de Televisión Española —el periodista Juan Luis Cebrián sería responsable de los servicios informativos— o el propio Ricardo de la Cierva como director general de Cultura Popular, provocan la feroz reacción del «bunker», que se ocupa de elaborar amplios *dossiers* de prensa, recogiendo desde supuestos excesos pornográficos —se iniciaba entonces en el país un tímido intento en algunas publicaciones y espectáculos públicos que se conoció como «el destape»— hasta las pruebas palpables de la disolvente penetración de los terminales marxistas, informes que son enviados a Franco. Alguno de aquellos *dossiers* había sido manipulado incluyendo fotografías pornográficas publicadas por revistas extranjeras que no tenían difusión en nuestro país.

Mientras tanto, la prensa más adicta al régimen de Franco fustiga la política de apertura informativa: «La reacción del "bunker" no se hizo esperar. Personajes como Antonio María de Oriol y José Antonio Girón encabezaron una ofensiva de presiones e insinuaciones que pronto tomó estado público a través de la prensa de ultraderecha por ellos controlada o alentada, en la que figuraban, para la ocasión, el diario del Movimiento *Arriba*, dirigido por un joven periodista de Girón, Antonio Izquierdo, aguerrido profesional; como Emilio Romero, director de *Pueblo*, sumado a la cruzada reaccionaria por un conjunto de motivos políticos y personales que tomó como objetivo primordial al ministro Cabanillas» (De la Cierva, 78:402).

En aquellos meses, en el seno del llamado «bunker» se acuñaron expresiones derogatorias contra la prensa y los periodistas que ya han hecho historia —y que, por otra parte, recuerdan algunas de las invectivas surgidas del llamado «guerrismo» contra los medios de comunicación, tras salir a la luz el «caso Guerra»—, como las de «enanos infiltrados» o «la prensa canallesca».

Paralelamente, tiene lugar en el vecino Portugal la «Revolución de los claveles» del 25 de abril, que produce un enorme impacto en la sociedad española y que el alma militar, expedicionaria y «africana» de Franco descalifica con uno de sus más celebrados comentarios: «¿Qué se puede esperar de un país en que la

revolución militar viene dirigida por la Intendencia?», aludiendo a la procedencia de algunos de los oficiales que protagonizaron la incruenta asonada contra la prolongación de la dictadura salazarista que encarnaba Marcelo Gaetano.

Y se produce un estruendoso suceso que fue bautizado como «el gironazo», cuando José Antonio Girón publicó en el diario *Arriba* una tremebunda y pleistocénica invectiva, esmaltada con todos aquellos adornos retóricos característicos del discurso falangista, a base de espigas, amaneceres, Patria, Pan y Justicia, contra el Gobierno, los «falsos liberales» en él «infiltrados» y la levísima apertura política, informativa y cultural que protagonizaban Pío Cabanillas y su equipo.

«A José Antonio (el Fundador de la Falange) se le quiere secuestrar ideológicamente; se le proscribe; pero en cambio se tienen toda clase de liberalidades administrativas y de licencias para que circule el pensamiento marxista o el pensamiento de los enemigos de la eterna metafísica de España... Queremos, sobre todo, que España culmine su proceso de vertebración bajo la tutela de las Fuerzas Armadas, que tanto han entregado a este pueblo nuestro, y la serena vigilancia de Francisco Franco... ¡Españoles: por la Patria, el Pan y la Justicia, viva Franco, viva la Revolución Nacional, Arriba España!» Esto se escribía, aunque parezca increíble, a mediados de 1974.

Los acontecimientos se precipitan: Franco sufre su primera flebitis el 9 de julio, se transmiten provisionalmente sus poderes al Príncipe de España, aquel verano Hassan II organiza la «Marcha Verde» —una invasión pacífica de cientos de miles de marroquíes— para apoderarse del Sahara Español, y el 3 de septiembre don Juan Carlos sufre uno de los momentos más duros y amargos de su vida pública, cuando, tras ejercer de Jefe del Estado en funciones, se entera por la prensa de que Franco asume de nuevo el poder.

La revista *Fuerza Nueva*, dirigida por Blas Pinar, propina un nuevo y feroz ataque al Gobierno en un incendiario editorial —«Señor Presidente»—, y el 29 de octubre, Franco, por fin, cesa a Pío Cabanillas. Dimite con él todo su equipo y Barrera de Irímo, ministro de Hacienda, hace lo mismo, en solidaridad con el ministro de Información y Turismo. Las dimisiones se producen en cadena tras el cese de Fernández Ordóñez como presidente del Instituto Nacional de Industria, y entre ellas la de Miguel Boyer, como responsable del Servicio de Estudios, que envió un telegrama de dimisión, dando a su renuncia un claro significado político. Le acompañaron Carlos Bustelo y Carlos Solchaga.

En este agitado momento histórico y político había llegado Fernández Ordóñez al INI. La singular personalidad del hoy ministro de Asuntos Exteriores del

Gobierno de Felipe González ya comenzaba a despuntar, entonces, con sus conocidos perfiles: su profesionalidad, su condición de político de raza —la biografía de Fernández Ordóñez escrita por el periodista José Cavero tiene el título más

acertado y que mejor se ajusta al personaje: *El político* (Cavero, 1990)— y su olfato incomparable, su obsesión por la propia imagen —y consiguientemente por la prensa—, por autoesculpirse una efigie de activista antifranquista —disciplina en la que oficia de auténtico virtuoso— que en la realidad apenas existió. Ordóñez dedica gran parte de sus desvelos y esfuerzos políticos a los periodistas, que en su inmensa mayoría le adoran por su simpatía, su carácter dialogante, su cordial accesibilidad y hasta por su melancólica, cálida y húmeda mirada de cervatillo atemorizado. L3. celeberrima y acaso apócrifa anécdota del *Cali me Paco* —«Llámeme Paco»—, petición que el ministro supuestamente le formuló a un periodista anglosajón que se había dirigido a él con el tratamiento de «Mister Ordóñez», es por demás reveladora. Sus compañeros de la clase política, tanto en el franquismo como en la UCD y ahora también en el PSOE —cuyos principales dirigentes han mantenido, a lo largo de los últimos años, la actitud justamente contraria, el feroz hostigamiento a la prensa y los periodistas—, siempre han criticado, con una entonación a medio camino entre la envidia y el resentimiento, esta voluntarista y hasta entusiasta disponibilidad de Ordóñez para los medios de comunicación.

Hay que decir que en los últimos años como ministro de Exteriores en los gobiernos de Felipe González, Ordóñez —sin duda el ministro más brillante, activo y eficaz de todo el gabinete— ha contado con la valiosa ayuda en este terreno de otro genio a la hora de mantener buenas relaciones con la prensa, Inocencio Arias, director de la OÍD y subsecretario, nombrado, en 1991, secretario de Estado del Instituto de Cooperación Iberoamericana.

En este sentido, Ordóñez es todo un precursor de esa política de obsesión por la propia imagen llevada hasta el paroxismo por Felipe González y Alfonso Guerra —si bien este último con muy dudosos resultados—, de esa utilización política, tan «francesa», de «la cultura» como valioso ornamento de la propia efigie pública, las frecuentes citas literarias, la explicitación de la afición a la «música culta», a la lectura, la confesada vocación poética o narrativa, supuestamente truncada por las abarrotadas, extenuantes e

incompatibles agendas de trabajo de la política; la presentación de libros o exposiciones, la «sponsorización», el patrocinio, desde las instituciones públicas bajo su responsabilidad, en fin, de cualquier acontecimiento de carácter cultural, ya sea una exposición de pintura, un concierto o la edición de un libro.

En la puesta en práctica de todo este tipo de ardides e iniciativas culturalistas, Ordóñez ha sido, además de un adelantado, un auténtico maestro.

Su espíritu astuto, diplomático, cordial, prudente y sobre todo temeroso produce, en momentos complicados, esos entrañables y famosos tics nerviosos en su rostro de atribulado jugador de mus, los guiños de sus ojos y el fugaz rictus de su boca que tanto le asemejan a la chisporroteante y angustiada fisonomía cinematográfica del comisario Drey-fuss (Herbert Lom), situado en los bordes de la locura por los incesantes y desternillantes trompicones y patochadas del inspector Glousseau (Peter Sellers), en la larga serie fílmica de *La Pantera Rosa* de Blake Edwards.

Todas las características que configuran su personalidad política y humana convierten a Ordóñez en alguien ciertamente entrañable, adorable incluso, que hace que hasta sus compañeros y amigos —frecuentemente engañados o traicionados políticamente por el hoy responsable de Exteriores— trivialicen y disculpen sus jugarretas, maniobras y esquinazos con el amable, exculpatorio y comprensivo comentario de «Son cosas de Paco...».

Este político, hijo de un ingeniero de caminos con diez hijos, abogado, funcionario del antiguo cuerpo de Inspectores del Timbre y fiscal por oposición, que amplió durante breves meses sus estudios fiscales en la Universidad de Harvard, acostumbra a autodefinirse con esta acertada frase: «Soy el único político de España que dice lo mismo desde hace veinticinco años: soy socialdemócrata.» O esta otra: «Yo no me he movido. Lo que se ha movido es el suelo.» Y es muy cierto.

En un libro de conversaciones con el periodista del antiguo diario *Pueblo* Eduardo García Rico —autor, también, de una biografía «a la medida» de Alfonso Guerra—, tras insistir en su vocación intelectual y describir como «técnico» su cargo de secretario general del Ministerio de Hacienda con el ministro Alberto Monreal Luque, otro de los tecnócratas de la esfera del Opus Dei, señala, respecto a su trabajo al frente del INI: «El equipo que trabajó conmigo estaba formado por Antoñanzas, Azpilicueta, Alvaro Muñoz y Miguel Boyer. El nombramiento de Miguel Boyer como jefe del Servicio de Estudios, en el que se encontraban entre otros Carlos Solchaga, Eugenio Triana y Albarracín, fue objeto de un durísimo ataque, en el que se me amenazó con el cese inmediato. Recuerdo que me hizo incluso una llamada personal el ministro del Ejército, Coloma Gallegos. Y recuerdo también que se me envió un informe pintoresco con membrete oficial sobre Miguel Boyer que comenzaba diciendo: "Ya desde muy joven dio muestras de inclinaciones democráticas y progresistas..."

Lamento no conservar aquel informe, verdadera joya de la literatura de la época...» (García Rico, 1982:21).

Muchas de las personas que compartieron durante aquellos meses con Fernández Ordóñez los destinos del INI, coinciden en señalar que «a Paco no le llegaba la camisa al cuerpo, del miedo que tenía». Sufrió grandes presiones, que capeó como pudo, procedentes del sector más reaccionario del Gobierno, encabezado por el vicepresidente García Hernández, con el que tenía muy buenas relaciones. Cesó, por ejemplo, a Rafael del Pino, que estaba al frente de la empresa pública Enagás, para poner a uno de los amigos de García Hernández, un connotado miembro del sector más cavernícola del régimen llamado Luis Valero Bermejo. El cese de Rafael del Pino se acompañó de las dimisiones de Mariano Rubio, subdirector de la empresa, y del director financiero de la misma, Carlos Bustelo.

Respecto a la confirmación como responsable del Servicio de Estudios del INI de Miguel Boyer, a quien Fernández Ordóñez no conocía, éste le comunicó a Alvaro Muñoz, secretario general y amigo personal de Boyer, la intención de nombrar director a un amigo suyo, Jane Sola, y ofrecer la subdirección a Boyer Salvador. Alvaro Muñoz logró convencer a Ordóñez para que nombrara al hoy ex ministro de Economía y Hacienda como director, pues la subdirección la rechazaría. Así lo hizo y las presiones que hubo de sufrir Ordóñez fueron ciertamente intensas y numerosas. Se exhumaron las fichas policiales de toda la familia de Boyer, de su padre y de su suegro, también socialista, incluso la de Pedro Schwartz, en la que se recogía hasta un leve incidente con un policía, a pesar de que Schwartz no era funcionario del INI y tan sólo tenía un contrato temporal para realizar el ya citado informe sobre el sector público en Europa. El economista catalán Fabián Estapé, que había colaborado en la Comisaría del Plan de Desarrollo, hombre ciertamente original y hasta heterodoxo que mantenía una buena relación con Ordóñez, le aconsejó jocosamente que dijera que Boyer había sido alférez provisional durante la Guerra Civil —Boyer nació precisamente en 1939, el año que finalizó la contienda— para justificar su nombramiento. Cuando los *dossiers* de denuncia contra Boyer y sus colaboradores llegaron al consejo del INI, ya se habían aprobado los nombramientos.

No fue esta la única ocasión en la que Boyer tuvo problemas a causa de su biografía política y su encarcelamiento. Al finalizar la carrera de Físicas realizó la tesina de licenciatura en la Junta de Energía Nuclear y, poco después, pidió el ingreso en la JEN para dedicarse a la física. Boyer compareció ante su presidente, el general Otero Navascués, con una carta de presentación de una hermana de su abuela. El preceptivo informe solicitado por Otero a la policía truncó su

carrera como físico. La excusa del presidente de la JEN eran los acuerdos con el Gobierno norteamericano, que impedían el fichaje de socialistas. Por idénticas razones, el Gobierno español de entonces rechazó la candidatura de Boyer para solicitar una beca de ampliación de estudios en el CERN de Ginebra.

Las antiguas y hondas convicciones democráticas de Fernández Ordóñez son conocidas, al igual que su condición de viejo demócrata, aunque su espíritu apocado y su camaleónica habilidad para camuflarse en los más dispares entornos políticos —el franquismo, los gobiernos de UCD y ahora los del PSOE— a veces le hayan jugado alguna mala pasada.

Así, uno de sus socios de despacho profesional, el conocido abogado Rafael Pérez Escolar, tuvo un serio enfrentamiento con él cuando Puig Antich fue fusilado, en marzo de 1974. Pérez Escolar, un antiguo juez de Primera Instancia e Instrucción que había ocupado plazas judiciales en Guadalajara y Lérida, de conocidas ideas liberales y antifranquistas, participante en el llamado «contubernio de Munich» de 1962 contra el régimen de Franco, llegó a viajar a Roma y a entrevistarse con el entonces secretario de Estado del Vaticano, cardenal Bennelli, utilizando los oficios del sacerdote y periodista José María Javierre y su hermano para lograr la entrevista. Pérez Escolar llamó a Ordóñez al Ministerio de Hacienda, haciéndole ver que la ejecución de Puig Antich estaba sustentada en un proceso turbio, emanado de un tribunal militar, en el que no existían pruebas, aparte de las meramente políticas o ideológicas. Se iba a perpetrar, en palabras de Pérez Escolar, un asesinato. Ordóñez no se atrevió a dimitir.

También Pérez Escolar se enfrentó a él a finales de 1974. Fernández Ordóñez se reunió con sus dos socios del despacho de abogados, en la madrileña calle de Juan de Mena, Rafael Pérez Escolar y Matías Cortés, y a sus interlocutores les dio la sensación de que Paco quería comentar algo delante de testigos tan cualificados y especiales como ellos. Les informó de que venía del despacho del almirante Pita da Veiga, amigo personal del «Caudillo» y que, en aquellos momentos, sonaba insistentemente en los ambientes políticos madrileños como sucesor de Franco. Ordóñez relató que había asistido a una reunión convocada por el PCE, en la que figuraban diversos miembros del Comité Central, con personalidades independientes, a través de la cual los comunistas pretendían coordinar las acciones políticas con otras fuerzas, en el caso de la desaparición física del dictador. Ordóñez regresó del encuentro ciertamente asustado, al escuchar propuestas de huelga general —que, en pleno franquismo, hubiera podido provocar el fusilamiento de sus promotores— y, según informó a sus interlocutores, aquella misma noche llamó al almirante Pita da Veiga. Ordóñez aseguró que su intención de hablar con el almirante tan sólo se debía a una única

razón —y probablemente era cierto—, evitar que se produjeran aquellos actos, que corriera la sangre, e impedir, de esta forma, que los comunistas que le habían convocado no sufrieran las consecuencias de las iras del régimen. Sus interlocutores no debieron entenderlo así, al menos Pérez Escolar, que le recriminó su actitud y llegó a pronunciar la palabra «traición». Después llegaron a entender que, una vez más, el carácter temeroso de Ordóñez había sido el causante del incidente.

Conocedores de ello, en alguna ocasión sus compañeros de despacho le habían gastado algunas bromas al respecto, como aquella mañana en la que le dijeron que habían recibido una llamada telefónica anónima, anunciando la inminente explosión de una bomba en el despacho. Ordóñez, con el rostro demudado, se abalanzó sobre el teléfono, llamó a su mujer y le dijo:

—Mari Paz, vámonos a Londres.

También el 23-F, mientras permanecía secuestrado en el hemicycle del Congreso por los hombres del teniente coronel Tejero, sus compañeros de escaño le oyeron murmurar y despotricar, anunciando su deseo de irse a vivir a un país civilizado, a los Estados Unidos.

Miguel Boyer, por su parte, también trató de llevar adelante algún tipo de iniciativa con el PSOE para evitar el fusilamiento de Puig Antich. Convocó una reunión secreta en su casa de la calle Matías Montero, a la que acudieron Felipe González, Leopoldo Calvo Sotelo, Pío Cabanillas y López de Letona para estudiar la posibilidad de hablar con gentes del régimen de Franco. Todos se mostraron horrorizados, pero la única persona que realizó algunos contactos fue López de Letona, infructuosamente, por cierto.

En otra ocasión, Ordóñez viajó con Boyer, ya director del Servicio de Estudios del INI, a Barcelona. Al llegar a la Ciudad Condal se produjo una escena ciertamente bufa y no exenta de cierta violencia ambiental, cuando Ordóñez fue recibido por Rodolfo Martín Villa, entonces gobernador civil, que aquel día se encontraba especialmente irritado al no haber podido impedir que apareciera en la prensa de la ciudad una minúscula necrológica dando cuenta de la muerte en el exilio de Quintera, un historiador catalán de la República.

Ordóñez inició un divertido ceremonial de disimulos para no presentar a Boyer al gobernador civil, ocultándole tras su espalda, como si desconociera su identidad. La cómica escena no le hizo a Boyer demasiada gracia.

Tras abandonar el INI, Boyer se queda sin trabajo. Pocas semanas después se lo ofrece Leopoldo Calvo Sotelo, a quien había conocido en la «etapa Ordóñez» en el INI

como presidente de SODIGA, Sociedad para el Desarrollo Industrial de Galicia, en la que Boyer fue, junto con Enrique Moya, consejero en representación del Instituto. Entonces, Calvo Sotelo estaba al frente de Explosivos Río Tinto como consejero delegado, una sociedad de accionaria-do muy disperso controlada por el Banco Urquijo. Boyer entra en ERT en diciembre de 1974 como director de planificación y estudios, y permanece allí durante varios años, hasta diciembre de 1978.

La permanencia de Calvo Sotelo en ERT ha acarreado al ex Presidente del Gobierno una cierta imagen de mal gestor, que es suavizada o puesta en duda por sus colaboradores de entonces, incluido Miguel Boyer.

Los males de ERT se derivaron de una política con demasiadas alegrías expansivas en un momento de euforia económica y dinero a bajo precio, con una base de capital muy pequeña y apoyando el proceso de expansión en el crédito, cuando, a partir de 1974, ya se avecinaba la crisis del petróleo. Calvo Sotelo intentó, incluso, adquirir una empresa de explosivos en Estados Unidos, en el Estado de Utah, y, tras un viaje de Boyer a la tierra de los mormones, la operación se desechó. El asesoramiento de Boyer impidió algunas de aquellas alegrías adquisitivas de los ingenieros de ERT. Uno de ellos, Juan Miró, director general, provoca la salida de Boyer de ERT, en diciembre de 1978, al producirse una reorganización en la empresa. Ya hemos hablado de la «soberbia satánica» de Boyer, esa altiva peculiaridad de la personalidad del ex ministro, que le lleva a actuar sin contemplaciones y a optar siempre, ante situaciones en las que su orgullo sufre algún tipo de menoscabo, por romper la baraja y marcharse con la música a otra parte. En 1981, siendo Carlos Bustelo presidente del INI, con Calvo Sotelo en la jefatura del Gobierno, tras sustituir a Adolfo Suárez, su amigo Bustelo trata de nombrar a Boyer director financiero del Instituto. La propuesta suscita serios recelos en los dirigentes económicos de la UCD, que ven a Boyer como un infiltrado peligroso en un área de gran poder y que le hubiera permitido estar en contacto con todas las instituciones financieras del país. Boyer fue vetado y Bustelo lo propuso entonces como director de Planificación, pero el hoy ex ministro de Hacienda respondió con una negativa rotunda, al haber sido vetado para la dirección financiera del INI.

Por aquella época, Miguel Boyer intentó llevar a ERT a Carlos Solchaga, que se encontraba sin trabajo tras abandonar el INI, y a Juan Antonio García Díez, pero Calvo Sotelo se negó por considerar excesivo el número de fichajes. Finalmente, por recomendación de Luis Ángel Rojo al fallecido Pedro Toledo, Solchaga se haría cargo del servicio de estudios del Banco de Vizcaya.

Boyer reprocharía más tarde a Calvo Sotelo su negativa, el no haber contratado a los que serían ministros de Economía y Hacienda de los gobiernos sucesivos de UCD y PSOE. Al menos, hubiera estado bien asesorado mientras se hacían cuantiosas inversiones de dudosa rentabilidad en fábricas e instalaciones industriales, utilizando recursos ajenos en una peligrosa política de endeudamiento. Todos coinciden, sin embargo, en que la situación de ERT empeoró aún más con la marcha de Calvo Sotelo, que abandonó la empresa para ser ministro de Comercio, tras la muerte de Franco, en el primer Gobierno de Arias Navarro de enero de 1976, a instancias de Manuel Fraga, vicepresidente, ministro de la Gobernación y uno de los «pesos pesados» de aquel gabinete, junto con el propio Arias Navarro y Areilza en Exteriores. Calvo Sotelo había coincidido ya con Fraga cuando el fundador de Alianza Popular creó una sociedad como posible germen de un partido político, Godsa, en la que también participó Francisco Fernández Ordóñez.

Miguel Boyer se enteró casualmente del nombramiento de Leopoldo Calvo Sotelo, todavía su jefe en ERT, por labios del propio Fraga, cuando Mariano Rubio organizó una cena en su casa a la que invita a Fraga y a la que también asisten, como representantes del PSOE, Luis Yáñez y Miguel Boyer. A diferencia de aquella otra cena en casa de este último, a la que acude también Fraga con Felipe González y Luis Gómez Llórente, en esta ocasión el político conservador parecía de muy buen humor y todo transcurrió dentro de una aceptable cordialidad. Tan sólo hubo que reseñar un comentario de Fraga a Boyer sobre «su silencioso amigo», que no era otro que Luis Yáñez, que no abrió la boca en toda la noche.

Venía Fraga del palacio de La Zarzuela, según dijo, y, tras pedir permiso para hacer una llamada telefónica, marcó el número de Calvo Sotelo, a quien dijo: «Leopoldo, te ha tocado bailar con la más fea, vas a ser ministro de Comercio...»

Unas fechas antes, en aquellos momentos de provisiona-lidad y ebullición política tras la muerte del dictador, José María de Areilza, que perseguía la Presidencia del Gobierno, tuvo otra cena con Felipe González y Miguel Boyer en casa de Fernández Ordóñez, que oficiaba en aquella ocasión como mero anfitrión, sin representar a nadie. Areilza dijo que tenía que acudir a visitar al Rey a La Zarzuela y que le interesaba mucho conocer cuál iba a ser la postura del todavía clandestino y republicano PSOE con respecto a la institución monárquica. Felipe González realizó un comentario vago y descomprometido, y todos intuyeron que lo que Areilza pretendía era acudir a la visita del Rey con la promesa de los socialistas de aceptar la monarquía de Juan Carlos y tratar de conseguir la Presidencia del Gobierno. Areilza no tuvo suerte y tras la caída de Arias Navarro,

el Rey, aconsejado por Torcuato Fernández Miranda, se decidió por un joven político del Movimiento, que había cuidado con especial mimo sus relaciones con el entonces Príncipe de España —y también con el almirante Carrero Blanco—: Adolfo Suárez. Días después, un Areilza desencantado, ácido y resentido, presintiendo que había perdido su última oportunidad de ser Jefe de Gobierno, acudía a una cena con los máximos responsables del semanario *Cambio 16*, entre los que se encontraba el autor de este libro, durante la cual realizó muy críticos y derogatorios comentarios sobre el asturiano y maquiavélico Fernández Miranda, entonces presidente de las Cortes, al que responsabilizaba de la elección de Suárez y del rechazo de su candidatura: «Es como un murciélago asturiano, que duerme colgado de las vigas de las Cortes...», diría Areilza del ya desaparecido Torcuato Fernández Miranda.

Si los acontecimientos más traumáticos de aquellos años atraparon a Boyer en el Banco de España —como el Proceso de Burgos de diciembre de 1970—, anónimo y totalmente desapercibido, y el asesinato de Carrero Blanco, el 20 de diciembre de 1973, en el INI, con Boada todavía presidente del Instituto, la muerte de Franco, el 20 de noviembre de 1975, fue algo más complicada para el hoy ex ministro de Economía y Hacienda.

Ya en los últimos días de enfermedad previos a la muerte, Boyer, entonces en Explosivos Río Tinto, junto con Juan Tomás de Salas y otras personas francoparlantes, fue convocado por un programa de la televisión francesa que organizó un debate en los estudios de Televisión Española en conexión con los suyos de París, donde estaban diversos políticos del exilio español como Santiago Carrillo o la dirigente anarquista y ex ministra en la República Federica Montseny. Junto a Salas y Boyer se encontraban Gonzalo Fernández de la Mora y el arquitecto Javier Carvajal, promotor, junto con Adolfo Suárez, de la UDPE, Unión Democrática del Pueblo Español, una asociación política —los partidos estaban prohibidos— para participar en el juego del «asociacionismo», un remedo descafeinado de democracia sin partidos y con asociaciones que aceptaban los Principios del Movimiento. La hoy diputada del PP Loyola de Palacio, que había sido novia de un hijo de Fernández de la Mora, estudió en el Liceo al igual que Boyer y hablaba francés, sirvió de traductora al ministro franquista. Tanto Boyer como Salas se encontraban entre divertidos y atemorizados, este último preocupado por las consecuencias que podían tener sus palabras para la precaria existencia de su semanario, *Cambio 16*, que había salido a la calle a finales de 1971.

Miguel Boyer recibió aquella noche del 20-N una llamada en su casa, procedente de gente del partido, aconsejándole que huyera, pues conocían informaciones

fiables según las cuales se preparaba una especie de «noche de los cuchillos largos» protagonizada por la ultraderecha.

Las baladronadas de Alfonso Guerra, quien posteriormente ha declarado que el partido tenía una sofisticada red de informadores que le tenían al tanto de la evolución de los acontecimientos, no impresionaron nunca a Boyer. No hizo, por tanto, ningún caso a las recomendaciones del partido, y aquella noche del 20-N permaneció tranquilamente en su casa de la madrileña calle de Velázquez. Tal como preveía Boyer, no hubo ningún incidente. A la mañana siguiente, a las ocho, se presentó en su domicilio Luis Gómez Llórente, deseoso de vivir en compañía de su amigo y correligionario aquel momento histórico de la muerte del «Caudillo de España», y allí, en el salón, ante un televisor portátil contemplaron con Elena Arnedo el patético mensaje de Arias Navarro, sus irreprimibles sollozos.

Poco antes, Miguel Boyer vivió otro suceso en el seno de su familia, éste ciertamente muy doloroso para él. El 15 de agosto de 1974 fallecía en Irún su madre, Carlota Salvador, de cáncer. Dos años antes había sido operada de un tumor mamario, y, poco antes de superar ese periodo crítico de los dos años y medio o tres, en los que si no se reproduce el tumor el enfermo puede considerarse a salvo, surgió una metástasis. Le extirparon la hipófisis, generadora de hormonas femeninas, para aminorar la metástasis, pero el tumor acabó invadiendo sus pulmones y aquella noche del 15 de agosto falleció de un paro respiratorio y cardíaco en presencia de sus hijos y familiares.

Ciertamente, desde 1959, el Plan de Estabilización y el posterior acceso de los tecnócratas al poder, de la mano de Carrero Blanco, la dirección económica de España ha tenido una sutil línea de continuidad, representada por un grupo de personas que, desde el Banco de España, han influido poderosa y decisivamente en los diseños macroeco-nómicos de nuestro país a lo largo de tres décadas. La llamada *beautiful people* ha sido el grupo más influyente de esta generación de técnicos y políticos. Y en este proceso tuvo una importancia decisiva una publicación, *España Económica*, que núcleo en torno a su mancheta y su precaria redacción a todas estas personas y que, tras accidentados avatares, hoy ha sido recuperada para los quioscos del país como publicación mensual editada por el Grupo 16 y cuya dirección ocupa el profesor y economista Carlos Rodríguez Braun. La histórica cabecera de *España Económica* había pertenecido a la familia Madariaga, la de la madre de los hermanos Solana. Posteriormente, en 1968, el citado grupo de economistas, políticos e intelectuales, muchos de ellos en el Servicio de Estudios del Banco de España, deciden fundar una revista en la que verter las nuevas ideas económicas que creen imprescindibles para el desarrollo

económico y democrático del país. Compran la revista a sus propietarios de entonces, la familia Vergara, en un encuentro en un quiosco de El Retiro madrileño entre José Vergara, hijo, y Pedro Schwartz.

Juan Sarda, entonces consejero del Banco de España, aceptó formar parte del consejo de administración —presidido por Gabriel Tortella, fundador de la editorial Tecnos y hermano de Teresa Tortella, esposa de Carlos Bustelo y hoy responsable del archivo del Banco de España— y de su consejo asesor, y consiguió financiación de algunos catalanes, como Jordi Pujol y Domingo Valls Taberner. Otros accionistas fueron Carlos Mendoza, presidente de Sevillana, el citado Tortella y el tocólogo Manuel Várela.

Su primer director, meramente nominal, pues la legislación franquista exigía que un periodista con carné fuera el director de cualquier publicación inscrita en el Registro de Empresas Periodísticas, fue J. Manuel Alonso Ibarrola, y en su redacción estaban Ignacio Romero Solís y Mercedes Rico, hoy embajadora de España, hermana de la escritora y periodista Carmen Rico Godoy, hijas ambas de la periodista Josefina Carabias. Graciela Uña llevaba los archivos, y también colaboraban Carlota Bustelo y María del Carmen Mestre. La redacción se instaló en la calle Profesor Waks-man, 8, el domicilio de Isabel Azcárate y Mariano Rubio, y a veces sus colaboradores se reunían en el chalecito de El Viso sede de la empresa de Rodríguez Sahagún en la que trabajaba Kindelán, para discutir editoriales y propuestas.

«La revista despedía un tufo agrio, juvenil, disconforme, radical y hasta a veces marcado por el resentimiento. Sin embargo, éramos exponentes del ala librepensadora de esa nueva racionalidad económica que venía imponiéndose en España desde el Plan de Estabilización de 1959... En *EE* pensábamos que la transformación económica de España era el portillo por el que podían colarse las fuerzas destructoras del régimen de Franco. Así lo ha dicho expresamente Sarda al comentar su papel en el Plan de Estabilización y en la traída del FMI a España en 1959. Fuimos barridos como pigmeos. Triunfaron los economistas de la continuidad y el conformismo. En vez de imponerse la democracia, D. Laureano López Rodó puso los cimientos de la que (pensábamos) iba a ser la monarquía del Movimiento Nacional» (Pedro Schwartz, *España Económica*, mayo 1988). Al transcurrir el tiempo, con la democracia ya instalada en España, han sido los economistas de *España Económica* los que han dirigido la política económica del país, en torno a las ideas de política monetaria ortodoxa, inflación cero, competitividad internacional, libre sindicación, desaparición de pérdidas en la empresa pública, economía agraria sin proteccionismo; líneas de política económica que han inspirado básicamente a los gobiernos de UCD y del PSOE. «La reacción

de los economistas del Gobierno socialista ante Rumasa en febrero de 1983 tenía algunas de sus raíces en aquella *EE*, una reacción *ultra vires* que quizá también se explique por la ausencia de verdaderos juristas en aquel grupo juvenil» (Pedro Schwartz, *España Económica*, mayo 1988).

La revista constituyó, por tanto, todo un semillero de gobernantes para el futuro, con ideas modernas y europeas, inequívocamente demócratas todos ellos. Estaban vinculados a ella de una u otra forma Carlos Bustelo, Juan Manuel Kindelán, Ernest Lluch, Alberto Oliart, Víctor Pérez Díaz, Luis Ángel Rojo, José Luis Sampedro, Mariano Rubio, Raimundo Ortega, Miguel Boyer, Pedro Schwartz, Juan Antonio García Díez, Carlos Solchaga, Ignacio Fuejo, los hermanos Linde, Pedro Martínez Méndez, Pedro García Ferrero, Manuel Sánchez Ayuso, los técnicos comerciales del Estado Luis Martí y José Luis Ugarte, Armando Carabén, Serra Ramone-da y Jacinto Ros Hombravella, estos tres últimos desde Cataluña. Otros muchos, de distintas procedencias ideológicas, escribieron también en *España Económica*, como Eduardo Pun-set, Juan Muñoz o el propio Gabriel Tortella.

Los futuros ministros económicos de UCD y del PSOE estaban casi todos en *EE* y, según Schwartz, «veían todas las cosas de la misma manera... Juan Antonio García Díez y Carlos Bustelo llegarían a ser responsables de la política económica de UCD, una vez finalizada la época mosaica de Fuentes Quintana. Miguel Boyer y Carlos Solchaga serían (son) los paladines de una política económica socialdemócrata durante la presidencia de Felipe González» (Pedro Schwartz, *España Económica*, mayo 1988).

En uno de sus artículos se escribía lo que habría de ser una de las características de los gobiernos de Felipe González: «Se puede ser socialista en cuanto a los propósitos y objetivos y perfectamente liberal en cuanto a los métodos y procedimientos.»

La revista tenía un aspecto amorfo y desaseado, y por ello sus responsables y promotores decidieron «importar talento del extranjero». Juan Tomás de Salas había decidido regresar de su exilio, tras su aventura en el «Felipe», y después de trabajar en *The Economist* de Londres, se unió a los hombres de *España Económica*.

No pudo hacerlo durante mucho tiempo. Sus textos levantaban ronchas, Laureano López Rodó se manifestaba abiertamente hostil a *EE*, por reflejar una visión económica diferente, muy distinta de los famosos Planes de Desarrollo. El ministro de Hacienda, Espinosa Sanmartín, envió una carta al gobernador del Banco de España, Navarro Rubio, tachando de «comunistas» a los miembros del Servicio de Estudios que colaboraban en ella y Monreal Luque, después, también mostró su irritación tras la lectura de sus páginas. El ambiente en el Banco de España era

sumamente tolerante y Navarro Rubio se limitaba a reprender muy suavemente a sus pupilos del Servicio de Estudios, aunque en 1970 hubo de retirar el nombre de Juan Sarda, consejero del Banco, de la mancheta de la revista, donde figuraba como miembro del consejo asesor. Pero en enero de 1971, el sustituto de Manuel Fraga Iribarne, Alfredo Sánchez Bella, ministro de Información y Turismo, un auténtico «paladín» de la libertad de expresión, responsable también del cierre del diario *Madrid*, suspendió la publicación de *España Económica* y canceló su inscripción en el Registro.

El grueso de la venta de la revista estaba en las suscripciones, unas mil quinientas, aunque también se vendía en algunos quioscos. Tras el cierre, tan sólo quedó, después de despedir al reducido personal, el fichero de suscriptores. Juan Tomás de Salas propuso ofrecer, a cambio de la lista, la mitad de las acciones de una nueva publicación que deseaba lanzar al mercado. La propuesta fue rechazada por el consejo, con dos excepciones, ciertamente clarividentes: las de Mariano Rubio y Pedro Schwartz. De allí nacería el semanario *Cambio 16*, el primer embrión del Grupo 16. Lo único que consiguió Salas de los responsables de *EE* fue la promesa de colaboración con sus escritos en el nuevo semanario que, en un principio, antes de dar el salto a la información general, fue de «Economía y Sociedad».

CAPÍTULO 13

MIGUEL E ISABEL: LA EXTRAÑA PAREJA

Las indagaciones sociológicas en torno a la mujer filipina recogen crecientes y perceptibles cambios en los últimos años en cuanto a su *status* social se refiere. La familia sigue teniendo una gran influencia en la educación de las hijas, la elección del momento de su matrimonio y el tipo de trabajo al que, eventualmente, han de acceder, y en este marco, se reconoce a la madre una superior influencia a la que ejerce el padre, la existencia de un sutil matriarcado que se manifiesta, sobre todo, en el capítulo de la educación que reciben los hijos (*Philippine Population Journal*, 1-12-1986). El mismo informe recoge el gran obstáculo que, para la mujer filipina que desea alcanzar un puesto de trabajo en áreas urbanas, representa su altísimo índice de fertilidad que, aunque en paulatino descenso, aún alcanzaba la cifra de cinco niños por cada mujer, según datos de 1980.

Por otra parte, la peculiar psicología de la mujer filipina parece coincidir con las conclusiones que se derivan de las estadísticas citadas. Un buen conocedor de su espíritu y carácter colectivos es el poeta, cantautor y pintor Luis Eduardo Aute, nacido en Manila, de padres españoles, en 1943. No tiene el autor de *Rosas en el mar* y *Al alba* —mítica bandera musical de la oposición al franquismo, desesperado e infructuoso grito de protesta ante la barbarie, que Aute compuso tras los fusilamientos de cinco miembros de ETA y FRAP el 26 de diciembre de 1975— una opinión demasiado edificante de la mujer filipina. Veamos lo que escribía en 1990 al respecto, en la revista *Elle*: «... es educada teóricamente para servir al hombre que ejerce o cree ejercer plenos derechos sobre ella, sobre su cuerpo, sobre su vida... Pero esto, insisto, es pura apariencia. En el fondo, el ejercicio de esa educación tiene como objeto el control absoluto sobre el hombre, que suele caer fascinado en la trampa tendida. El hombre que sucumbe a tales encantos puede estar seguro de que acabará siendo instrumento dispuesto a servir, no a sus caprichos más o menos pasionales (versión occidental del mismo juego) sino a sus deseos e intereses más ambiciosos: la conquista del poder, ya sea económico, político o de cualquier otro tipo. La obsesión por esa tendencia a lo abundante, a lo excesivo, pudiera tener su origen en el característico y cálido clima tropical. Es muy difícil no sentirse biológicamente afectado por esas altísimas temperaturas. Tampoco podemos olvidar la influencia del paisaje que, en su generosa sensualidad, no deja de provocar constantemente hacia el exceso...».

Para Aute, la filipina despierta muy pronto al sexo, en su primera adolescencia. «Este hecho la convierte, a muy temprana edad, en una experta en las artes más sutiles del erotismo. Es consciente del enorme poder que esos conocimientos le confieren y hace uso de ellos sin pérdida de tiempo.» Para hechizar al hombre, según el poeta y cantautor, «utiliza todo su repertorio de delicadezas y ternuras, haciéndole creer que es la ingenuidad hecha mujer. Una vez pillado el hombre por el encanto de su fragilidad, descubre, esta vez para caer ya del todo en el espejismo, la apoteosis del ideal femenino: esa mujer, todo candidez y dulzura, es, además, la mejor de las amantes. ¡Todo está perdido!... Enamora, no se enamora, para eso ha sido educada. Por lo tanto, es fría y calculadora...»

Ciertamente, el desapacible «retrato colectivo» que Aute realiza de las filipinas — aunque extienda sus juicios a las orientales en general— podría ajustarse como anillo al dedo a «la filipina por antonomasia», a Imelda Marcos, esposa del dictador ya fallecido Ferdinand Marcos que accedió al poder en 1966, «primera dama» del país durante décadas, conocida entre sus compatriotas como *The iron butterfly*, «La mariposa de hierro».

De la pareja Marcos, que fuera descrita como una versión filipina de la formada por Calígula y Mesalina, la personalidad de Imelda sobresalía especialmente por sus excesos y extravagancias.

Convertida en una especie de «relaciones públicas» del régimen de su augusto y tiránico marido, Imelda viajó por todo el mundo en periplos que eran presentados por la prensa de su país como importantes viajes de Estado. Mao Tsé Tung, los dirigentes soviéticos, el Papa e infinidad de líderes políticos de todo el mundo la recibieron y fueron testigos de sus desmesuras y excentricidades. En 1974, Mao le diría durante un encuentro en Pekín: «Mi querida niñita, me agradas sobre todo por la mala prensa que tienes entre los periodistas occidentales.» Tal circunstancia no parecía preocupar demasiado a Imelda, que estimaba que, frente a Occidente, «los orientales somos seres más totales, personas más completas».

En cierta ocasión, tras visitar Libia, Imelda llegó a sugerir que había tenido un *affaire* amoroso con el coronel Gadafi, aunque posteriormente confesaría en Manila que el líder libio es *gay* «y lo único que has de hacer es acariciarle la pierna debajo de la mesa» (Seagrave, 1990: 270).

Amiga íntima de la italiana Cristine Ford, que fuera esposa del ya fallecido Henry Ford II, se le atribuyó un lésbico y tórrido romance con ella desde que, en 1970, compartieran la misma tienda dispuesta para ellas por el Sha Reza Pahlevi, en los fastos de su coronación como emperador del Irán.

Derrochadora auténticamente oriental, Imelda llegó a utilizar en algunos de sus viajes un *Jumbo* de la PAL —las líneas aéreas de su país— sólo para transportar su equipaje, y a la boda de Birendra, el Rey de Nepal, viajó con cuatro aviones oficiales para su séquito, en el que figuraban seis peluqueras. Uno de los aparatos voló nuevamente a Manila para regresar cargado de alimentos, disgustada por el sabor de la comida nepalí. En otra ocasión fletó un avión militar, un Hércules C-130 de las fuerzas aéreas, para recoger las blancas arenas de las costas australianas y alfombrar con ella y con sus conchas y estrellas de mar una de sus playas particulares.

Sus viajes a Nueva York eran especialmente sonados. Hospedada en las Waldorf Towers —en una *suite* de casi doscientas mil pesetas por noche—, los «botones» recibían propinas de cien dólares y sólo en flores sus facturas rebasaban los mil dólares diarios.

Imelda estaba considerada, asimismo, como la primera compradora de joyas del mundo. Las joyerías de Manila debían abrir sus puertas en algunas ocasiones a las cuatro de la madrugada para atender a la «primera dama», que en una ocasión llegó a comprar *The Idol'Eye*, El Ojo del ídolo —la gigantesca y legendaria piedra

que inspiró *la* *film* de Steven Spielberg *Indiana Jones y el templo maldito*— al afamado joyero Harry Winston en cinco millones y medio de dólares.

Se gastó más de cien millones de dólares en el Festival Internacional de Cine de Manila, con la intención de ofrecer una especie de respuesta asiática al Festival de Cannes, y acabó exhibiendo en él películas de «porno duro» ante la escandalizada irritación del cardenal de Manila, Jaime Sin. Una enigmática Imelda respondería al cardenal: «La pornografía sólo está en el corazón y en el cerebro.»

Si Imelda era la mejor parroquiana de las joyerías de medio mundo, su marido, el dictador Ferdinand Marcos era, por su parte, un destacadísimo «cliente» de Amnistía Internacional, cuyos informes anuales recogían abundantes denuncias de torturas, desapariciones y ejecuciones de ciudadanos filipinos como consecuencia del uso que Marcos hacía de la ley marcial. La «obsesión por lo abundante, lo excesivo» que señala Aute tiene, como vemos, un muy exacto reflejo en la conducta de Imelda Marcos.

Un periodista español, exageradamente, trató de buscar analogías entre la figura de Imelda Marcos y la de otra mujer filipina, aún mucho más célebre para los españoles: Isabel Preysler, esposa de Miguel Boyer. Acaso los copiosos armarios de Isabel, minuciosamente descritos por indiscretas doncellas y niñeras —«me regaló cien pares de medias y me dio quince pares de zapatos y veinte vestidos para usar mientras trabajara en la casa», declaró Alejandra, una argentina ex niñera de Támara, hija de Isabel Preysler y Carlos Falcó, su segundo marido—, o la polémica y lujosa casa que Miguel Boyer e Isabel Preysler han construido en la exclusiva zona residencial de la Puerta de Hierro madrileña, quizá el *way of life* de la pareja, su «estilo de vida», hacían recordar vagamente esa inclinación hacia «lo abundante, lo excesivo». O acaso la visita que los marqueses de Griñón realizaron en 1980 a Filipinas tras contraer matrimonio, donde fueron recibidos por Imelda Marcos en su palacio de Malacañang. No había otras coincidencias, aparte de las raciales, entre la mujer del tristemente célebre dictador y la actual señora de Boyer.

De toda la densa peripecia vital de Miguel Boyer, de su medio siglo de intenso recorrido biográfico por los campos de la universidad, la ciencia, la economía, la política, incluso la cárcel, ningún episodio puede compararse como generador de apasionados sobresaltos al de su calenturiento romance con Isabel Preysler, iniciado en 1982, y su posterior boda, que tuvo lugar casi seis años después ante un juez madrileño, el 2 de enero de 1988.

Si ya hemos convenido en aceptar que a veces la naturaleza imita al arte, tal emulación acostumbra a producirse sin control, de la forma más imprevista y

desaforada. La más accidentada de las *soap operas* televisivas americanas, con su galería de malvados, tan excesivos como improbables, el más tropical y disparatado de los «culebrones» latinoamericanos, no tienen, en cuanto a ingredientes argumentales se refiere, mucho más morbo y espectacularidad que el romance Boyer-Preysler, con la capacidad explosiva de sus elementos esenciales y las consiguientes derivaciones de aquel *affaire*, servido con profusión de datos y detalles a la hambrienta opinión pública española por las publicaciones galantes.

La reacción de Boyer ante aquella tromba de insinuaciones y rumores, ante la cervantina y «espantosa máquina» de las letras de papel *conché*, del *gossip* hispano, puesta unidireccionalmente en marcha para desvelar gradualmente su idilio con Isabel Preysler, se quintaesenció en una frase, pronunciada en febrero de 1983 por el entonces recién nombrado ministro de Economía, Hacienda y Comercio del primer Gobierno socialista: Este es un país «de porteras».

Ciertamente, ninguno de los ingredientes requeridos para que la resultante produjera un auténtico *Big Bang* social y político estaba ausente del episodio. El dinero y el poder se remansaban y mezclaban en aquel oculto piélago junto a la pasión desaforada, la discordia política, las mil guerras financieras de todos contra todos, en las que el aliado de hoy sería el enemigo de mañana y viceversa, las envidias, los odios africanos y la malsana, comprensible y generalizada curiosidad.

Además, el mito de «Cenicienta» en versión filipina, la fábula renacentista que inspirara las narraciones de Perrault y Wilhelm Grimm y las partituras operísticas de Gioacchino Rossini, hacía acto de presencia en el correlato sentimental de aquella mujer, que arrastraba una cierta reputación de *man eater*, de fascinante «devoradora de hombres» que, al mismo tiempo, precisaba supuestamente para subsistir de ingentes resmas de papel *conché*.

¿Qué circunstancias han convertido a Isabel Preysler en la «reina de corazones», en la indiscutible «número uno» de las portadas «rosas»? El escritor y periodista Víctor Márquez Reviriego sugiere un autoalimentado proceso de endo-gamia informativa, que comienza y termina en sí mismo. Lo escribió con su acostumbrado gracejo andaluz: «Isabel, sale porque sale...»

Este era el «cliché» del *conché*. No lo era, en cambio, la implacable realidad de dos personalidades sin ningún punto en común, dos universos tan «distintos y distantes» como el de una *socialite* totalmente desvinculada y desinteresada de la política, una despreocupada marquesa consorte de epidérmica formación cultural, que abandonó un curso de secretariado para contraer matrimonio, aún sin cumplir los veinte años, con el cantante Julio Iglesias, y que asistía a las sesiones de cine del palacio de El Pardo con su amiga Carmen Martínez-Bordiú sentada a la

diestra del «Caudillo», y el denso mundo intelectual y político del «superministro». Formaban, en verdad, una extraña pareja. Sólo la incontrolada pasión amorosa, que a veces viaja a la velocidad de la luz, podía acercar galaxias tan lejanas entre sí y unir a seres tan disímiles. «Miguel es feliz», señalaba uno de sus más cercanos colaboradores en el Ministerio, Petra Mateos, poco después de dimitir Boyer, en el verano de 1985, «está enamorado como un adolescente».

¿Se enfrentaba Boyer a la típica y tópica «crisis de los cuarenta»? ¿O se trataba de parafrasear al poeta Pablo Neruda, de confesar no haber vivido hasta entonces, enfrascado en los horizontes intelectuales y políticos de una generación que consumió sus mejores años en las aulas, las bibliotecas y los frentes de liberación, que «se olvidó de vivir»?

Tenemos, pues, a los protagonistas, los actores, el reparto, los escenarios y hasta el incrédulo, avieso y regocijado público. Faltaban los exégetas, y como la función crea el órgano, aparece la prensa. La pareja Boyer-Preysler constituía un caso de «sinergia diabólica», cuyos miembros se potenciaban recíprocamente, y el binomio resultante veía multiplicarse por mil el interés y el morbo informativos de cada uno de ellos tomados separadamente.

En España, la «prensa rosa» o las «revistas del corazón» es un pujante sector que capta anualmente miles de millones de pesetas en inserciones publicitarias y vende más de tres millones de ejemplares semanalmente. Un experto en la materia, Julio Bou, director de *Lecturas*, resume en tres las características de estas publicaciones, con las que seguramente no coincidirán muchos de los habituales protagonistas de sus portadas: la amabilidad, el abrumador predominio de lo gráfico sobre lo literario y la veracidad de lo que se relata, en función de una constatación elemental de Bou, que las fotografías no mienten —salvo, como veremos, en algún caso, sobre todo si se trata de Boyer—. En el caso de Miguel e Isabel no lo hicieron, ciertamente, cuando propalaron los rumores de su idilio.

Según un estudio de la revista *Periodistas*, editada por la Asociación de la Prensa madrileña, el perfil de sus lectores es abrumadoramente unánime: amas de casa, «locas por los enredos». Es el *housewife syndrome* que, al igual que impele a la heroína de *La rosa púrpura de El Cairo* de Woody Allen a ocultarse a solas, con la única compañía de sus más íntimas ensoñaciones, en la oscuridad cómplice de una sala de proyección, permite al ama de casa escapar de las aburridas y acidas encimeras de su cocina refugiándose en los satinados paraísos artificiales del papel *conché*, en los lujosos, envidiables e inalcanzables mundos que muestran estas publicaciones. La adicción de las amas de casa a las revistas del corazón, entendida ésta como amable e inocente toxicomanía, arranca de esa

irrefrenable y morbosa curiosidad que se aloja en lo más hondo del alma humana.

No fueron las revistas del corazón los únicos testigos y relatores de las tres unidades dramáticas del romance Boyer-Preysler, de su planteamiento, nudo y desenlace. Algunos periodistas políticos —en función de la golosa «percha informativa» que proporcionaba la personalidad pública de Miguel Boyer— ya habían hecho correr el rumor. Otros se habían ocupado, tiempo antes, de contemplar la idea de los semanarios políticos desde una concepción distinta de la hasta entonces tradicional revista de información general. Julián Lago, a la sazón director de *Tiempo*, y buen conocedor de la vida de Isabel Preysler, fue uno de los primeros que rompió el molde clásico del semanario de componentes esencialmente políticos, e introdujo otros elementos informativos que incidían en la vida personal y privada de los protagonistas de la noticia. Lago, primero como director de *Tiempo* y posteriormente de *Tribuna*, partidario de aplicar «los estudios de mercado de los sioux» —bajarse del caballo y pegar la oreja al suelo—, junto a la información económica y política, se ocupó en sus medios de rastrear estos nuevos territorios informativos.

Las revistas *Tribuna*, *Tiempo*, *Época*, *Panorama* y *¡Hola!* dedicaron, a principios de noviembre, sus portadas de aquella semana a la pareja Boyer-Preysler. El año anterior, en la junta general del Banco Exterior de España, un accionista increpó al presidente, Miguel Boyer, por la «falta de seriedad» que a su juicio suponía aparecer en «las revistas del corazón», y además acompañado «por esa señora que ya sabemos todos quién es». Otro accionista salió en defensa de Boyer, coincidiendo con la respuesta del presidente: «Cada uno puede hacer lo que quiera con su vida privada, siempre que le produzca felicidad y ésta le dé fuerzas para trabajar mejor en su profesión.»

Las acusaciones —desmesuradas, por otra parte— de «amarillismo» y «sensacionalismo» —en España no existen publicaciones auténticamente «sensacionalistas» o «amarillas», como los conocidos rotativos populares ingleses o alemanes; tan sólo hubo un reciente y tímido intento de sensacionalismo *light* por parte del desaparecido diario *Claro*— no se hicieron esperar, de parte de una clase política procedente de la izquierda en su mayoría, demasiado trascendente y taciturna como para entender —más allá de los numerosos excesos, los errores y hasta las calumnias, aquellas ramas viciadas que James Madison aconsejaba podar para que el tronco de la libertad de información y de pensamiento creciera sano y vigoroso— que en las democracias los hombres públicos han de estar sometidos a permanente y cotidiana fiscalización por parte de los medios informativos.

Caso aparte es el de Miguel Boyer e Isabel Preysler, que hubieron de sufrir la más implacable de las persecuciones por los medios de comunicación, muchos de cuyos reportajes e informaciones no siempre se ajustaban a la verdad de los hechos y en ocasiones eran claramente injuriosos. Los desmentidos, las acciones judiciales ante una posible calumnia, hubieran ocupado todo su tiempo y requerido de los servicios de nutridas asesorías jurídicas, de atareados gabinetes de prensa. Cuando Boyer llegó a Torre Picasso en diciembre de 1988, contratado por «los Albertos», Fernando González Urbaneja, periodista especializado en información económica, entonces responsable de las relaciones exteriores y con la prensa en la organización, abandonó los áridos territorios de la economía para dedicar gran parte de su tiempo profesional y sus comidas de trabajo a forcejear con los tenaces reporteros del corazón, más interesados que nunca en la vida y milagros del recién nombrado presidente de Cartera Central.

Las relaciones de Miguel Boyer con Isabel Preysler llevaron al ex ministro a un mundo para él desconocido, y para el que ciertamente no estaba preparado. El anterior marido de Isabel, Carlos Falcó, sufrió el mismo «choque» —que él define como «una auténtica pesadilla», aunque su ex mujer y algunos de sus amigos aseguran que, en el fondo, no le desagradaba en absoluto la notoriedad en cuatricromía de las revistas— al salir súbitamente de su aristocrático anonimato y pasar a ocupar, del brazo de su mujer, las portadas, y por tanto ser comida favorita de todas las tertulias de familiares, amigos, «marujas» y «Clotildes», a convertirse en «carne de peluquería».

Acostumbrado a los cautelosos comentaristas económicos, a los columnistas e informadores políticos, Boyer, en su colisión con la prensa del corazón y los semanarios políticos, mostró en un principio los torpes ademanes del esquiador pertrechado con todo su pesado atuendo de astronauta, con sus botas, bastones y anorak, al que obligan a actuar en un escenario donde aéreas e ingravidas bailarinas representan *El lago de los cisnes*. Seguramente, el ex ministro recordó en aquellos momentos a su antepasado Práxedes Mateo Sagasta, que sufrió en vida todo tipo de difamaciones y ataques de sus enemigos políticos contra su reputación de hombre íntegro, algo de lo que siempre se lamentó con amargura. Se juntaban el hambre con las ganas de comer. La conocida incapacidad para «comunicarse» de Boyer, su perfil intelectual que le hace dedicar todo su tiempo al estudio y resolución de los problemas y no tomarse la menor molestia en explicar posteriormente sus decisiones y propuestas, hicieron el resto.

Hasta ocho millones de pesetas se llegaban a pagar por una sola fotografía de la pareja, cuando, en 1983, ya se hizo semipúblico el romance.

Partidario acérrimo de la libertad de mercado, de la competencia en libertad como saludable e inmejorable motor de crecimiento económico, el ex ministro debería haber sido más comprensivo intelectualmente con aquel frenesí de *paparazzis* que, en realidad, no era otra cosa que una emanación más de las inexorables y no escritas leyes del mercado libre. «El pan como hermanos, la noticia como marranos», asegura un dicho muy extendido entre los reporteros de la prensa del corazón, leyenda que debería haber sido escrita en mármol y presidir las fracasadas negociaciones Gobierno-sindicatos-patronal de julio de 1991 en torno al pacto de competitividad, por sintetizar y armonizar de forma verdaderamente insuperable los muy abstractos y elásticos conceptos de «solidaridad» y «libertad».

Verdad es que la presencia, día y noche, de reporteros y fotógrafos a la puerta de la casa de uno puede llegar a resultar algo ciertamente muy molesto, sobre todo si los ingenios de la óptica moderna permiten a las «nikon» colarse por los más inverosímiles resquicios.

La función, decíamos, crea el órgano. En la entrada del chalé de veraneo de los Boyer en Marbella, Villa Nahema —jocosamente etiquetada por los reporteros como «China-town»—, un animoso y avisado partidario del mercado libre llegó a instalar un puesto permanente de bebidas frescas para saciar la sed de la muchedumbre de *paparazzis* allí congregada.

En la puerta del domicilio madrileño de Boyer, en Ar-ga 1, hacen permanente guardia diversos coches con grandes bolsas de lona en su interior que delatan la inequívoca identidad de sus ocupantes, algunos de los cuales han llegado a establecer una curiosa relación simbiótica con los numerosos escoltas y guardaespaldas de la familia Boyer. Y, en cierta ocasión, cuando Isabel Preysler acudió de compras a una tienda en la calle de Serrano, un recalcitrante atasco que inmovilizó su vehículo provocó un auténtico tumulto cuando los peatones la reconocieron, obligándola a abandonar el coche y salir huyendo.

De hecho, Isabel Preysler se ha convertido ya en un nuevo género periodístico, con sus especialistas y «preysleró-logos». José Manuel Matasantos Malulos, un *paparazzi* de una agencia de reportajes especializada en prensa del corazón, lleva más de tres años dedicado a un único objetivo informativo: seguir y fotografiar a Isabel Preysler y su familia.

En cierta ocasión llegó incluso a alquilar una tuna para forzar a Isabel a salir al balcón al conjuro de laúdes y bandurrias y poder así disparar su cámara.

Isabel llega a sentir un cierto agobio por este permanente acoso de los *paparazzis*; en alguna ocasión ha llegado a confesar sentirse «acorralada y sin libertad», molesta por la ruidosa aparatosidad de sus desplazamientos, por «los gritos,

carreras y cosas raras que llaman la atención de la gente que nada tiene que ver con todo eso. Me siento nerviosa y avergonzada muchas veces» (*Interviú*, 18-8-91). Aunque en ocasiones también manifieste su comprensión hacia el trabajo que realizan los reporteros e, incluso, se interese por ellos cuando padecen algún percance, como el accidente de motocicleta que sufrió Matasantos Malulos en el verano de 1988 en Marbella. Miguel Boyer telefoneó al hospital para interesarse por su salud.

Frente a la curiosidad morbosa de la clientela de las revistas del corazón y la ferocidad persecutoria de los incansables *paparazzi*, no podemos olvidar el papel que la imagen juega en la vida del hombre en sociedad, la intuición de Feuerbach al señalar que en «nuestra era», se prefiere «la imagen al objeto, la copia al original, la representación a la realidad, la apariencia a la esencia», y acaso uno de los componentes de la curiosidad que los famosos suscitan cuando comparecen en público, en carne y hueso, se derive de las expectativas que crea el subsiguiente «acto de inspección», la comparación entre imagen y realidad a la que son sometidos por sus observadores. La fotografía, según el esclarecedor ensayo de Susan Sontag, no es sólo una imagen como pueda serlo la pintura, es también un vestigio, algo directamente emanado de lo real, como una huella dactilar o una máscara mortuoria (Sontag77:154).

No podemos olvidar la tendencia del ser humano a aparecer ante sus semejantes con su imagen más favorable, ocultando o mitigando los defectos y resaltando los adornos, el síndrome que ha impulsado a los poderosos durante siglos a mantener duras porfías con pintores y retratistas y que llevó a los pinceles de Pantoja de la Cruz, Velázquez o Goya a ensimismarse con el prognatismo de las bocas y mandíbulas de Austrias y Borbones, que tan agudamente describiera Marañón.

Isabel Preysler no es inmune a este síndrome, y cuando posa para la amigable revista *¿Hola*—como hizo en el verano de 1991 en el jardín de su casa de veraneo en Marbella, Villa Nahema— se muestra en extremo perfeccionista, sin descuidar un solo detalle, se ocupa con la máxima atención de todo lo referido a su imagen pública, incluidos los aspectos más externos: peina a sus hijas y luce un maquillaje impecable. El resultado es de una perfección geométrica, sin un solo cabello fuera de lugar. El bañador que luce, el mismo que lleva su hija Chabeli, amarillo con flores rosas, de un diseñador francés, acabará agotándose en todas las tiendas y *boutiques*, lo mismo que la camiseta de «Banana Republic» que cubre a la infanta Cristina en la cubierta de un barco en aguas mallorquinas. Isabel incluso se ocupa con diligencia del aspecto de su marido, un auténtico desastre para estas cuestiones del atuendo, eligiendo sus trajes, camisas y zapatos, y hasta sugiriéndole el peinado que más le pueda favorecer. El cabello habitualmente

alborotado de Boyer en 1984 o 1985 —que se ha tornado prematuramente blanco— hoy aparece impecablemente peinado, liso, humedecido y pegado al cráneo, con ese distinguido y refinado *look* de algunos aristócratas —o como Julio Iglesias, tras ducharse y cambiarse, después de sus agotadores conciertos— que adornan la parte posterior de su cuello con un jerezano «caracolillo».

El amor, ciertamente —y más si el periodo en que se manifiesta coincide con otros frentes de conflicto— puede alterar y desequilibrar el más frío, estable y autocontrolado de los espíritus. Josef von Sternberg supo reflejar genialmente este proceso, en su *film* de 1930 *El ángel azul*, en el que una bellísima cantante de cafetín expresionista, Marlene Dietrich, arrastra paulatinamente a un respetable profesor, Emil Jannings, a un progresivo proceso de degradación y autohumillación que conducen a la destrucción del desdichado profesor.

Miguel Boyer, que hoy disfruta de una plácida vida hogareña junto a su mujer y su hija —llega a su casa al final de la tarde y, tras despojarse de la chaqueta y la corbata, se sirve su *whisky* de cada día—, no llegó por supuesto a caer en los degradantes extremos que se recogen en *El ángel azul*, pero sí a mostrarse visiblemente afectado y a cometer errores sólo explicables por el comprensible nerviosismo de alguien sometido a tantas preocupaciones y contrariedades acumuladas. Como el que supuso ocultar su cara con una manta, para evitar ser fotografiado, cuando entraba en el domicilio de la que aún no era su esposa, en la calle Arga. El lance, relatado en *Derecho a discrepar* —un programa televisivo de millonaria audiencia, dirigido por Miguel Ángel Gózal— por dos refutados especialistas de la «prensa rosa», Jaime Peñafiel y Jesús Marinas —que llegaron a adentrarse, incluso, en las supuestas técnicas y peculiaridades amorosas de Isabel Preysler, el famoso «carrete» que los rumores habían esparcido en la opinión pública—, supuso el cierre fulminante y definitivo del programa por parte del entonces director general de RTVE, el socialista Luis Solana.

En medios políticos y periodísticos, entre los burlones informadores de la «prensa rosa» circulaban desde tiempo atrás infinidad de maldades sobre ciertos hábitos amorosos de las mujeres orientales, y alguno de ellos, como Jesús Marinas, llegó a airearlas en 1985 en un programa de radio, lo que le supuso la correspondiente demanda ante los jueces por parte de Isabel Preysler. Alguien podía haber recordado entonces las palabras de aquel personaje de *Rashomon*, *újilm* de Kurosawa: la mitad del placer de estar con una mujer reside en poder contarle luego...

La reacción de Boyer, tras la publicación por un semanario, *Panorama*, de los planos de la nueva casa del matrimonio Boyer en Puerta de Hierro diseñados por su primo, el arquitecto Carlos Boyer, dotada, según aquel reportaje, de dieciséis cuartos de

baño fue, asimismo, muy desacertada. Boyer compareció ante los informadores desmintiendo, matizando y dando, sobre el plano y con la minuciosidad de un aparejador, toda suerte de detalles sobre la mansión.

Los biógrafos de Isabel Preysler, los cronistas de periódicos y revistas recogieron testimonios de la esposa de Boyer relatando la preocupación de su marido por los momentos, ciertamente delicados, de auténtico acoso, que sufrió a lo largo de 1988 y 1989. Fue aquel un periodo que podría etiquetarse sin miedo a la exageración como «el bienio negro de Boyer Salvador».

El deporte nacional de la envidia estaba también presente en aquel periodo de acoso sufrido por Boyer y su nueva esposa, tal como se encargaban de señalar algunos comentaristas. La *Guía de malas costumbres españolas* del psicólogo Francisco Gavilán recoge algunas de las «zonas erróneas» de nuestra psicología colectiva que han causado estragos en la pareja, como el «descalifica que algo queda» y la manía hispana del «etiquetismo». «Uno de los síntomas más claros de nuestra incapacidad analítica es la tendencia que tenemos a la descalificación...», escribe Gavilán. «Diríase incluso que el objetivo fundamental del etiquetador patológico es, de acuerdo con la máxima machadiana ("procura que tu adversario no tenga nunca razón") la descalificación previa.» El «etiquetismo» es pues otro de los males que recoge Gavilán en su conocida *Guía*. «Fachas» o «rojos», izquierdas o derechas, miembros de la *beautiful* o «guerristas», son algunos de los carteles «surgidos como atajos de nuestra pereza intelectual» (Gavilán, 88:177-187).

En aquellos difíciles momentos, el propio Felipe González salió en defensa de Boyer, hablando ante un grupo de periodistas del «acoso moral que sufre Miguel». Su boda y el nacimiento de su hija Ana fueron dos de las escasas compensaciones que tuvo en este periodo, repleto de contrariedades políticas, profesionales y personales.

Su padre fallecía el 7 de mayo de 1989. Poco antes, el día 3, Boyer era agredido por Ruiz Mateos en el vestíbulo de los juzgados madrileños, donde el empresario jerezano le propinó un coscorrón en el occipital —que lanzó sus gafas al suelo— ante las cámaras de televisión. Y previamente, en el mes de diciembre, un camarero contratado por Ruiz Mateos llegó a rozar su mejilla en un amago de golpe, tras increparle con gritos de «¡traidor, carterista!» durante un acto público de la Asociación para el Progreso de la Dirección. Al mismo tiempo, interesadas lenguas difundían en los mentideros madrileños el falso rumor de un supuesto intento de suicidio del ex ministro, con todo lujo de detalles clínicos —ambulancias, hospitales, venas cortadas, frascos de somníferos—. Fueron los momentos más duros y amargos de su vida. Su voz, antaño fría y metalizada al otro

lado del teléfono, arrastraba ahora, oculto tras los fonemas, un levísimo y atemorizado temblor, como si su desconcertado propietario no entendiera nada de lo que estaba pasando. Boyer se había convertido en el «muñeco» favorito del «vudú nacional». Un antropólogo, Isidoro Moreno, lo señalaba en mayo de 1989: «Al poder le interesa que exista algún tipo de autoridad que pueda ser vejada como vía de escape. Boyer actúa como pararrayos del malestar social» (*Cambio 16*, 15-5-89).

En las mismas fechas, los medios de comunicación recogían la supuesta pérdida «de influencia política por el amor de Isabel Preysler». La periodista Nativel Preciado señalaba, por su parte, que «su talento, su buena fortuna y su matrimonio con una de las mujeres más atractivas del momento le han convertido en el capital pecado de los españoles: la envidia», tras recoger sus declaraciones en una larga entrevista en la que el ex ministro afirmaba no ser «el culpable de todos los problemas del PSOE» (*Tiempo*, 16-1-89).

Al entierro de su padre tan sólo acudieron una veintena de personas, entre las que se encontraban «los Albertos», Rafael Martínez Cortina, sus hijos Miguel y Laura y el marido de ésta, Luis Imedio, y, por supuesto, su esposa Isabel —que en aquellos momentos de tribulación fue su principal apoyo—. Su ex esposa, Elena Arnedo, no acudió al cementerio. Sí acudió, en cambio, a la casa familiar en Velázquez, donde permaneció durante largo tiempo en la cocina de la casa consolando a la familia.

Treinta años de militancia en el PSOE —sigue pagando religiosamente su cuota de 17.000 pesetas mensuales, en su vieja agrupación de Chamartín— no fueron, al parecer, suficiente razón como para que a la necrópolis acudiera siquiera un solo representante del partido, como si Boyer fuera un apestado social y político. Ni tampoco del Gobierno. Ni uno solo de sus amigos y compañeros socialistas estuvo aquel día en el cementerio civil madrileño, aunque recibió numerosos testimonios de pésame. En su descargo hay que decir que al fallecer José Boyer en domingo y celebrarse el entierro al día siguiente, lunes, no hubo tiempo material para avisar a nadie. Los siguientes días llegarían centenares de cartas y telegramas.

Por el contrario, por aquellas fechas se escucharon fuertes críticas contra el ex ministro, algunas sugiriendo que abandonara el PSOE, por hacer «de la ostentación una forma de vida». Que el ministro que diseñó y llevó a cabo sin contemplaciones los años de ajuste económico y contención salarial, fuera contratado por «los Albertos» con un «sueldo de futbolista» que entonces se calculó —equivocadamente— en más de cien millones de pesetas anuales y, además, se construyera una costosa y barroca mansión en una de las zonas más

exclusivas de Madrid, era algo que suscitaba unánimes reacciones de rechazo. Claro es que todo ocurría antes de que se desvelara que los hermanos Guerra realizaban operaciones de cientos, de miles de millones de pesetas —que podían ser tipificadas dentro de la más descarada casuística de lo que se conoce como «tráfico de influencias»— desde un despacho oficial en las dependencias de la Junta de Andalucía, que había sido ocupado graciosamente por Juan Guerra.

Anotemos algunos testimonios en esta apresurada antología de la desvergüenza. Salvador Clotas, miembro de la Ejecutiva del PSOE y «guerrista» conspicuo, relacionado posteriormente con un oscuro asunto de adquisición de viviendas por parte de dirigentes del PSOE, señalaría: «Hay que castigar las actividades que traspasan los límites de la

honestidad y en esto el exhibicionismo de Miguel Boyer es poco edificante y gratificante. Se trata de un comportamiento poco socialista. El PSOE debe vigilar la honradez de sus afiliados.»

Otro, el de Matilde Fernández, que llegó a asegurar que Alfonso Guerra era «el hombre que más admiro del mundo»: «El socialismo es austeridad y la gente guapa de mi partido es una minoría que está haciendo mucho daño al PSOE. Y lo vuelvo a repetir: me apunto a cortarles las alas.» Tras las declaraciones de la ministra de Asuntos Sociales, se desvelarían los casos de claro favoritismo y tráfico de influencias surgidos en su ministerio con los viajes de la tercera edad. Aquellos ejercicios de hipocresía y cinismo oficiados por los guardianes de la ortodoxia instalados en el «aparato», cesaron como por ensalmo al descubrir la prensa la inacabable lista de corrupciones ya conocidas: el interminable «caso Guerra», la financiación del partido a través de empresas afines como Filesa, Malesa o Time Export, presuntas defraudadoras a Hacienda y evasoras de divisas a Suiza, las nuevas ramificaciones del «caso Guerra», el escándalo de las concesiones de licencias de máquinas tragaperras en Andalucía...

El apoyo, la ayuda recibida por Boyer de su esposa en momentos difíciles, le desvelaron perfiles inéditos de la personalidad de Isabel que él desconocía: su tenacidad, su resistencia y capacidad para luchar contra la adversidad, su convicción de la necesidad de mantener cohesionada y unida a la familia en los ignacianos tiempos de turbación. Sin embargo, también al caso de Boyer y su «bienio negro» puede aplicarse el viejo refrán de «No hay mal que por bien no venga». La oceánica campaña de ataques y críticas contra el ex ministro de Hacienda tuvo, al menos, una virtud, si hemos de creer a algunas de las personas más próximas a él. Aquella altanería de príncipe renacentista, aquel distanciamiento aristocrático y desdeñoso, tan frecuente en algunos miembros

de la *beautiful*, la famosa «soberbia» del ex ministro que tantos problemas y desencuentros le ha ocasionado a lo largo de su vida, se ha suavizado mucho, su carácter es hoy menos áspero y altivo, menos frío, más comprensivo y hasta más «humano», aunque siga conservando esa inocultable tendencia hacia el desdén intelectual y la descalificación despectiva —«es un cantamañanas»— de quien discrepe de sus posturas y él considere que es menos consistente cultural o intelectual-mente. La paciencia, la perseverancia, la actitud «docente» en las discusiones y debates son adornos que no figuran en dosis especialmente abundantes en su personalidad, junto a las muchas virtudes que reúne.

Este rasgo de Isabel, conocido por sus anteriores maridos, había sido ya descrito por otras personas como Alfredo Fraile, que fuera durante muchos años el *manager* y «cerebro en la sombra» de Julio Iglesias. Fraile relata cómo, en 1971, en su primera gira por Latinoamérica, Isabel Preysler acompañaba a su marido en destartalados y tercermundistas autobuses por las polvorientas rutas del espinazo viario de América, la Panamericana, o en sus recorridos por las no menos accidentadas carreteras mexicanas. Los contratos eran todavía muy humildes, el dinero escaseaba y, a pesar de estar embarazada de su primera hija, Chabeli, nadie escuchó una sola queja, un lamento de la hermética y tenaz Isabel.

En 1976, el autor de este libro visitó México, atendiendo una invitación para entrevistar al entonces Presidente saliente, Luis Echeverría, donde coincidió con Julio Iglesias, que actuaba en la discoteca de uno de los principales hoteles del Distrito Federal, el Fiesta Palace. Como «teloneros» de Julio Iglesias actuaba el grupo Mocedades, cuyo representante entonces era Emilio Santamaría —ya fallecido—, padre de la cantante Massiel.

Durante una semana nadie pudo ver a Isabel, que permanecía recluida, «secuestrada» día y noche en sus habitaciones, en compañía de sus hijos Chabeli, Julio José y Enrique. Julio Iglesias, un extraño y paradójico caso de celos shakespearianos, se comportaba con su mujer como un auténtico abencerraje. La mantenía recluida en la habitación del hotel prácticamente todo el día, y la obligaba a ocultarse en el baño cuando el camarero acudía cada mañana a servirles el desayuno a la habitación.

Tal comportamiento no impedía que Julio, todas las noches, al finalizar su actuación, acudiera con los músicos de la orquesta a dos habitaciones del hotel donde recibían, bebiendo y escuchando música hasta el alba, a las privilegiadas *fans* que tenían la fortuna de franquear las puertas de aquellas dos habitaciones intercomunicadas. Entonces, Julio Iglesias ya era una «estrella» en toda Latinoamérica. Coincidiendo con su actuación en el Fiesta Palace, recibió a una

especie de «convención de presidentas de clubs de *fans* de Julio Iglesias en México», que abarrotó el más grande de los salones del hotel.

En aquel viaje Julio recibió también otra visita, procedente de la cercana California, ciertamente importante: se trataba de Tom Catalano, productor del músico y cantante Neil Diamond y directivo de la poderosa multinacional CBS, acompañado por una joven, escultural y oxigenada «secretaria». Aquel encuentro fue el primer paso importante que dio Julio para entrar en el mercado musical del poderoso vecino del norte, los Estados Unidos.

Isabel aguantaba todo aquello sin una queja, aunque el cansancio y el hastío habían hecho ya aparición en sus relaciones con el célebre cantante. El frenesí de *fans* y *groupies* que rodeaba a su marido, los reportajes en las revistas, los innumerables idilios reales o inventados que se le atribuían, su reputación de *latín lover* y «don Juan», su supuesta condición de «atleta sexual» que aireaban algunas revistas latinoamericanas —en España, las publicaciones «rosas» ofrecían en cambio, y muy a tono con la moralidad oficial de la época, la imagen de un Julio Iglesias amante de su esposa e hijos, buen padre y modélico cabeza de familia—, eran cosas que no entusiasaban precisamente a la señora Iglesias que, además, había de soportar aquel enclaustramiento casi monástico impuesto por Julio. En 1976 se produjo un primer intento de separación por parte de Isabel, que ambos lograron reconducir, pero que acabaría consumándose definitivamente en 1978, seguido, un año más tarde, por la anulación del matrimonio por un tribunal eclesiástico de Brooklyn, en Nueva York.

Por su parte, también Alfredo Fraile, uno de los artífices principales del éxito, triunfo y fama de Julio Iglesias, al que ayudó de forma decisiva desde aquel lejano premio del Festival de Benidorm de 1967 con *La vida sigue igual*, comenzó a tener problemas con Julio Iglesias, tras aparecer su hermano Carlos y colisionar con Fraile a la hora de dirigir el gran tinglado musical y económico creado en torno al ya celeberrimo cantante, calificado en una portada de *Cambio 16* como «el español más famoso del mundo». Fraile dejó su puesto junto a Julio y regresó a Madrid, donde creó una empresa de imagen y relaciones públicas. Desde entonces, Julio Iglesias siempre tiene respetuosas y elogiosas palabras para Isabel Preysler y Alfredo Fraile. La canción compuesta por Julio, *De niña a mujer*, no estaba dedicada como se ha creído a su hija Chabeli, que despuntaba ya a la adolescencia, sino a su ex mujer, Isabel Preysler. Cuando estaba componiendo la canción, Julio telefoneó a Isabel para comunicárselo. «Nos respeta porque somos las únicas personas que hemos sido capaces de decirle "no" y abandonarle», asegura Fraile.

Who's that girl?

¿Quién es, en cualquier caso, Isabel Preysler, esta mujer alta y esbelta —1,70 metros de estatura, 50 imperturbables kilos de peso, a pesar de sus cinco partos—, de rostro angelical, tez de oscura porcelana y rasgos que parecen «occidentalizarse» progresivamente con el paso del tiempo —los diestros bisturíes del doctor Vilar Sancho, que ya se había ocupado de esculpir los apéndices nasales de las nietas de Franco, aprovechando una operación de desviación de tabique y vegetaciones se encargaron de restaurar y «remo-delar» su nariz y recomponer su tabique nasal, que se había desmoronado en una intervención anterior—, incapaz de suscitar indiferencias? *Who's that girl?*, que diría Madonna. ¿Cómo es esta filipina, nacida en Manila en 1951, capaz de contraer sucesivamente matrimonio con «el español más famoso del mundo», con un aristócrata y Grande de España, Carlos Falcó, marqués de Griñón y, finalmente, provocar un auténtico terremoto social y político con su idilio y posterior matrimonio con Miguel Boyer, el ministro «estrella», el «superministro» de Economía, Hacienda y Comercio del primer Gobierno socialista del último medio siglo de la historia de España, cuyas andanzas abarrotan hemerotecas y servicios de documentación?

El envidiable aspecto de Isabel Preysler tiene también que ver con las horas que dedica al cuidado de su físico, auxiliada por una larga lista de peluqueros, maquilladores, *esthéticiennes*, terapeutas, médicos o profesores de gimnasia. Isabel Preysler procede de dos ramas de emigrantes españoles instalados en Filipinas, los Preysler, que lo hacen a mediados del pasado siglo —habían llegado a España, a su vez, procedentes de Austria, en 1831—, y de un emigrante navarro, Valentín Arrastia, que abandona a finales de siglo su pueblo, Estella, para establecerse en Manila. Valentín Arrastia se embarca rumbo a la guerra de Filipinas y en el barco entabla amistad con otro soldadito español, este procedente de Logroño, apellidado Reinares. La guerra de 1898 finaliza —perdida frente a los Estados Unidos, precisamente por un Gobierno presidido por Sagasta, antepasado de Boyer— y los dos amigos deciden permanecer en Filipinas para tratar de hacer fortuna. Y lo logran, en un país en el que los españoles gozan de un notable «plus» de prestigio social entre la población indígena. Se hacen dueños de media provincia de Pampanga, tras contraer matrimonio con dos indígenas. Ambos tienen dos hijos —varón y hembra— y, al estilo de la época, deciden «arreglar» el matrimonio de ambos y así unir los vastos patrimonios de los dos amigos que se conocieron en un barco. José Arrastia, abuelo de Isabel Preysler, contrajo matrimonio con Teodorica Reinares, y ambos aportaron la parte de sangre

indígena que corre por las venas de la actual señora de Boyer. Y algunas cosas más.

El abuelo José era todo un ejemplar, extremadamente aficionado al juego y las mujeres, que sembró el archipiélago filipino de hijos e hijas naturales. Una de ellas llegó a ser «Miss Filipinas» y otra, Neil Adams, a contraer matrimonio con uno de los «mitos eróticos» del Hollywood de los años sesenta y setenta —tras la separación de la actriz Ali Mac Graw—, el actor, ya desaparecido, Steve MacQueen.

Una hija de José y Teodorica, Beatriz, «Betty» Arrastia Reinales, contraería matrimonio con Carlos Preysler Pérez de Tagle, matrimonio del que nació Isabel, en el seno de una familia de clase acomodada —Filipinas, al igual que tantos países del Tercer Mundo, era entonces un país sociológicamente binario, con una minoría acomodada y grandes sectores humildes, sin clases medias— en la que ciertamente han existido episodios conflictivos. Como la muerte en Hong Kong, ahogado en la bañera de un hotel —donde vivía un apasionado romance con una ilustre damita filipina— del mayor de sus hermanos, Enrique, o la condición de toxicómano de otro, su hermano Carlos. O la presunta implicación de uno de sus primos, Fausto Preysler, en el llamado «crimen de Veiate», en 1973, aunque el juez le dejó en libertad y le mantuvo al margen de cualquier responsabilidad en el suceso. Fausto Preysler estuvo a punto de complicarse la vida cuando se puso en contacto epistolar con Miguel Boyer y su mujer, en una iniciativa que la pareja interpretó como un posible y sutil intento de coacción o de chantaje. Una llamada de Boyer al entonces ministro del Interior, José Barrionuevo, zanjó definitivamente el asunto.

La personalidad de Beatriz Arrastia, madre de Isabel, es la de una mujer profundamente católica, en el sentido que la palabra podía tener en la España de los cincuenta o los sesenta, de misa diaria. A «Betty» le pareció casi una blasfemia que su hija se separara canónicamente de Julio en un tribunal eclesiástico de Brooklyn, y tuvo que ser su futura suegra, la duquesa de Montellano, madre de Carlos Falcó, quien la convenciera de que lo importante era la felicidad de sus respectivos hijos. Tampoco aprobó que su hija se uniera a un hombre como Boyer, que se declaraba ateo, y mucho menos que viviera con él durante dos años sin haber contraído matrimonio previamente. Ni siquiera que el enlace se solventara con una simple ceremonia civil ante un juez. No fue casualidad que tanto Julio Iglesias como Carlos Falcó acudieran a ella para intentar conseguir que Isabel no consumara las respectivas separaciones matrimoniales.

Isabel llegó a España en 1969, a casa de unos tíos residentes en Madrid. Ya hemos hablado reiteradamente de los signos premonitorios que parecen marcar la biografía de Miguel Boyer Salvador, de las insistentes casualidades y coincidencias que esmaltan la biografía del ex ministro. Uno de sus parientes de la rama de los Sáinz de Vicuña, Pascual, que fuera cónsul en Hendaya, contrajo matrimonio como ya se ha escrito con una filipina llamada Tina Soriano. Los hijos de Tina, José, de cincuenta y siete años, y «Teddy» Sáinz de Vicuña, de setenta y uno, son grandes amigos de Beatriz Arrastia, madre de Isabel, y fueron los protectores de ésta cuando llegó a Madrid, procedente de Filipinas. Pero, también, son primos hermanos de doña Carlota Salvador, la madre de Miguel Boyer.

Una relación de vieja amistad une a las dos familias —uno de los hermanos, «Teddy», que vivió muchos años en aquel país, es el padrino de Isabel—, y como en España no abundan los filipinos, cuando Isabel llegó en 1969 estableció una inmediata relación con los Sáinz de Vicuña.

Isabel se instaló en Madrid en casa de sus tíos, Teresa Arrastia, hermana de su madre, y su marido, Pérez Rubio, que a su vez mantenían una estrecha amistad con los Sáinz de Vicuña. Tenían incluso una casa de verano próxima a la de los Sáinz de Vicuña en San Juan de Luz. José, productor de cine y persona de fortuna, era entonces un atractivo y codiciadísimo soltero —algunas amigas de la actual señora de Boyer, de su misma edad, confesaban estar rendidamente enamoradas de José Vicuña, y en estos medios se asegura que también Isabel se sentía fascinada por el atractivo Pepe Vicuña— hasta que contrajo matrimonio con Bárbara Lapetra. Su hermano «Teddy» está casado con una rica judía argentina, Inés Bemberg.

Se ocuparía de ella «Teddy» —«tío Teddy», para Isabel—, de su educación y protección, de introducirla en la sociedad madrileña de la época, y hasta de procurarle un puericultor para sus hijos. Los amigos de Isabel aquellos primeros años madrileños fueron los Zobel, también filipinos y amigos de sus padres, Vicky Vallejo-Nágera y algunos más. En la sala de exhibición cinematográfica privada de José Vicuña se fraguaron algunos romances sonados entre los miembros del selecto grupo de amigos que acudían a los pases de películas que allí se ofrecían, meses antes de que llegaran a los circuitos comerciales. Uno de ellos fue el del marqués de Griñón con Isabel Preysler. José fue el acompañante de Isabel en algunas ocasiones, sobre todo tras su ruptura con Julio Iglesias. «Teddy» había oficiado de «hombre bueno» ante su padre, que no veía con muy buenos ojos a Julio, un cantante apenas conocido, aún sin relieve artístico ni popular. La madre, «Betty», pasó del inicial recelo al posterior orgullo, cuando comentaba ante sus amigas que su hija Isabel había contraído matrimonio en España con un

entertainer, con *a celebrity*. Tras iniciar unos cursos de secretariado en su colegio madrileño de las Madres Irlandesas —había finalizado el *high school* (bachillerato) en Manila—, Isabel contrae matrimonio con Julio Iglesias, al que había conocido pocos meses antes. Su escasa formación cultural es reconocida por la propia interesada:

«Yo creo que no he conseguido todavía perfeccionar mi español. Me explico mejor en inglés, que es verdaderamente mi primer idioma, en el que hice todos mis estudios. ¿Qué me hubiera gustado hacer? Primero, que me hubieran impulsado a estudiar más; no te estimulaban a tener una vocación, no te lo exigía el ambiente. Hice un curso de secretariado, que ni siquiera terminé porque me casé... Frustración, frustración, no la he sentido. Lo que sí me hubiera gustado es tener una base cultural más sólida. Pero el medio en el que me desenvolvía tampoco me lo pedía. De eso me he dado cuenta ahora. En cualquier caso, me gusta aprender, aprender de todo el mundo. Y aprender muchísimo. Una persona de quien puedo aprender todos los días es Miguel» {*El País Semanal*, 2-9-1990).

Miguel Boyer trata de quitar importancia a esa frustración, reconociendo incluso públicamente la gran inteligencia natural de su mujer. En ocasiones le recuerda cómo Bertrand Russell aseguraba que Keynes era el hombre más inteligente que jamás había conocido, alguien escasamente trabajador, que desconocía el alemán —idioma imprescindible para todo estudioso de la filosofía o la economía de la época— y, sin embargo, el único que había sido capaz de tener, desde su prodigioso genio, grandes e imperecederas intuiciones. O el caso de Albert Einstein, regular matemático, mal estudiante, de discreta formación pero cuyo genio incomparable le llevó a descubrir aquella formulita de la relatividad del tiempo y el espacio que cambió para siempre la concepción científica del universo. O el rigor y la capacidad de sistematización de Aristóteles frente al fuego creador de Platón.

Isabel no habla en la citada entrevista de «su» tercer idioma, el tagalo, lengua oficial de Filipinas desde 1937. Los tagalos, raza indígena filipina de origen malayo —los antepasados indígenas de Isabel eran tagalos—, forman el segundo grupo lingüístico y cultural más importante del país —tras el cebuano—, y su lengua, de orígenes malayo-polinésicos, al igual que las otras lenguas y dialectos de Filipinas, es hablada de hecho como segundo idioma —el primero es el inglés— por más de treinta y ocho millones de personas.

En la buena sociedad filipina en la que Isabel se movía —reducida, endogámica, provinciana, en la que todo el mundo conocía a todo el mundo— no era frecuente enviar a las chicas a la universidad. Todas sus amigas de entonces cursaron los mismos estudios que Isabel, el *high school*.

Carlos Falcó, marqués de Griñón, casado con la hija de unos acomodados relojeros suizos, Jeannine Girod —hoy compañera sentimental del presidente del Real Madrid, Ramón Mendoza—, de la que se separa en 1970, conoce en 1978 a Isabel Preysler en un pase privado de la película de John Travolta *Fiebre del sábado noche* al que son invitados ambos por José Vicuña.

En aquel momento, se inicia una intensa relación de la pareja, mientras Isabel tramita su separación de Julio Iglesias. Es un abogado amigo de Carlos Falcó quien se ocupa de todos los trámites. Se trata de un jurídico militar llamado Antonio Guerrero Burgos, fundador y presidente hasta su muerte del Club Siglo XXI de Madrid, una de las primeras tribunas a las que tiene acceso la oposición democrática al franquismo tras la muerte del «Caudillo» en 1975. Carlos Falcó es uno de los miembros más antiguos del club, el socio número cuatro.

Antonio Guerrero es quien le hace ver a Isabel que, al haber contraído matrimonio sin separación de bienes, tiene derecho a los gananciales, a la mitad de todo lo que posea Julio Iglesias —convertido en una celebridad internacional y alcanzado ya el acuerdo con la CBS que se fraguó en aquella primera entrevista en México con Tom Catalano—, y le sugiere que inicie toda suerte de acciones judiciales para reclamar tales bienes. La fortuna de Julio Iglesias hoy día es calculada en medios próximos al cantante en una cifra situada entre los 400 y 500 millones de dólares de 1991, es decir, en torno a los 50.000 millones de pesetas.

Guerrero Burgos calcula entonces la cantidad que estima le corresponde a Isabel: 400 millones de pesetas del año 1977. Tras la separación, Julio Iglesias se limitó a dejarle

dos casas en España y una asignación mensual de 180.000 pesetas del año 1978. Isabel, ahorradora y «hormiguita», vende el primer piso que compartió con Julio Iglesias, en la madrileña calle de San Francisco de Sales, y compra el pequeño chalé de El Viso, mientras su nuevo novio y futuro esposo, Carlos Falcó, se ocupa de correr con los gastos del mobiliario y la decoración.

Algunos de los innumerables cronistas y biógrafos que se han ocupado de relatar las peripecias vitales de la mujer de Boyer, su irresistible ascensión, han insistido en describir una voluntad fríamente calculadora en Isabel para lograr el poder, el brillo social y el dinero a partir de sus tres sonados matrimonios. La periodista Paloma Barrientos, su última biógrafa, que rastreó la infancia y el entorno familiar y social de Isabel Preysler, señala que «en los salones de su Manila natal los envidiosos la han rebautizado con el apelativo despectivo de *gold digger* (buscadora de oro)» (Barrientos, 91:22).

En el caso de Julio Iglesias fue justamente al contrario, tal como en su momento reconocieron Guerrero Burgos y el propio Carlos Falcó, que consideraron que

Isabel actuó en aquella ocasión «con total desinterés y una gran generosidad». Isabel Preysler, que vivía en aquel momento un ilusionado y apasionado romance con el marqués de Griñón, deseosa de obtener cuanto antes la nulidad de su matrimonio para casarse nuevamente, renunció a sus derechos sobre la mitad del patrimonio de Julio Iglesias, los famosos 400 millones de pesetas citados. Reclamar judicialmente hubiera retrasado *sine die* su anulación matrimonial. Ella, por otra parte, asegura que no tenía ningún derecho a la fortuna de Julio, que había sido ganada por el cantante tras muchos años de sacrificio y esfuerzo, sobre todo cuando ella abandonaba a su marido —a pesar de los esfuerzos de Julio por retenerla, tras un infructuoso periodo de prueba de seis meses de separación— para irse con otro hombre. Además, pesaba la proyección e interpretación pública que se hiciera de su conducta. Pero, sobre todo, lo que más le preocupaba a Isabel eran sus hijos, que deseaba conservar a su lado. Un largo pleito por los gananciales hubiera complicado ciertamente las cosas, al ser ella quien rompía el matrimonio con el cantante.

Por su parte, Carlos Falcó la instó a que meditara su decisión, consciente de que Isabel carecía de bienes o recursos en cantidad suficiente, aunque Julio Iglesias siempre fue muy generoso con ella, permitiéndole en todo momento el libre acceso a sus múltiples y millonarias cuentas bancarias.

Tan sólo obtuvo el piso del matrimonio que había comprado Julio Iglesias —sus vecinos en la misma casa habían sido su amiga Carmencita Martínez Bordiú y Alfonso de Borbón—, que acabó vendiendo en 12 millones de pesetas, una modesta vivienda en Málaga, en una urbanización próxima al aeropuerto, y la citada cantidad mensual de 180.000 pesetas.

La familia de Julio Iglesias, que durante sus casi ocho años de matrimonio había ejercido una cierta influencia sobre la joven e inexperta Isabel, presionó insistentemente para que renunciara a sus derechos. El marqués de Griñón pudo comprobar más adelante el alcance de la influencia de los Iglesias sobre la joven Isabel Preysler. Carlos Falcó es un aristócrata atípico, estudiante del colegio navarro de Leca-roz, de terrorífica disciplina —de donde también procedía el padre Donosti, el musicólogo vasco amigo de los Boyer—, educado en universidades europeas y americanas, en Lovaina y California, donde culminó y completó su formación como ingeniero agrónomo. Acostumbrado a trabajar desde muy joven, Falcó es un espíritu liberal, un demócrata, características éstas no demasiado frecuentes en los rancios aires aristocráticos en los que nació y se crió. En tales ambientes, aunque Falcó nunca llegó a tener constancia fehaciente de ningún tipo de rechazo, no se recibió precisamente con alborozo la boda del marqués de Griñón con aquella «advenediza», que había estado casada con un cantante.

Isabel se enfrentaba a ese sutil rechazo que advertiría en otras ocasiones y que se había iniciado con los Iglesias —se atribuye a su ex suegra, la madre de Julio Iglesias, el mote de «La china»— y que, más tarde, culminaría en el alejamiento de muchos de los amigos de Boyer encuadrados en la *beautiful people*.

Grande de España, en su condición de hijo de Manuel Falcó, duque de Montellano, que fuera estrecho colaborador de don Juan de Borbón, Carlos Falcó es un reputado

experto en enología y exitoso elaborador de excelentes vinos que exporta a una veintena de países. Hombre elegante, educado y discreto, bondadoso, quienes le conocen aseguran que es el prototipo de la caballerosidad y «una excelente, buenísima persona».

No ha tenido suerte Carlos Falcó con las mujeres, ni tampoco su hermano, el marqués de Cubas —quien, curiosamente, fue en tiempos asiduo acompañante de Beatriz, hermana de Isabel Preysler—, y sus casos respectivos podrían haber servido para elaborar cualquiera de las metáforas fílmicas de Joseph Losey, antes de que el desaparecido cineasta inglés abandonara el ideario comunista: películas como *El sirviente*, *Accidente* o *La clave del enigma*, en las que la vieja clase aristocrática inglesa, abocada ya a su irreversible decrepitud histórica, sucumbe, en un indetenible proceso de degradación y humillaciones, ante la pujanza de las emergentes clases populares. Carlos Falcó tuvo, hasta su separación, innumerables problemas conyugales con su esposa, Jeannine Girod, que le abandonó, y posteriormente contempló cómo Isabel Preysler y su cuñada, Marta Chávarri —casada con su hermano, el marqués de Cubas— optaban por irse con dos relevantes exponentes del nuevo poder político y económico que emergía en la España de los ochenta: un connotado dirigente socialista, Miguel Boyer, y un empresario, Alberto Cortina, que había amasado su fortuna en los vientres de las hormigoneras de una de sus empresas, Portland Valderribas.

El marqués de Griñón, en las elecciones generales de 1977, cuando preguntó a la que iba a ser su esposa por el partido elegido por ella, descubrió que pensaba votar a la ultraderecha de Blas Pinar, seguramente influenciada por la familia de Julio Iglesias y muy especialmente por el padre, el doctor Iglesias, un conocido entusiasta de la figura del «Caudillo», que fuera secuestrado por un comando de ETA en 1981 y liberado poco después por los «geos» en una espectacular operación. Isabel Preysler, sin embargo, aseguraría más tarde que su voto fue a parar —en aquellos comicios de 1977— a las urnas de Alianza Popular, para finalmente decidirse, en 1979, por la UCD. Ahora vota al PSOE.

Años después, ya casados, aquella histórica tarde del 23 de febrero de 1981, mientras Carlos Falcó escuchaba la radio y trataba infructuosamente de contactar

a través del teléfono con el palacio de La Zarzuela, pudo escuchar los tímidos comentarios de su esposa sobre el significado de la asonada y sus protagonistas: para Isabel, totalmente desinteresada por los asuntos políticos y aún bajo la influencia de los Iglesias, aquellos militares que asaltaron el Congreso de los Diputados, si traían «el orden y la seguridad», serían bienvenidos. En su memoria aún estaban presentes los días, las semanas de miedo y angustia, permanentemente rodeada de policías que vigilaban su casa día y noche, el temor de que alguno de sus hijos pudiera ser secuestrado como temía la policía, sufrir la terrible experiencia vivida por su suegro.

Falcó, como ya hemos dicho, pronto comprobó los inconvenientes que comportaba haberse unido sentimentalmente a una persona como Isabel Preysler, que tenía la facultad de trasladarse rodeada de un enjambre de seres extraños, de atuendos informales y grandes bolsas de lona colgadas en bandolera: los *paparazzis*, los fotógrafos de la prensa del corazón. Poco después de iniciar su noviazgo con ella, ambos acudieron a pasar el día al Safan Park madrileño, un parque con fieras salvajes en libertad que Carlos Falcó montó con la ayuda y el asesoramiento del desaparecido Félix Rodríguez de la Fuente, quien, entre otras cosas, organizó un singular espectáculo «interpretado» por diversos tipos de aves rapaces domesticadas.

Como Isabel se mostrara reticente a acudir al *show* de las rapaces —que estaba siendo observado por varios cientos de personas, casi todos niños de excursión con sus colegios— porque «me van a reconocer», un incrédulo marqués de Griñón insistió y, tras tomar asiento en las gradas, las águilas dejaron súbitamente de interesar al público, que centró toda su atención en la pareja. A partir de aquel día se inició para Carlos Falcó «la pesadilla», la novedad que suponía para él la popularidad lograda a base de portadas en las revistas del corazón. Sin embargo, otros opinan que la atracción que su mujer ejercía sobre las publicaciones del corazón no le desagradaba. Carlos Falcó le pidió a Isabel en varias ocasiones que posara en el Safari Park —con motivo de alguna fecha señalada, en el cumpleaños de alguno de sus hijos— para los fotógrafos, y así promocionar el parque. Asimismo, su marido, muy legítimamente, por otra parte, hacía todo lo posible para que su mujer le acompañara en sus viajes de promoción de los vinos de sus bodegas —el asesor de Falcó entonces, Rafael Ansón, insistía en lo aconsejable de su presencia—, cuyas presentaciones eran mucho más eficaces, a la hora de comparecer ante la prensa, si Isabel le acompañaba. Pero ya entonces Isabel había conocido a Miguel Boyer, y los viajes de su marido eran una buena ocasión para poder acudir a sus encuentros secretos con el político socialista.

Isabel Preysler ha sido una inconsciente pero milimétrica seguidora de las pautas estadísticas que marcan los *vativos* de fertilidad de su país de origen, que, como hemos visto, en 1980, diez años después de su primer matrimonio, recogían unos índices auténticamente leporinos: cinco hijos por hembra. Exactamente son cinco los hijos —de tres padres distintos— de Isabel, que como mujer, esposa y madre parece impulsada por una secreta voluntad de crear permanentes vínculos con todos sus maridos a través de la descendencia.

La inexacta y acaso injusta imagen de *man eater*, de «devoradora de hombres» que se ha atribuido a la actual esposa de Miguel Boyer podría en este caso complementarse con la figura de la feroz *mantis religiosa*, que se deshace del macho, devorándolo, una vez que la cópula ha garantizado la procreación y la perpetuación de la especie. En abril de 1989, nacía en Madrid Ana, la hija de Miguel e Isabel, que ya atrajo la inevitable atención de los fotógrafos a los pocos días de nacer, cuando fue presentada por sus felices y satisfechos padres a la prensa. Y también ocasionó una controversia con el entonces obispo de Málaga, el locuaz monseñor Buxarrais —que llegó a declarar que «se excitaba» con ciertos desnudos televisivos— y con el párroco de Marbella, padre Echamendi, que se negaron a que Ana fuera bautizada en el chalé veraniego de los Boyer. Las razones esgrimidas por Isabel —no solamente se trataba de evitar la muchedumbre de fotógrafos y de curiosos; también había motivos de seguridad, al haber aparecido el nombre de Isabel en los documentos capturados al dirigente etarra «señor Robles»— no convencieron al obispo ni al párroco.

Fueron dos años intensos y plenos los del matrimonio con Carlos Falcó. Sin embargo, las cosas comenzaron a cambiar al nacer su hija Támara, en noviembre de 1981. El nacimiento de la niña fue el punto en el que se inició su paulatino distanciamiento, que culminaría en separación en julio de 1985. Años antes, a mediados de 1982, se había iniciado el tempestuoso idilio de Miguel Boyer con Isabel Preysler.

El ex ministro tenía una muy personal y racionalista idea del amor, que surge en el ser humano de muy complejos y recónditos procesos bioquímicos, excitados por estímulos sensoriales, ópticos, táctiles, auditivos, olfativos incluso. La pasión amorosa se dispara, de acuerdo con esta concepción, por cuestiones de «química», de «piel», el amor como primer acto de la voluntad y los apetitos, según Tomás de Aquino, el impulso de «los placeres de Venus» de Lucrecio, frente al *amor intellectualis Dei*, el «amor intelectual de Dios» de Spinoza, aunque las dos clases de amor puedan coexistir en diferentes y variables gradaciones. Tras conocer a Isabel, Boyer parece haber ampliado su bioquímica concepción del amor con interpretaciones más espirituales. Todo es bioquímica, aunque el amor sea una

inmensa superestructura compuesta de infinitos elementos biológicos, sensoriales, intelectuales, espirituales... «Yo, simplemente, me enamoré de esta señora...», dice.

Lo que nadie parece dudar es que el amor de Miguel e Isabel, como en la canción homónima, es «un gran amor», capaz de hacerle dar al ex ministro un paso tan trascendental como el que supuso su matrimonio con Isabel Preysler. Tras la impavidez a lo Buster Keaton de su rostro, tras la gafas de estudioso se ocultaba el espíritu de un hombre apasionado. Es «la razón de la sinrazón» de la que habla Marañón recordando a los febriles amantes de los libros de caballería.

Su esposa aporta su propio criterio, a partir de la observación empírica de la realidad y de sus experiencias personales: «Yo creo en el amor, pero no en el amor eterno. No dura para siempre... y cuando dejas de admirar a una persona el amor se termina... Luego pasas a un segundo plano de cariño. Si lo piensas conscientemente, entonces no te casarías nunca. Estoy convencida de que el amor se acaba en el noventa y ocho por ciento de los matrimonios. Luego queda un cariño muy grande que no tiene nada que ver con el amor apasionado... Hay mucha gente que me dice que yo, tal vez, no me he enamorado nunca de verdad y que por eso pienso así, no lo sé. Me encantaría que no se acabara pero hay que ser realista. No hay nada que me guste tanto como ver a un matrimonio que lleva veinte años juntos... Me da mucha envidia, tal vez algún día me enamore para siempre...»

Isabel hablaba así en el otoño de 1982, cuando ya había conocido a Miguel Boyer y entre ambos había surgido ese «amor apasionado» y supuestamente efímero. Isabel describía, acaso intuitivamente, las diferentes clases de impulso amoroso de los griegos, *eros*, *philia*, *ágape*, el *amor*, *amicitia*, *caritas* de los latinos. Han transcurrido ya casi diez años...

La figura de Isabel Preysler suscita, como hemos dicho, todo tipo de reacciones, salvo la indiferencia. En los momentos más críticos de su relación con Boyer, los años 1988 y 1989, provoca protestas y abucheos en algunas de sus apariciones públicas —en algún caso por su incorregible manía de ser siempre ruidosamente impuntual—, y algún sondeo de opinión recoge esta supuesta hostilidad de la sociedad española. Ella lo atribuye todo a la «detestada» política. Nunca, hasta que se unió a Boyer, tuvo percances de ningún tipo. Incluso advierte que la reacción de la gente es distinta cuando pasea sola por las calles —momentos en los que detecta gestos de afecto— o si lo hace en compañía de su marido.

Sin embargo, esta mujer hermosa, inteligente, enigmática, acostumbrada sin duda a mandar, a ser halagada, obsequiada y mimada por los hombres, dicharachera muchas veces, que sin embargo sabe administrar con oriental sabiduría sus

silencios —«El que sabe, no habla, el que habla, no sabe», dice el *Tao*—, tiene importantes y numerosos defensores que residen en la envidia, uno de nuestros «deportes» nacionales, la animadversión que su presencia provoca. El escritor y columnista Francisco Umbral, en el prólogo de su última biografía, establece tres razones que explican la irrupción de Isabel Preysler en las clases altas de la sociedad española: el exotismo, el hermetismo y la poliandria, sus tres famosos maridos. «Se dice que IP figura en el número uno del *hit* social sin haber hecho nada, salvo anunciar baldosas. Yo creo, por el contrario, que ha traído a este Madrid provinciano una manera de ser y estar de la que tenemos mucho que aprender. La sabiduría viene del Oriente, como la luz, y el modelo femenino que propone IP no estaría de más que lo siguieran muchas de las españolas que soportamos a diario en casa y en la calle: discreción, hermetismo, suave corroboración del hombre que tienen al lado, y poco más» (Barrientos, 91:12-13). Por su parte, la periodista Maruja Torres, autora de un desternillante libro sobre Julio Iglesias —*¡Oh, es él...!*—, desde su peculiarísimo estilo de feminista irredenta, hace una ardiente defensa de Isabel: «Lo verdaderamente excitante, rayano en el éxtasis, es conseguir que Miguel Boyer, entre un informe y una estadística, encontrara tiempo para hacerle balance a la señora de Griñón... Es posible que... quedara encandilado tras las gafitas al contemplar al fin —*¡Eureka!*— a una "mujer auténtica". Una mujer de las de antes... Hay que romper una lanza, incluso lanza y media, por Isabel Preysler. Una mujer que a las cualidades mencionadas une las de ser una excelente ama de casa —una gran "gubernanta", según allegados a Julio Iglesias— que mantuvo en perfecto orden el rocambolesco entorno del cantante mientras vivió con él; que trata a la servidumbre —filipina, por más señas— con suavidad pero indomable firmeza, que educa a sus hijos dentro de las normas del catolicismo más estricto y la disciplina más rígida... y que es capaz de desmentir desavenencias o amoríos con tal impavidez oriental que dan ganas de nombrarla portavoz del Gobierno... Y parece del todo intolerable que con esta mujer que se ha limitado a seguir los impulsos de su corazón y su cerebro peculiares se ensañe ahora el pueblo llano, que tantas horitas de distracción le debe, y se rían los intelectuales, que, verdaderamente, también se lo montan como pueden. Al fin y al cabo, Isabel Preysler no ha hecho otra cosa que lo que la tradicional mujer española, que todavía colea bastante en esta época: vivir su vida a través de los hombres que ha ido eligiendo. Que a las otras les haya tocado conformarse tan sólo con uno no es motivo para lanzarle piedras» [*Cambio 16*, 29-7-85).

Uno de los más entusiastas defensores de Isabel Preysler es el conocido periodista Luis María Ansón, director del diario *ABC* —periódico que ha ofrecido en

numerosas ocasiones la hospitalidad de sus páginas para acoger protestas, rectificaciones o desmentidos de Isabel provocados por informaciones aparecidas en otros medios—, que la conoce desde los primeros meses de matrimonio con Julio Iglesias. «Isabel», dice Ansón, «es una mujer llena de vida, dinamismo y espiritualidad. Es sin duda un ser excepcional, de gran inteligencia, enormes dosis de sentido común y una gran ternura en el trato humano. Es una buenísima persona. Tiene, no hay que olvidarlo, un alma oriental y eso explica muchas de las cosas que de ella se critican en España. Es profundamente religiosa y además tolerante y moderada, lo suficiente como para haber contraído matrimonio con un hombre que confiesa ser ateo. Tendrá, sin duda, algunos defectos, como todos, pero el balance entre lo positivo y lo negativo la favorece extraordinariamente».

El idilio de la pareja se inicia en 1982, y el divorcio de ambos no se produce hasta tres años más tarde, en 1985. Miguel e Isabel mantenían su «secreto» idilio desde mayo de 1982. Carlos Falcó retrasó la decisión tanto tiempo parapetado tras las vanas esperanzas de hombre enamorado, en la creencia de que aquella relación no podía ser más que un capricho pasajero, que no podía funcionar. Estimaba que ambos eran incompatibles, que el carácter alegre y «positivo» de Isabel no podía sintonizar con el «mal humor», con el «alma avinagrada» del político socialista, con su despectiva arrogancia, que el tipo de vida que le esperaba junto al hoy ex ministro era el de la esposa o compañera de «un profesor», que no podría ofrecerle el mismo tipo de vida, el *glamour* social que había disfrutado hasta entonces. Isabel, a juicio de Carlos Falcó, no podría prescindir de las fiestas en Montecarlo o en París, las cacerías en Inglaterra o Alemania. No se imaginaba a su mujer en los cenáculos intelectuales de Miguel Boyer, en las reuniones con sus compañeros de partido de la agrupación de Chamartín —a las que, en cualquier caso, el ex ministro no acude—. Alguien, incluso, llegó a interpretar desde los ámbitos del partido el idilio de Miguel Boyer con Isabel Preysler a través no ya del análisis marxista, sino del más tosco de los revanchismos, comentando: «Desplazamos a la derecha del poder y le quitamos a sus mujeres.»

Miguel Boyer conoce a Isabel Preysler en abril de 1982, en una comida en casa de Mona Jiménez en torno a sus «lentejas», lugar de encuentro de una curiosa y singular tertulia política que la anfitriona aprovechaba en ocasiones para vender antigüedades. Posteriormente, coinciden en una cena en casa de «Chuny» García Lomas, compañera de Boyer en el INH. En aquella velada, el que pronto sería ministro de Economía y Hacienda no se separó en toda la noche de ella. Posteriormente, coincidirían nuevamente en casa del ya fallecido director general del Grupo 16, Romualdo de Toledo, en Puerta de Hierro, y allí algunos de los

asistentes advirtieron por primera vez «algo especial» entre ambos. De aquella cena surgieron los primeros rumores. El ex ministro experimenta entonces sus primeras «alteraciones bioquímicas». Posteriormente, se ven en Madrid en diversas ocasiones, recogidas profusamente por las biografías y seriales de prensa: en fiestas en casas de amigos, incluso en las visitas que realizan, junto a otros amigos, Boyer y Elena Arnedo a Casa de Vacas, la finca que Falcó posee en el pueblo toledano de Malpica, o al domicilio de Arga 1. Petra Mateos, la jefa de gabinete de Boyer en el Ministerio, realiza a veces labores de *go between*, de «mensajero» entre ambos, que mantienen periódicos y secretos encuentros.

Aquel verano del 82, el matrimonio Boyer alquila en agosto una casa en Ibiza, en Roca Llista, donde Miguel trata de descansar, en compañía de su familia. El año siguiente acudirá con ellos a Marbella y en 1984 el entonces ministro veranea ya solo, en compañía de su amigo desde los años del Liceo Francés, José María Menéndez. El siguiente año, 1985, estará ya marcado por las separaciones de las dos parejas y las primeras vacaciones de Miguel Boyer con Isabel Preysler en Marbella, coincidiendo con su abandono del Gobierno.

Este proceso resultó sumamente doloroso para su mujer, Elena Arnedo, que sufrió en silencio todo su desarrollo hasta que el juez le concedió el divorcio, en octubre de 1985. La familia de Miguel Boyer advirtió los primeros cambios en la personalidad del cabeza de familia en 1980. En los veraneos en Marbella, en las reuniones en Guadalmina, Boyer acudía a fiestas y cenas de amigos, muchos de ellos gentes de grandes fortunas, donde era el centro de todas las tertulias. La victoria del PSOE en las elecciones de 1982 ya se presentía, mientras la UCD se desangraba por sus luchas intestinas, y Boyer tendría sin duda un papel relevante en el futuro político que se avecinaba.

Elena Arnedo sitúa en estas fechas las primeras grietas de su matrimonio. Sin embargo, numerosos amigos de la familia Boyer aseguran que las diferencias entre Miguel y Elena se remontaban a años atrás, mucho antes de que Isabel Preysler —que no se siente en absoluto responsable de haber disuelto el matrimonio— hiciera su aparición. «Cada uno iba por su lado», señala uno de sus íntimos. «Ella tenía sus amigos y Miguel sus amigas y las disputas entre ambos eran frecuentes.» El disgusto de Elena al conocer que su marido estaba con otra mujer se incrementaba por la propia personalidad pública de Isabel, que a sus treinta años ya había realizado tan espectacular itinerario, por la proyección pública y el escándalo que aquel *affaire* provocaría.

Años más tarde, en la primavera de 1982, su aguda intuición femenina le diría que una mutación muy profunda se había producido en el hombre con el que había compartido casi veinte años de vida en común. La cena con baile flamenco en

casa de María Asunción, «Chuny», García Lomas, a la que asiste con su marido y donde coinciden con los marqueses de Griñón, le abre los ojos. El cruce de miradas, los pequeños y aparentemente intrascendentes detalles, alertan a Elena sobre las relaciones de su marido con Isabel Preysler.

Aquel mismo verano, en Ibiza, coinciden nuevamente con Carlos Falcó y su mujer, y Elena presencia un lamentable incidente en el que participa su marido. El magnate Balkanie les invita, junto con los Griñón, a la discoteca Ku. Se trata de un constructor francés de origen yugoslavo, propietario del centro comercial madrileño de La Vaguada, que había invitado a sus amigos a su lujoso yate de noventa metros. Balkanie se enzarza en una violenta discusión con los vigilantes del aparcamiento de la discoteca —lugar de esparcimiento estival de José María Benegas, secretario de Organización del PSOE— y Boyer interviene en auxilio del francés, para evitar que algo tan trivial como es un aparcamiento origine una pelea. Todo el episodio lo presencia Isabel Preysler, a la que el magnate prestaba una obsesiva y obsequiosa atención. A partir de aquel verano, Elena Arnedo tuvo la certeza de que su matrimonio estaba definitivamente roto.

Aquel 1982 fue un año muy duro para Elena Arnedo que, además de advertir la aparición de una «relación especial» entre su marido e Isabel Preysler —Miguel Boyer, interrogado al respecto por su esposa, se refugió en el silencio y en ningún momento negó o desmintió las sospechas de Elena— vivió angustiosos meses tras sufrir, en septiembre, un accidente de motocicleta su hijo Miguel — que entonces contaba trece años— que le fracturó las dos piernas.

El accidente aconsejó una tregua a la pareja, pero la crisis matrimonial era ya irreversible. Las revistas hablaban, si bien veladamente, del idilio de Boyer con la marquesa de Griñón, mientras los acontecimientos políticos se disparaban y en octubre culminaban en la arrolladora victoria socialista en las elecciones del 28-O: más de diez millones de votos y 202 escaños, la primera mayoría absoluta de la democracia, con 26 escaños «sobrantes».

A partir de entonces, Boyer vive el periodo más intenso y frenético de su vida, en el que se entremezclan las trascendentales decisiones políticas que toma — devaluación de la peseta, expropiación de Rumasa, elaboración de hasta tres Presupuestos Generales del Estado en un solo año, 1983— con las citas secretas con Isabel y la crisis familiar que esta relación provoca.

Pero aún había de producirse un último y desesperado intento de arreglo en el matrimonio. Al día siguiente de dimitir como ministro, el 5 de julio de 1985, Miguel Boyer llamó a Elena y le manifestó su deseo de hablar con ella. Tras la conversación se atisbo una posibilidad de arreglo, sometidos como estaban ambos a la muda presión psicológica de sus hijos, que obviamente deseaban que todo

volviera a ser como antes. Aquella noche, Miguel Boyer durmió en su casa de Maestro Ripoll, donde trasladó sus maletas. A la mañana siguiente, sin embargo, Boyer habló de nuevo con Elena, le comunicó haberlo «pensado mejor» y se llevó las maletas nuevamente, esta vez al domicilio familiar en Ve-lázquez 7. Poco después se trasladaría a un pequeño y coqueto apartamento de apenas cien metros cuadrados en la madrileña calle de Miguel Ángel, que había dejado vacante un amigo, Alfonso del Rivero.

Esta historia tiene un correlato paralelo en las conversaciones que Miguel Boyer mantiene en aquellas horas con su hijo Miguel y con Isabel Preysler. La noche anterior a su abandono del Gobierno, Miguel telefona a Isabel y le manifiesta su intención de dimitir, su cansancio, y en tales momentos siente —y así se lo hace saber— que la necesita. Y le dice algo que nunca había dicho antes: le pide que se vaya a vivir con él. A lo largo de su prolongada y secreta relación, la pareja había comentado esta posibilidad en alguna ocasión aislada, pero nunca habían hablado seriamente de dar semejante paso. Isabel accede, pero le dice que antes tiene que hablar con su marido, Carlos Falcó, que se encuentra en el campo, en la finca de Malpica (Toledo). Por aquellos días, la revista *Interviú*, dirigida entonces por el periodista Pablo Sebastián, había publicado un ruidoso reportaje sin firma, tras el que se adivinaba la pluma del propio Sebastián, que hablaba de Boyer «enamorado» de Isabel Preysler.

Pocas horas después, Boyer habla con su hijo Miguel. Tras la conversación, el ya ex ministro, influido por las palabras de su hijo, reacciona. Aquella unión es una locura por muchas razones, entre otras porque él no va a poder mantener el lujoso tren de vida al que está acostumbrada Isabel Preysler. Antes ya había comunicado estos temores a algunos de sus amigos íntimos, como Petra Mateos, quien, bromeando, le diría al ministro que no debía preocuparle la cuestión económica, «porque Isabel es tan atractiva que con un simple vaquero y una camiseta está guapísima». Pero Miguel regresa a su casa de Maestro Ripoll, con Elena Arnedo y su familia, y duerme aquel día en su domicilio.

Las dudas se desvanecen pronto y, a las pocas horas, llama nuevamente a Isabel, le pide perdón por tan brusco cambio de planes y le asegura que aquello —seguir con Elena— no puede funcionar. A Isabel le había sorprendido la súbita indecisión de Miguel, pero aceptó de inmediato y se dispuso a hablar con su marido. Su vida al lado de Carlos Falcó era, ciertamente, muy cómoda, junto a un marido enamorado dispuesto a satisfacer todos sus deseos; pero, nuevamente, ella se había enamorado de otro hombre. Telefoneó a Carlos y, tras comentarle el reportaje de *Interviú*, le dijo que lo más conveniente sería separarse. Carlos Falcó se negó terminantemente a ello, argumentando que la revista decía que Boyer estaba

enamorado de Isabel pero en ningún momento aseguraba que ella le correspondiera. Isabel entonces recurrió a un amigo común para que le hiciera ver al marqués de Griñón que su separación era algo inevitable.

La popularidad de Isabel Preysler también fue «una pesadilla» para la familia de Boyer. Todos sus miembros, su mujer Elena, sus hijos Laura y Miguel, se vieron a partir de entonces sometidos a un asfixiante acoso por parte de la prensa del corazón. La boda de Laura con Luis Imedio fue uno de los peores episodios que recuerda Elena Arnedo, aquella inesperada muchedumbre de fotógrafos y reporteros. La foto de familia —Miguel Boyer, Elena Arnedo, su hijo Miguel, junto a Laura con el traje de novia— fue un momento especialmente tenso para Elena. Hasta tal extremo que la fotografía estuvo a punto de no existir. Petra Mateos envió un fotógrafo y la revista *¡Hola!* —en la que prestó sus servicios, como entrevistadora de lujo, Isabel Preysler, que sigue manteniendo unas privilegiadas relaciones con esta publicación— una bandeja de plata.

La boda de Miguel con Isabel Preysler en un juzgado madrileño, el 2 de enero de 1988 —tras casi seis años de relaciones— abrió sin duda otra etapa en la vida de la nueva señora de Boyer. Isabel apareció ataviada con un vestido oscuro adornado con visones. El breve viaje de novios de la pareja a Egipto —acompañados de la niña Támara, Manuel de la Concha y su esposa— ya no tuvo nada que ver con los multitudinarios espectáculos en los que Isabel había participado en su pasado, rodeada por una ingente nube de fotógrafos. Muy pocos periodistas acudieron a la breve ceremonia, mantenida en secreto hasta el punto de que los hijos de Isabel y de Boyer se enteraron después de celebrada.

Las salidas de Isabel Preysler, que siempre contaban con la presencia de algún fotógrafo de la prensa del corazón, dejaron súbitamente de producirse. Existe la creencia en medios periodísticos de que Isabel avisaba a través de su secretaria a los fotógrafos de sus salidas semanales, en las que se llegaba a calcular las fechas de «cierre» de los semanarios «rosas» para tener garantizada su presencia en las portadas, algo que Isabel niega porque, entre otras razones, «no era necesario», al estar su casa permanentemente rodeada de fotógrafos, atentos al menor movimiento de su propietaria. Fuera o no cierto, el caso es que todo aquello cambió tras su matrimonio con Boyer. «Isabel empezó a variar en cuanto se unió sentimentalmente a Miguel», dice una de sus amigas. Ofreció una nueva imagen, más hogareña, recatada y *low profile*. Pasa mucho tiempo en su casa y sus amigas señalan que su marido se enfada cuando regresa y no la encuentra en el domicilio del matrimonio. Como se sabe, Miguel es muy celoso.

A pesar de todo, en medios de la *beautiful people*, el matrimonio de Miguel Boyer con la «advenediza» no gustó nada. Las relaciones con algunos de sus antiguos

amigos se enfriaron, sobre todo con las mujeres, que hicieron causa común con Elena. Mariano Rubio —casado, a su vez, con la uruguaya Carmen Posadas, con la que contrajo matrimonio en Viena en 1988— espació y hasta suprimió sus visitas a Arga 1. Muchos de sus amigos no entendieron cómo Miguel había podido desbaratar, de la noche a la mañana, una biografía política tan dilatada y brillante. Una cosa es un *affaire* amoroso y otra muy distinta unir tu destino al de una persona como Isabel Preysler, unión que en opinión de estos círculos había truncado la brillante carrera política del ex ministro. Salvando todas las distancias, se producía nuevamente un episodio sentimental similar al protagonizado por el príncipe de Gales, Edward, duque de Windsor, que renunció al trono de Inglaterra —que llegó a ocupar durante un año como Rey de Gran Bretaña e Irlanda— al abdicar en 1936 para contraer matrimonio con Wallis Warfield Simpson, una divorciada americana.

En estos medios ya se analizaba desde mucho tiempo atrás el apasionado romance de Miguel e Isabel desde criterios «clínicos», «bacteriológicos» —y hasta «mágicos y astrales»: el futurólogo Rappel, que debería someter su bola de cristal a una profunda revisión, le dio un año de vida almatrimonio—, con un periodo de incubación del «germen» amoroso, una fase de virulenta y crítica apoteosis y, finalmente, un enfriamiento paulatino que tales observadores situaban en diez años como máximo de duración del proceso «infeccioso» de todo «gran amor». No es fácil ciertamente hacer predicciones en este tipo de asuntos, sobre todo si la imprevisible Isabel Preysler es uno de los protagonistas. El décimo aniversario del idilio coincidirá, también, con los acontecimientos de 1992, pero Isabel Preysler, en el verano de 1991, declaraba a la revista *Interviú* que Miguel Boyer era el último y definitivo «amor de su vida»...

BIBLIOGRAFIA

Banco de España, *Boletín de Información*, número 15, abril, 1985.

Barricentos, Paloma, *Isabel Preysler, reina de corazones*, Ediciones B, Barcelona, 1991. Bonnin, Pere, *Así hablan los nazis*, Ed. Dopesa, Barcelona, 1973.

Bouscaren, Anthony T., *A Textbook of Communism*, Bruce Publishing Company, Milwaukee, 1969.

Boyer, Miguel; Popper, sir Karl R., y otros, *Ensayos de filosofía de la ciencia*, Ed. Tecnos, Madrid, 1970.

Boyer, Miguel; Rojo, Luis Ángel, y otros, *El nuevo monetarismo*, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1971. Brennan, Gerald, *The Spanish Labyrinth*, Cambridge University Press, Cambridge, 1950.

Cacho, Jesús, *Asalto al poder*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1988

Cacho, Jesús, *Duelo de titanes*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1989.

Calvo Hernando, Pedro, *Todos me dicen Felipe*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1985. Calvo Sotelo, Leopoldo, *Memoria viva de la transición*, Plaza y

Janes-Cambio 16, Barcelona, 1990.

Cavero, José, *El político. Biografía de Francisco Fernández Ordóñez*, Ediciones de las Ciencias Sociales, Madrid, 1990.

Cepeda Adán, J., *La figura de Sagasta en la Restauración*, CSIC, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, 1963.

Cianti, Giovanni, *El gran libro del culturismo*, Ed. De Vecchi, Barcelona, 1984.

De la Cierva, Ricardo, *Historia del franquismo (1945-1975)*, Ed. Planeta, Barcelona, 1978.

Díaz González, Enrique, *Rumasa*, Ed. Planeta, Barcelona, 1983

Díaz Herrera, José, y Tijeras, Ramón, *El dinero del poder*, *Cambio 16*, Madrid, 1991.

Ekaizer, Ernesto, *José María Ruiz Mateos, el último magnate*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1985.

Espada Burgos, Manuel, *Baldomero Espartero. Un candidato al trono de España*, Diputación Provincial, Ciudad Real, 1984.

Figuerola y Torres, Alvaro de (conde de Romanones), *Espartero, el general del pueblo*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1932.

Fraga Iribarne, Manuel, *En busca del tiempo servido*, Ed. Planeta, Barcelona, 1987. Galbraith, John K., *El crack del 29*, Ed. Ariel, Barcelona, 1985.

García-Abadillo, Casimiro, y Fidalgo, Luis F., *La rebelión de los Albertos*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1989.

García Rico, Eduardo, *Francisco Fernández Ordóñez, palabras en libertad*, Ed. Argos Vergara, Barcelona 1982.

Gavilán, Francisco, *Guía de malas costumbres españolas*, Ed. Mondadori, Madrid, 1988.

Gómez Casas, Juan, y otros, *La España ausente*, Ediciones 99, Madrid, 1973. González, Manuel Jesús, *La economía política del franquismo (1940-1970)*, Ed. Tecnos, Madrid, 1979. Guerra, Antonio, *Felipe González, socialismo es libertad*, Ed. Galba, 1978.

Guerra, Alfonso, *Felipe González: de Suresnes a La Moncloa*, Novatex, Madrid, 1984.

Gutiérrez, José Luis, y Miguel, Amando de, *La ambición del Cesar*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1989.

Heras, Raúl, *El Clan. La historia secreta de la beautiful people*, Ed. Temas de Hoy, Madrid 1990.

Hortas, Daniel, *Farias, el enigma de un nombre*, Tabacalera, S.A., Madrid, 1989.

Huertas, Eduardo, Sáenz de la Calzada y López Contreras, *León y la Institución Libre de Enseñanza*, Breviarios de la Calle del Pez, Diputación Provincial, León, 1986.

Lacouture, Jean, y otros, *Memoires d'Egypte*, Editions La Nuée Bleue, Fondation Mécénat Science et Art, Estrasburgo, 1990.

Lange, Oskar, *Traite d'Economie Politique*, PVE, París, 1962.

Liceo Francés, *Cent Ans D'Enseignement Francais a Madrid*, Madrid, 1985.

Lizcano, Pablo, *La generación de 56. La universidad contra Franco*, Ed. Grijalbo, Barcelona, 1981.

Madariaga, Salvador de, *Ingleses, franceses y españoles*, Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1969.

Maldonado, Ramón José, *Hidalguías riojanas*, CSIC, Instituto Jerónimo Zurita, Madrid, 1949.

Martín Aceña, Pablo, «Germán Bernácer y el Servicio de Estudios del Banco de España», *Hacienda Pública Española*, número 81, Instituto de Estudios Fiscales, Madrid, 1983.

Miralles, Melchor, y Arques, Ricardo, *Amedo, el Estado contra ETA*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1989.

Miralles, Melchor, y Satué, Francisco J., *Alfonso Guerra. El conspirador*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1991. Molina, César Antonio, *Medio siglo de prensa literaria española*

(1900-1950), Ed. Ayuso, Madrid, 1990. Navarro Rubio, Mariano, *Mis memorias*, Ed. Plaza y Janes, Barcelona, 1991. Ne'eman, Yuval, y Kirsh, Yoram, *Los cazadores de partículas*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1989. Nieto García, Alejandro, *La burocracia*, Instituto de Estudios Administrativos, Madrid, 1976. Pérez Galdós, Benito, «Mendizábal», *Episodios Nacionales*, 22, Alianza Editorial, Madrid, 1977. Ramírez, Pedro J., *Así se ganaron las elecciones*, Ed. Planeta, Barcelona, 1977.

Salarrullana, Pilar, *Las sectas*, Ed. Temas de Hoy, Madrid, 1990

Schwartz, Pedro, y González, Manuel-Jesús, *Una historia del Instituto Nacional de Industria (1941-1976)*, Ed. Tecnos, Madrid, 1978. Seagrave, Sterling, *The Marcos dynasty*, New English Library, Hodder and Stoughton, Londres, 1990. Sinova, Justino, y Tusell, Javier, *El secuestro de la democracia*, Plaza y Janes-Cambio 16, Barcelona, 1990. Sontag, Susan, *On Photography*, Farrar, Straus and Goroux, Nueva York, 1973. Tierno Galvan, Enrique, *Cabos sueltos*, Ed. Bruguera, Barcelona, 1982. Tomás y Valiente, Francisco, *El marco político de la desamortización española*, Ed. Ariel, Barcelona, 1971. Tusell, Javier, *La oposición democrática al franquismo*, Ed. Planeta, Barcelona, 1977. Varios. *Historia de Puertollano*, Centro de Profesores, Puertollano, 1986. Villacorta Baños, Francisco, *El Ateneo de Madrid (1885-1912)*, CSIC, Madrid, 1985. Weber, Max, *Economía y sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, 1964. Wesson, R. G., *Why Marxism? The Continuing Success of a Failed Theory*, Basic Books Inc., Nueva York, 1976.